

# Un médico de Riomanzanas en Cuba, 1879-1898

Ramón Fidalgo Castellanos

*A mi abuelo Feliciano y a Riomanzanas,  
el pueblo que le vio nacer.*

## PRESENTACIÓN

A principios del año 2014 terminé de escribir mi libro *De Peralejo a Mal Tiempo*; en él se narra la vida de mi abuelo materno Ramón Castellanos Cedeño, soldado del Ejército Libertador durante la guerra por la independencia de Cuba en 1895-1898. Al mostrarle el libro a mi primo Octavio Fidalgo, este me manifestó: -“Ramón, ¿por qué no escribes, con la misma idea, un libro en el que se narre la vida de nuestro abuelo Feliciano Fidalgo, médico mayor del Ejército Español durante esa misma guerra? Si te decides yo puedo aportarte varios documentos que poseo”. En definitiva le contesté que lo haría y me retiré de su casa con los documentos del abuelo Fidalgo<sup>1</sup>.

Escribir el libro *De Peralejo a Mal Tiempo* para mí, que no soy escritor ni historiador fue difícil, pero no hay dudas que tuve varios factores que me ayudaron, en primer lugar haber conocido a abuelo Ramón, que guiado por él visité el terreno en que se desarrolló el combate de Mal Tiempo y caminé de su mano los pueblos de San Fernando y Cruces. Si sumamos a esto que siempre me ha gustado estudiar la Historia de Cuba, conozco como la palma de mi mano La Habana, ciudad en la

<sup>1</sup> Esta amplia biografía se acompaña de abundante información gráfica que, por no tener calidad suficiente, no ha podido ser finalmente reproducida. (N.E.)

que nací hace ya muchos años y además pude investigar en varios archivos y bibliotecas, en resumen, fuentes de información tuve muchas y buenas.

Para este libro, que pudiera llamarse como segunda parte de la saga, todo fue más difícil y representó un tremendo reto. En primer lugar no conocí a mis abuelos Feliciano y Antonia, no he visitado España, la historia de ese país que conocía era muy elemental y por supuesto no he tenido acceso directo a bibliotecas y archivos españoles. De Feliciano Fidalgo supe mediante mis primos de Santiago de Cuba que vivieron junto a mi abuela Antonia, que regresó a Cuba con cuatro de sus hijos en 1911. El poseer la hoja de servicios de mi abuelo, que envió a mi primo Octavio el Archivo Militar de Segovia, me permitió conocer los rasgos generales de su paso por el ejército español durante más de cuarenta años. Por otra parte mi abuela Antonia que vivió junto a su hijo Eugenio en Santiago de Cuba hasta su muerte ocurrida en 1939, contó a sus nietos muchos aspectos de su vida, narraciones que llegaron a mí mediante mis primos santiagueros y me permitieron, sumándole el estudio de los documentos que poseo, escribir acerca de la vida de mi abuelo Feliciano. Para lograr mi propósito, siguiendo la tónica del primer libro, o sea, describir el hecho histórico y exponer cómo vivió mi abuelo en ese momento, tomé como base lo descrito por varios historiadores hispanistas, en particular en tres libros: la *Historia Mínima de España* de la profesora Áurea Martínez Fernández, la *Historia de España moderna y contemporánea* de la profesora María del Carmen Alba Moreno y *Ejército y Política en España* de Daniel R. Headrick, además empleé toda la información que pude obtener del documental *Riomanzanas: Jardín de Aliste* que me envió el zamorano Lucas de La Fuente y el libro *Un siglo en papel* que me facilitó el gaditano Juan Vaca Ramos. También recibí el apoyo de la historiadora española la licenciada María del Carmen Andreu Escribano.

Mi agradecimiento para todas las personas e instituciones que me proporcionaron información, facilitaron que la obtuviera o me alentarón constantemente, como mi esposa Marta Lamelas Díaz, el coronel (R) René González Barrios; el historiador de la ciudad de Bayamo, el

compañero Ludin Fonseca; las compañeras de la Sala Cubana de la Biblioteca Nacional de Cuba José Martí, que con extraordinaria paciencia y eficacia me ayudaron a buscar muchos documentos; al ingeniero Manuel Consuegra; al Archivo Militar de Segovia en España que nos envió fotocopias de varios documentos; a la familia Menéndez que me revisó el libro; a mi querido amigo el Coronel (R) Armando Miralles Calvo; a mí viejo y querido amigo Marcelino Ben Castillo. Ellos me permitieron escribir este libro.

El libro lo estructuré en ocho momentos de la Historia de España entre 1850 y 1898: el reinado de Isabel II entre 1850 y 1868; la etapa liberal-progresista de 1854 a 1856; el bienio moderado de 1856 a 1858; el Ejército y la Revolución del general Juan Prim y Prats; el Ejército y la primera República; el Ejército y la restauración Borbónica; El Ejército y la guerra colonial en Cuba de 1895 a 1898. También se incluyen algunas consideraciones acerca del Cuerpo de Sanidad Militar y el servicio prestado por éste durante la guerra en Cuba y por último la vida de mi abuelo de 1899 a 1909 en la isla de Menorca. Las plumillas son obra de mi amigo Marcelino Ben Castillo que las realizó a partir de un esquema elaborado por el capitán de artillería español Severo Gómez Núñez en su reseña del combate de Peralejo<sup>2</sup>.

## FELICIANO FIDALGO Y CASAS, EN PRIMERA PERSONA

Estoy con mi familia en la pequeña ciudad de Mahón capital de la isla de Menorca, corre el año 1909 y ya tengo 59 años, en general me siento bien de salud, aunque sigo padeciendo del corazón; Antonia está bien de salud y mis hijos se puede decir que son todos hombres hechos y derechos, de ellos el mayor, que es Román, ya tiene 22 años y vive en Barcelona donde tiene empleo como marinero de un buque mercante; los otros cuatro viven con nosotros en esta pequeña isla, donde me desempeñé como director o jefe de servicios del Hospital Militar durante más de diez años. Antonia me ha insistido en los últimos años para que

<sup>2</sup> *La acción de Peralejo*. La Habana, 1895. (N.E.).

escriba mis memorias de forma que nuestros hijos y sus descendientes puedan conocer el origen de la familia. Aprovecho que dejé de ser el director del Hospital Militar y me he decidido a escribir lo que bien recuerdo, me apoyaré en Antonia que tiene una memoria prodigiosa, además poseo una copia de mi hoja de servicios que solicité, así como otros documentos y muchos recortes de periódicos. La idea para escribir es asociar mi vida a distintos momentos de la historia de mi país entre 1850 y 1909. Espero que mis hijos y sus descendientes puedan leer este cuaderno.

Comencemos por el reinado de Isabel II. Su largo reinado pasó por dos regencias, la de su madre y la del general Espartero hasta 1843. A partir de esa fecha, con solo 13 años, fue reconocida reina en propiedad. Su reinado puede dividirse en tres etapas diferentes: una primera desde 1843 hasta 1854, conocida como la “mimosa década”<sup>3</sup>, en la que predominaron los moderados al frente del gobierno. Una segunda etapa, entre 1854 y 1856, en la cual los progresistas llevaron las riendas del poder y promulgaron un grupo de leyes que propiciaron cambios importantes para el desarrollo de la economía en la dirección capitalista. Y una tercera, desde 1856 hasta 1868, en la cual se dividió el poder político, fundamentalmente, entre militares moderados como fueron los generales Narváez y O’Donnell, y no se eliminaron las principales medidas económicas del periodo anterior, aunque se limitaron los derechos ciudadanos alcanzados. Con la proclamación de la mayoría de edad de Isabel, el general Narváez se convirtió en el hombre fuerte del momento y quedó al frente del gobierno. En 1846 Narváez representaba los grandes intereses de los terratenientes, partidarios de una monarquía constitucional muy conservadora, este gobierno reprimió con gran fuerza a los progresistas. De estos años data la organización de los ministerios, la designación de gobernadores civiles al frente de los ayuntamientos como delegados del rey, se modernizó el sistema fiscal y se estableció la peseta

<sup>3</sup> El autor parece confundirse con la *Década Ominosa* (1823-1833), periodo del reinado de Fernando VII en el que se restaura el Absolutismo. (N.E.)

como moneda patrón del Estado, además la monarquía española apoyó el restablecimiento del poder papal. El general Narváez fue sustituido en el gobierno en 1851 por Juan Bravo Murillo que intentó alejar a los militares del poder y frenar a la nobleza. Creyó que podría ejercer el poder con una dictadura civil a semejanza de la francesa. Logró imponer un grupo de leyes favorables al desarrollo burgués como la Ley sobre los ferrocarriles, la de reconversión de la deuda pública y otras. A todas estas, la reina, por el alejamiento permanente de su cónyuge, se rodeaba de favoritos, alguno de los cuales compartían su alcoba, como el general Francisco Serrano que unos años más tarde sería uno de los que contribuiría a destronarla.

Es en este contexto, que a las 6 de la mañana del día 10 de junio de 1850, nací en Riomanzanas siendo el cuarto hijo legítimo y de primer matrimonio de Román Fidalgo y Eusebia Casas. Al bautizarme, ese mismo día, el cura párroco del pueblo me puso por nombre Feliciano.

## RIOMANZANAS, MI PEQUEÑO PUEBLO

Para que conozcan la ubicación del lugar en que nací, es conveniente comenzar por definir algunos conceptos que los geógrafos españoles han expresado al definir el territorio que ocupa España. La insularidad de parte del territorio español, la proximidad al mar de unas zonas y el alejamiento de otras, las barreras montañosas que accidentan y alejan más el interior de las influencias marítimas, las distintas características que se dan en el litoral peninsular, las modificaciones que todo ello impone al clima, condiciones hidrográficas, edáficas y para las relaciones humanas que de ello se derivan y las de explotación del subsuelo, forman un conjunto de fuertes contrastes internos. Se pueden distinguir cuatro grandes regiones que se relacionan más con el clima: la atlántica, la interior peninsular, la más mediterránea y la canaria<sup>4</sup>. Riomanzanas era, y aún es, un pequeño pueblo situado en la comarca de

<sup>4</sup> Cuando no se indique lo contrario, son notas del autor Ángel Cabo, en su libro *Condicionamientos Geográficos*. (N.A.)

Aliste, perteneciente al municipio de Figueruela de Arriba. Se encuentra a 89 kilómetros de la ciudad de Zamora, capital de la provincia española del mismo nombre perteneciente a la Región de León según el Real Decreto de 1833 en lo que se denomina “región interior peninsular”, caracterizada por su clima, de precipitaciones muy inferiores a la región atlántica y temperaturas que presentan mucha oscilación, es decir mayor diferencia entre la mensual más baja y la estival más cálida. Los inviernos son en ella más crudos, con heladas fuertes y prolongadas y la sequedad del verano hace más alta la evaporación. Se trata de un clima de claros matices continentales.

La primera noticia escrita de Riomanzanas viene de 1186 y consiste en las escrituras de la donación que hiciera un caballero de las propiedades que poseían en el pueblo tanto él como su hijo. En esa época la región de Aliste era una zona en continua disputa entre los reinos de León y Portugal motivado, entre otras cuestiones, por la indefinición de fronteras, lo que se ponía de manifiesto en que los dos monarcas tenían intereses a ambos lados de la frontera. Además la región de Aliste, en lo eclesiástico, perteneció al arzobispado de Braga, en Portugal, hasta principio del siglo XIII en que pasó a la jurisdicción de Astorga de acuerdo a una Bula papal. En 1297 fue que quedaron fijadas las fronteras definitivas en esta zona.

Cuando nací en 1850, el pueblo de Riomanzanas disponía de 34 edificaciones entre ellas la Iglesia y un total de 115 habitantes, en 1900 alcanzó su mayor esplendor con unos 245 habitantes y 105 edificaciones. En España, en el curso del siglo XIX, la población se multiplicó por dos: de 11 millones de habitantes en 1808, pasó a 18,5 millones en 1900. Este crecimiento era más el resultado de una fuerte natalidad que de la prolongación de la esperanza de vida, que se mantenía inferior a la media europea. Para sus habitantes este pequeño pueblo era como un viejo arcón, con sus recuerdos atesorados dentro. Enclavado en un valle rodeado por las montañas de la Sierra de Culebra es, además, un lugar exótico conocido también como parte del llamado Jardín de Aliste. Su ubicación geográfica amable, pero difícil según los pueblerinos, le proporcionaba un excelente clima y buenas tierras pardas que aseguraban

cosechas fructíferas de trigo, centeno, lino y de diversos frutos; atravesaba el pueblo el río que le da nombre al mismo, en sus riberas había árboles de todo tipo pero abundaban en particular los negrillos, las urces, los castaños y los sauces llorones. En las orillas del río las mujeres lavaban la ropa, los hombres pescaban barbos y algunos hombres, con el mimbre que crecía a las orillas del río, tejían cestos para almacenar los productos de las cosechas; este río que tantos beneficios traía al pueblo, en ocasiones con sus crecidas derrumbaba alguno de los puentes que lo cruzaban. Un arroyo llamado Fontano corría también por el pueblo y se entroncaba con el río Manzanas. Por cierto, sobre el Fontano existía un puente, al parecer de origen romano, que siempre aguantó los embates del agua y el tiempo. Un camino polvoriento rodeado por grandes castaños, daba acceso al pueblo; cada año los vecinos al concluir las fiestas patronales, formados y organizados por su consejo vecinal, lo reparaban, al terminar, generalmente festejaban el éxito de su trabajo.

En las regiones del noroeste peninsular predominó una cultura habitacional en forma circular llamada cultura de los castros, de fuerte influencia celta, similar a las de Irlanda, Escocia, el norte de Inglaterra y norte de Francia. Con el tiempo se fueron extendiendo hacia el sur, razón por la que se supone que los celtas habitaron el valle de Riomanzanas. De esa época data el Castro allí ubicado que tiene alrededor de 2.500 años de antigüedad. Los Castros eran recintos amurallados cuya finalidad era proteger a las personas con sus pertenencias; al que nos referimos, tiene un perímetro de 355 metros y algo más de 0,5 hectáreas de superficie. Lo circundaba una muralla con un grosor de 2,5 metros, solamente visible en 1850 en algunos tramos de la parte norte que es donde mejor se conservaba. Para asaltar el recinto había que salvar los siguientes obstáculos: un foso de 7 metros de ancho, un terraplén, un campo de piedras hincadas, un segundo foso y finalmente la muralla de 3,5 metros de altura. En el año 1850 el área se hallaba poblada de distintos árboles como jaras y urces.

La situación de aislamiento del pueblo permitió la conservación de sus valores naturales y arquitectónicos. Lo caracterizaban sus casas de piedra de color ocre, muchas de las cuales poseían un piso inferior

para proteger los animales y el superior, con amplios balcones, donde vivían las personas, todas las casas contaban con techos de pizarra gris, parras en sus fachadas y patios, esto último, unido a la gran cantidad de árboles, hacían que en el pueblo todo fuera verdor la mayor parte del año. Unían las viviendas, callejuelas escabrosas y estrechas por las que circulaban carretones tirados por vacas o bueyes y los pueblerinos, sobre sus burros, transitaban en todas las direcciones. La principal calle del pueblo, llamada calle de Arriba, llevaba de la Iglesia parroquial al puente romano situado a la salida del pueblo, precisamente en esa calle existía uno de los vestigios de la época romana consistente en la parte superior de una lápida ubicada en la fachada de la casa de Juan Crespo. Además existían tres calles más, conocidas como calle Otero, calle Cancilla y calle Fontano, en esta última existía en la fachada de una de sus casas una inscripción dando constancia de la existencia del administrador de la Aduana, lo que da cuenta de la prosperidad del pueblo en ese momento.

Frecuentemente amenazado por incendios forestales que se originaban en la montaña y eran iniciados en ocasiones por rayos, los hombres y mujeres tenían que estar listos para salir a combatirlos y proteger su pueblo, después de los incendios un aspecto desolador se adueñaba del valle y de la región en general. Los vecinos tenían como referencia, a la hora de proteger al pueblo, el incendio que destruyó al pueblo de Santa Cruz vecino de Riomanzanas, pero ubicado en plena sierra. Este pueblo eminentemente agrícola vivía de lo que cosechaba en su fértil valle de tierras pardas y bien fertilizadas por el arrastre de las montañas; allí, en lo que los pueblerinos llamaban la Era de Abajo, se cultivaban el famoso trigo tremesino que se vendía incluso en Braganza (Portugal) y la cebada. Como regla al final del verano aún se trabajaba en la cosecha de las mieses y en el mismo campo se llevaba a cabo la *maja* del trigo. Una vez limpios los granos se transportaban en carretas, generalmente tiradas por vacas, hacia las tenadas. Una de las características de la cosecha era el carácter colectivo con que se realizaba y pudiera afirmarse que el pueblo actuaba como una gran familia. En el pueblo existían seis molinos ubicados a la orilla del río para aprovechar sus aguas en el movimiento de las muelas, uno de los molineros era mi padre, Román Fidalgo.

El molino había pertenecido a la familia por más de un siglo; según los pobladores en los molinos no solo se trituraban los resultados de la siega, también se trituraban las esperanzas de ellos y les expongo un ejemplo. En 1850 los campesinos de España, continuaban dependiendo de los señoríos laicos o eclesiásticos y por tanto sometidos a múltiples tributos, servicios y abusos que convertían a la agricultura en muchas regiones como semi-feudal. En el caso de Riomanzanas todos sus habitantes fueron cruelmente explotados: ellos, después de una larga lucha, que perdieron por supuesto, se vieron obligados a partir de 1845 a llegar a un acuerdo, con los descendientes del Marqués de Alcañices, plasmado en una escritura de concordia que se firmó ese propio año, mediante la cual el consejo de vecinos de Riomanzanas había de pagar obligatoriamente un tributo por renta de foros y de terrenos<sup>5</sup> en el mes de septiembre de cada año, los derechos señoriales que ascendían a: 21 fanegas<sup>6</sup>, 11 celemines y 2 cuartillas de centeno además de 146 reales y 6 maravedíes.

Además de cultivar la Era de Abajo, existía el área que los pueblerinos llamaban La Vega en que se cultivaban las legumbres, el lino y las parras. El lino de la región llegó a tener tanta fama que Riomanzanas tuvo su propio telar, ya desaparecido, y vendió su fino lino en varias regiones de Zamora y Portugal. La Vega era cuidada contra la acción de los jabalíes que poblaban en gran cantidad la región y que incursionaban en la misma, ocasionando grandes daños en los sembrados. Además existían los llamados Huertos en los que se cultivaban flores. Con relación a las parras, en agosto su verdor se iba tiñendo de rojo con la maduración de las uvas y su recogida, que se iniciaba a mediados de septiembre, se cubría de la mística que rodea esa cosecha en muchos lugares. Riomanzanas no era un lugar en que se celebraran con repique de campanas el éxito de la vendimia, pero producía un buen vino que era

<sup>5</sup> Esta situación perduro hasta que en 1932 se aprobó, en la Segunda República, la Ley de Reforma Agraria, por la que quedaron abolidas y sin derecho a indemnización todas las prestaciones en metálico o en especie provenientes de derechos señoriales aunque estuvieran ratificados por concordia. (N.A.)

<sup>6</sup> Unidad de medida española empleada tanto para medir volumen como superficie. Una fanega era igual a 55,5 litros; cinco fanegas de cultivos eran igual a una hectárea. (N.A.)

suficiente para abastecer sus necesidades; en el pueblo la familia de Lucio, se encargaba de construir y componer las cubas y toneles para elaborar y conservar sus vinos.

Era costumbre que los pastores, labradores y carreteros alabaran cada uno su oficio mientras se trasladaban a los campos en sus burros; los niños por su parte, como regla, atendían los rebaños de corderos y cabras. Desde mediados de septiembre, con la participación de todos los pobladores, se iniciaba la cosecha de las frutas. Con el mes de agosto llegaba la fiesta de Nuestra Señora del Rosario que se celebra el día 15 de ese mes<sup>7</sup>. La fiesta comenzaba con la misa celebrada en la iglesia, después se realizaba una procesión que recorría las estrechas y enrevesadas calles del pueblo. Para culminar se realizaban las fiestas con juegos, competencias, música y bailes típicos; en una de las competencias los niños, con los ojos vendados y armados de un palo, rompían pucheros de barro rellenos con golosinas. La gaita zamorana simbolizaba al pueblo de Riomanzanas y amenizaba las fiestas. Las mujeres jóvenes lucían sus mejores galas con hermosos mantones floridos mientras las mayores conservaban la tradición y vestían de negro con grandes pañolones del mismo color.

Las legumbres y cereales eran la base de la alimentación de los pueblerinos, se consumían también la carne de cerdo, de carnero o el pescado del río, un plato típico que mi madre elaboraba a menudo y que a todos nos gustaba, era el arroz con panceta, hoy más conocido como “arroz a la zamorana”. Caminar por el pueblo permitía al transeúnte sentir los vivificantes olores de las comidas típicas de la región que brotaban de las cocinas; sentir el inconfundible aroma del pan de centeno de la panadería de Octavio; observar a las mujeres sentadas en la puerta de sus viviendas, en la paz de las callejuelas solitarias, desgranando las habas producidas en los huertos o escuchar el ruido del martillo del herrero que reparaba o construía los arados romanos, verdaderas reliquias, que asegurarían las cosechas.

<sup>7</sup> El autor debe referirse a la festividad de la Asunción de la Virgen, también conocida como la “Virgen de Agosto”, muy extendida en los países católicos de habla hispana. (N.E.)

No siempre en Navidad llegaban las nieves a los techos grises de las casas. La paz de Belén llegaba al pueblo el 5 de enero con la aproximación de los tres reyes magos que traían, cuando se podía, algunos magros regalos. En ocasiones con ellos llegaban las nieves que teñían los techos de blanco, la belleza del pueblo cubierto de blanco era grande. Con la nieve o las lluvias las calles del pueblo se convertían en verdaderos lodazales. Con frecuencia, los puertos de montaña, por los que se establecía el enlace con el exterior, se cerraban al tránsito de las carretas varios días durante la parte más cruda del invierno y Riomanzanas quedaba entonces incomunicado.

En enero se celebraban las fiestas de San Antón, en las que había la costumbre de honrar al santo no trabajando ese día con los animales que eran bendecidos por el cura párroco del pueblo mientras transitaban frente a la iglesia. Después llegaban las celebraciones de San Fabián y San Sebastián. Con la llegada del invierno en las viviendas se quemaba la jara o la retama traídas en carretas desde la montaña cercana. Por las noches cerca del fuego de los hogares, mientras se asaban las castañas, las familias reunidas, contaban historietas de todo tipo en las que no podían faltar las hazañas de su lucha contra los lobos ibéricos, jabalíes o los incendios forestales; la ocasión era propicia para consumir, cuando era posible, alguna chocolatada, tomar el vino de la tierra o alguna infusión endulzada con la rica miel producida en sus colmenas. Por último les comento que los naturales vendían sus mercancías en pueblos cercanos como Villardecervos, Mombuey, Alcañices y Braganza; el trato con los demás pueblos, incluido los portugueses, hacían de los hombres de Riomanzanas un tipo distinto a los demás del país de Aliste. El pueblo estaba habilitado para exportar frutos y efectos del país, libres de derecho, con documentación de la Aduana de Alcañices y contaba con un granero municipal.

Fue en este pequeño y bello pueblo en el que yo nací; en ocasiones me remonto en el tiempo y me veo caminando de la mano de mi padre o montado sobre mi borrico, transitando por las estrechas calles; jugando en el Castro y luchando contra los presuntos invasores; pescando barbos con abuelo Bentura [*sic*] en el río Manzanas o reunido con

la familia alrededor del fuego comiendo castañas asadas mientras escuchaba los cuentos de los mayores u observando a mi madre hilar en la vieja rueca el vellón de las ovejas para tejer después los abrigos de la familia. Son tiempos que recuerdo con cariño y también nostalgia.

### ETAPA LIBERAL - PROGRESISTA DE 1854 A 1856

La situación económica y política en España llevo a un nuevo pronunciamiento militar en junio de 1854 dirigido por los generales Dulce, Serrano y O'Donnell con vista a cambiar el gobierno. A los militares los apoyaron algunos civiles como el joven Antonio Cánovas del Castillo que redactó el “Manifiesto de Manzanares” en el que se exigía la separación de la camarilla que rodeaba el trono, la convocatoria de nuevas cortes, la rebaja de impuestos, la autonomía de los municipios además de nuevas leyes electorales y de imprenta. El pueblo apoyó la sublevación y se crearon juntas revolucionarias en las principales ciudades y las incipientes organizaciones obreras salieron de la clandestinidad, siendo la primera vez que se manifestaban con espíritu de clase social. Ante la situación, Isabel II nombro al general O'Donnell jefe de Gobierno y en julio llamo al general Espartero, que representaba a los liberales progresistas, para que se hiciera cargo del gobierno y salvara al trono. Espartero nombro a O'Donnell, representante de los liberales moderados, ministro de la Guerra. En el enfrentamiento entre liberales y moderados, triunfaron los moderados y Espartero se sometió a la influencia de ellos. El gobierno de Espartero logró que se disolviesen las juntas provinciales y convocó a las Cortes constituyentes. Estas cortes emitieron leyes de corte liberal, como la Ley de bancos, la de ferrocarriles, la nueva desamortización de las tierras y otras. Con ellas se fue estructurando un Estado centralizado y a la vez se propició el desarrollo capitalista. En 1855 estalló en Barcelona el primer movimiento huelguístico de carácter político y Espartero envió las tropas para aplastarlo, con lo cual se debilitaba el gobierno liberal.

La situación económica era el problema más difícil. Para solventarla, las Cortes aprobaron en 1855 la Ley de Desamortización General, por medio de la cual se ponían a la venta las tierras de la iglesia, las tierras

de los municipios y las tierras realengas. Como consecuencia de ello los campesinos perdieron el derecho de laborar las tierras comunales y en las tierras de propios, que fueron expropiadas y puestas a la venta en pública subasta. Los terratenientes y la burguesía liberal adquirieron estas tierras. El campesinado se perjudicó dejando de apoyar al gobierno liberal. En 1856 el General Espartero se vio obligado por la Reina a presentar su dimisión y fue sustituido por el General O'Donnell, lo que no fue aceptado por las Cortes que ordenaron la resistencia con el apoyo de la Milicia Nacional. Durante tres días hubo un levantamiento popular en las principales ciudades que fueron vencidas por las fuerzas del gobierno moderado.

#### EL BIENIO MODERADO DE 1856 A 1858

A mediados de 1856 concluía el bienio progresista. Durante los tres meses que se mantuvo O'Donnell en el poder (julio a octubre de 1856), el gobierno tuvo que atender fundamentalmente a la pacificación del país, evitando en lo posible la represión. Para descontentos ya era suficiente con los que había. Así que para contentar a los progresistas se anunció una reforma de la milicia nacional, aunque un poco después fue disuelta. Al mismo tiempo para atraer a los moderados se restableció la Constitución de 1845 a la que se añadió un acta adicional. O'Donnell fue relevado por Narváez y en el año que duró el mandato de este último lo más destacable fue la Ley de Instrucción Pública (conocida como *Ley Moyano*).

#### FIGUERUELA DE ARRIBA, EN LA ESCUELA PRIMARIA DE 1856 A 1862

Les expliqué cómo era Riomanzanas en 1850, es posible que se percataran que no toqué el tema de la enseñanza y es que en mi pueblo no existían escuelas. En esa época España seguía sumida en el atraso tecnológico, industrial y social. Con relación a los demás países de la llamada Europa Occidental se había quedado rezagada y el analfabetismo plagaba el país, razón por la cual no es de extrañar que en Riomanzanas para estudiar hubiese que ir hasta Figueruela de Arriba, Alcañices o Zamora, la capital provincial.

Yo era el más pequeño de mis hermanos y cuando nací, Román, mi hermano mayor, ya trabajaba en el molino; por ese camino transitaríamos todos, seríamos parte del ejército de analfabetos, más fáciles de explotar por los señorones que nos asolaban. Mi madre contribuyó a cambiar mi destino y luchó por que yo estudiara; fui, y me apena decirlo, un niño que aprendía con facilidad y sabía aplicar los conocimientos adquiridos, razón por la cual mis padres decidieron en 1856, enviarme a la casa de tía Amelia en Figueruela de Arriba para que asistiera a la escuela primaria. Figueruela de Arriba era la cabecera del municipio del mismo nombre, el camino intramontano que lo unía con Riomanzanas era de unas cinco leguas y corría entre el bosque de altos pinos. En 1856 contaba con unos 400 habitantes que se dedicaban a la agricultura. Tía Amelia vivía con su familia en una modesta casa y Juan, su esposo, tenía una pequeña parcela de tierra; allí junto a mis dos primos, viví hasta 1862 en que terminé la escuela primaria y regresé a Riomanzanas, ya con 12 años, edad suficiente para comenzar a trabajar. En la escuela me fue bien, a decir verdad nunca fui bruto y la maestra y mis tíos me apoyaron con amor de hijo; además de estudiar trabajé duro en la parcela de tío Juan donde aprendí a cultivar la tierra con amor, que es cuando mejores resultados se obtienen.

Durante los siguientes años del reinado de Isabel II, hasta 1868, el gobierno estuvo a cargo, con intervalos de tiempo y alguno que otro gobernante, de los generales O'Donnell y Narváez que fueron su soporte principal. La milicia nacional fue disuelta y se aplicó una fuerte censura de prensa, además de una represión violenta desatada contra cualquier intento de reclamación popular. En junio de 1858, agotado el proyecto moderado, ante la inestabilidad política que existía, el general Leopoldo O'Donnell, conde de Lucena, se hizo cargo nuevamente del gobierno para poner en marcha el proyecto de la Unión Liberal. Este general había sido Capitán General de la Isla de Cuba desde 1843 hasta 1848, tiempo que aprovechó para establecer fuertes vínculos con la oligarquía azucarera y comercial de la Isla y casarse con una rica viuda. De O'Donnell les cuento algo que a su vez escuché en Cuba cuando llegué en 1879 y me interesé por quienes habían sido capitanes generales. Un día, pase-

ando por la bella Alameda de Paula que corre por el lado oeste de la bahía de La Habana, me detuve a ver un monumento allí levantado y uno de mis acompañantes me contó lo siguiente: -“En las afueras de La Habana existía un precioso lugar conocido como la Quinta de Los Molinos, allí se había construido una casa quinta como residencia de verano de los capitanes generales y para los que cesaban en el cargo mientras esperaban regresar a España. Cuando Federico Roncali, conde de Alcoy, se hizo cargo del gobierno en 1848 para suceder al general O’Donnell, el conde de Lucena le jugó una mala pasada, justificada al parecer pues el relevo le llegó antes de lo previsto y sin causa aparente. O’Donnell no solo recibió a Roncali con evidente desprecio y no cambió con él más de una docena de palabras durante la ceremonia de traspaso del mando, sino que le dejó vacío el Palacio de los Capitanes Generales, salvo el Salón del Trono y las dos piezas principales donde todo lucía su esplendor, en el resto de las habitaciones faltaba no solo lo que representaba el lujo y la comodidad también cargó con los objetos más indispensables para la vida, fue como si la mansión acabara de sufrir los efectos de una mudada. Algo de cierto había, pues el general O’Donnell, a quien apodaban el *Leopardo de Lucena*, antes de cesar en el cargo se había establecido, junto a su familia en la Quinta de los Molinos y se había empeñado en convertirla en un lugar digno para el primer funcionario de la colonia, por lo cual se llevó del Palacio de los Capitanes Generales hasta los clavos. Cuando la Condesa de Alcoy, como dueña de la casa, recorrió el palacio comprobó que no disponían ella y su esposo ni tan siquiera de una cama donde descansar. Para evitar tener que pasar su primera noche sentados en una butaca del Salón del Trono, el conde y la condesa tuvieron que acudir a don Pancho Marty, un avisgado catalán que había llegado a Cuba pobre como una rata y se había enriquecido gracias a la trata negrera y al trabajo de los presos a quienes explotaba a su favor y que ajeno al protocolo visitaba el palacio cuando le venía en ganas. Marty se pintaba como ninguno para resolver este problema, solución que redundaría en su influencia y valimiento”. -“Cosas de don Leopoldo, señora, todo se arreglará, dijo Marty a la condesa”. Les he contado la anécdota para que ustedes conozcan cómo eran los personajes

que nos gobernaban y como decía un criollo amigo mío: “Saquen ustedes sus propias conclusiones”.

El gobierno de O’Donnell duró varios años, lo que garantizó cierta estabilidad política y pudo neutralizar la oposición liberal haciendo participar en el gobierno a liberales moderados y liberales progresistas. Con vistas a recuperar prestigio internacional, O’Donnell emprendió una política colonialista, al participar al lado de Francia en las empresas de Indochina y México, además de incorporar nuevos dominios en el norte de África, todo ello con grandes gastos de dinero y hombres. Otra experiencia española en las antiguas colonias fue la guerra de 1863 a 1866 en el Pacífico, contra Perú, Ecuador y Chile, la que dejó una pésima impresión en las Repúblicas Latinoamericanas. Con todos estos gastos el Tesoro Público se fue reduciendo, lo que propició la sustitución del general O’Donnell en 1863. Le siguieron una serie de gobiernos moderados, hasta terminar con el regreso del general Narváez. La oposición a la monarquía de Isabel II, se fue delimitando en dos vertientes fundamentales, los liberales progresistas que trataban de eliminar del trono a Isabel II, pero mantener la monarquía, entre los que se encontraban generales como Francisco Serrano y Juan Prim. Por su parte los republicanos consideraban que había llegado el momento de acabar con la institución monárquica, como Francisco Pi y Margall, Emilio Castelar y otros. Ante la compleja situación, la reina se vio obligada a sustituir a Narváez por O’Donnell.

Por mi parte, cuando regresé en 1862 a mi casa en Riomanzanas me puse a trabajar con mi padre en el molino, apoyándolo en particular en las cuentas. No obstante yo quería seguir estudiando y la ocasión se presentó en 1863 cuando mis padres accedieron que fuera a estudiar al Instituto de Segunda Enseñanza en la ciudad de Zamora capital de la provincia.

## EN ZAMORA, A LA SEGUNDA ENSEÑANZA

La ciudad de Zamora es la capital de la provincia del mismo nombre, cuando llegué a ella en 1863 tendría unos 13.000 habitantes, me pareció inmensa con sus grandes edificaciones, calles empedradas,

bellos parques y en particular sus bien conservadas murallas. En esa época ya estaban construyendo la línea del ferrocarril que fue inaugurado en 1864 junto con su gran estación y que, en 1865 me permitió viajar por primera vez en tren. Zamora ostenta el título de “Muy noble y leal” otorgado en 1446 y que los zamoranos llevamos con orgullo, la ciudad se encuentra erigida en el curso medio del río Duero con una configuración longitudinal a lo largo del mismo y su paisaje es llano. El núcleo principal del centro urbano, que en buena parte estaba rodeado de las murallas, se alza sobre una meseta rocosa emplazada al borde del río lo que le valió el sobrenombre “la Bien Cercada”. En 1809 los zamoranos se levantaron en armas contra los franceses y en la batalla de Villagodio les infligieron numerosas bajas, de ello recuerda el bello obelisco erigido en 1818 para rendirle honor a los que combatieron allí.

La Real Orden del 12 de julio de 1846 dio lugar en Zamora a la creación del Instituto Provincial de Segunda Enseñanza que empezó a funcionar el día 7 de octubre de ese mismo año en una edificación contigua a la Iglesia de la Concepción, sobre el antiguo Convento de San Francisco. Allí estudié durante tres años y me gradué de bachiller en 1866.

Durante el tiempo que permanecí en Zamora viví en el barrio de Olivares, llamado también como Arrabal de Olivares y en ocasiones como barrio de San Claudio de Olivares; este barrio está ubicado en la margen derecha del río Duero, en la época medieval a este lugar se accedía por la puerta de la muralla conocida como de Olivares, a orillas del río. Las calles del barrio eran estrechas pero casi todas empedradas, las viviendas construidas en su mayoría de mampostería o del llamado mampuesto, con paredes medianeras, las fachadas con grandes ventanas, sin amplias balconadas como era común en mi pueblo y pintadas en su mayoría de blanca cal o color ocre. En una cota inferior, a orillas del río Duero se encontraban las llamadas Aceñas que es el nombre que se da a los molinos de granos cuando se encuentran movidos por las aguas de ríos caudalosos, como era el caso. El barrio de Olivares se estructuraba en torno a la parroquia de San Claudio de Olivares y su actividad principal era artesanal, centrándose principalmente en la alfarería que, aunque

en declive, aún perduraba cuando visité con mi familia a Zamora en 1905. Precisamente en la casa-alfarería de mi padrino don Manuel Bertolo, viví los tres años que duraron mis estudios de bachillerato, don Manuel experto alfarero y muy amigo de papá, era oriundo de San Pedro de Parada en Galicia, pero ha vivido prácticamente su vida entera en Zamora junto a su esposa Margarite, de origen francés, lo que me permitió aprender ese idioma durante el tiempo que viví junto a ellos. A Margarite la recuerdo mucho, cuando se ponía brava con mi padrino, solo le hablaba en francés, este le respondía en gallego y yo..., me reía mucho, pero aprendía idiomas.

A mí siempre me ha encantado el gran patrimonio arquitectónico de la ciudad de Zamora y me sentía muy a gusto durante mis caminatas al instituto, o cuando simplemente paseaba, disfrutaba mucho de la vista que ofrecían sus grandes edificaciones como la Catedral con su famosa cúpula con escamas, las bellas iglesias, los parques, palacios, las partes de la muralla que aún se conservaban y los puentes, en particular el Puente de Piedra erigido en el siglo XIII que ha aguantado las grandes riadas del Duero, pero que, entre 1905 y 1906 fue objeto de reformas que le mutilaron una parte importante de su belleza cuando eliminaron, entre otras partes, las grandes torres que custodiaban sus dos entradas, todo en vistas a “modernizarlo” dijeron los promotores de las reformas. Aquí les hago el comentario que hizo acerca de estas reformas don Manuel Gómez Moreno que las calificó, y cito: “Como un nuevo atentado artístico seguido de impunidad silenciosa”. También, digo yo, fue un atentado contra la historia de la ciudad. Tanto me gusta Zamora que durante años he tratado de convencer a Antonia y a los muchachos de ir a vivir allí en cuanto me retire del Ejército, ya veremos, pues todos quieren regresar a Cuba.

## EL AGOTAMIENTO DEL MODELO MODERADO, HACIA LA REVOLUCIÓN

En enero de 1866 se sublevó en Villarejo de Salvanés el general Juan Prim convertido al progresismo, pero ante su fracaso tuvo que exiliarse, aunque este hecho aumentó su popularidad e influencia. Ese mismo año una insurrección de sargentos en el cuartel de San Gil, con

apoyo de los sectores populares de Madrid también fracasó. Por presiones de la reina fueron fusilados 66 artilleros lo que provocó la caída del gobierno de O'Donnell que se exilió en Francia donde murió en 1867. El general Narváez ocupó nuevamente el Gobierno, desplegando una férrea dictadura hasta su muerte en 1868. Con la muerte de O'Donnell y Narváez la monarquía de Isabel II perdió a sus dos principales defensores y todo quedó listo para la Revolución del General Prim.

### EL EJÉRCITO ESPAÑOL EN 1866

El ejército español estaba organizado según el patrón de las grandes potencias europeas. El regimiento era la unidad base, este se podía componer de varios batallones y estos de compañías. Fue en la 6ª Compañía del 2º Batallón de Infantería del Regimiento de la Constitución en Zamora, donde ingresé como soldado voluntario el 6 de septiembre de 1866, solo habían transcurrido dos meses del levantamiento de los sargentos en el Cuartel de San Gil en Madrid que fue violentamente reprimido y que el general Juan Prim saliera al exilio. Cuando ingresé al ejército lo hice con la íntima aspiración de llegar a ser oficial de artillería, lo que era una meta muy difícil. Yo fui un soldado atípico, pues había cursado la segunda enseñanza en el Instituto de Bachillerato, aunque solicité ser destinado a la artillería, fui enviado a un regimiento de infantería por lo que no comencé por donde yo aspiraba. Mis padres estuvieron en contra de mi decisión pues aspiraban a que fuera a estudiar en una universidad, pero no me convencieron y les expliqué que no se preocuparan, que sería oficial y que trataría de seguir estudiando. Los primeros meses fueron duros, pero al igual que el resto de los soldados yo estaba acostumbrado a trabajar muy fuerte en el campo y los pude sobrellevar. La instrucción de soldado que recibí fue muy ligera, hice buenas migas con mis compañeros, y ya a finales de 1866, aprovechando que en los patios de los cuarteles se enseñaba a leer y escribir a los soldados, que en su casi totalidad eran analfabetos, cooperé con los oficiales en esa tarea y me fue bien, pues logré enseñar a leer y escribir a no pocos soldados, cabos y sargentos.

El médico del batallón, teniendo en cuenta la instrucción que yo poseía, ya en marzo de 1867 me empleó como sanitario y desde esa fecha ya no me separé, durante más de cuarenta años, del Cuerpo de Sanidad Militar del Ejército Español al que aún pertenezco. El Regimiento de la Constitución (nº 29), había sido creado en 1812 al terminar, luego de tres años, la ocupación francesa. Según el reglamento vigente en esa época, la edad para entrar al ejército era de 20 años, pero no era de extrañar que muchos jóvenes, de las clases más pobres, con menos edad ingresaran al ejército buscando la oportunidad de mejorar su vida y asegurar un mejor futuro. Al ejército como regla entraban los reclutas llamados por el Servicio Militar, para servir entre doce y catorce meses en tiempo de paz. Con relación a los oficiales y generales la situación de la edad de ingreso era otra, así por ejemplo la mitad de los generales entraron al ejército antes de los 15 años, dos tercios antes de los 16 y tres cuartos antes de los 17. Por término medio los que ingresaban al ejército antes de los 15 años era producto de las influencias; el salto de soldado a oficial era extremadamente difícil y esa era mi meta. Las dos mayores armas eran la infantería y la caballería conocidas como armas generales, además estaban la artillería, ingenieros y los estados mayores conocidas como armas facultativas. La sanidad militar, a la que me vinculé casi desde el principio, era un cuerpo auxiliar aunque en algunos textos se alude a ella como un arma menor.

La instrucción de los soldados era muy deficiente, el servicio militar, que duraba entre doce y catorce meses en tiempo de paz, se cumplía básicamente en los patios de los cuarteles donde enseñaban a leer y escribir, religión y moral; la instrucción militar se limitaba a algo de orden cerrado y al conocimiento del armamento en uso. Las maniobras eran rarísimas, por ejemplo entre 1866 y 1879 año en que fui destinado a servir en Cuba no se realizó ni una sola. En la época en que ingresé al Regimiento de Infantería de la Constitución hubo guerras suficientes para mantener al ejército ocupado, pero la falta de preparación militar de las tropas influyó negativamente en las campañas, de eso me daría cuenta cuando participé entre 1872 y 1874 en varias batallas de la última guerra carlista y posteriormente en Cuba, lugar en que los soldados que

comenzaron a ser enviados a la guerra en 1868 y posteriormente en 1895, iban con una mínima preparación militar, por no decir que ninguna, lo que elevaba el número de bajas, algunos estudiosos del tema calculaban que el 50% de ellas eran producto de ello. La cuenta estaba clara, los hombres que reenganchaban eran caros, los reclutas baratos, mientras otras potencias europeas enviaban a sus guerras coloniales a soldados voluntarios, España enviaba reclutas. El ejército español tenía muchos generales, pero aún más oficiales que los necesarios. Existían tres clases de oficiales: oficiales profesionales (artillería, infantería, caballería, ingeniería y otros), oficiales asimilados (los de sanidad militar, intendencia, jurídicos, y otros cuerpos auxiliares), y oficiales de reserva (existían tres tipos: pagados, sin paga y con paga reducida).

En algunas partes de estas notas ustedes leerán que se dice que me otorgaron tal empleo; les explico. El ejército tenía como política que ciertos oficiales poseyeran una categoría llamada, empleo y también poseían una categoría superior llamada, grado. Para los oficiales existían empleos personales y empleos del ejército. Era política del ejército que los oficiales no se arraigaran en un lugar, principalmente por motivos de carácter político, como es lógico esto era muy malo para ellos, pues no les permitía crear una familia y perjudicaba su preparación profesional, sino vean mi caso que estuve destinado en tantos lugares de la geografía española que casi la conocí completa, lo que permitió conocer a fondo mi país pero me separó de mi familia y casi no me dejó hacer amistades. Los tenientes eran los peor tratados, la pobreza era la característica de la vida de los oficiales, paga corta que en ocasiones se retrasaba. Con su sueldo, el oficial tenía que pagar su vestuario y caballo, además de la obligación de contribuir a los gastos comunes del regimiento o costear su viaje cuando era trasladado; si era un joven teniente con familia el problema era grave. A partir de 1870 la paga mejoró y se situó igual al resto de los ejércitos de Europa<sup>8</sup>. El problema era cobrar el sueldo en tiempo. Siendo médico aprendí, con los golpes, que en un

<sup>8</sup> El autor introduce aquí una tabla de salarios militares de la época. (N.E.)

hospital militar cabecera de una provincia, se podía recibir el sueldo con cierta regularidad; en un hospital militar que estuviera en un pueblo aislado ya se retrasaba; en una columna o en un batallón en operaciones, se retrasaba más, y si cumplías el servicio en una enfermería aislada, como me sucedió a mí en varias ocasiones, cobrar era muy difícil. Hay que agregar que en ocasiones el sueldo era complementado con gratificaciones anuales como me sucedió a mí en 1905, que por Real Orden de 21 de noviembre me concedieron una gratificación anual de 720 pesetas por haber cumplido diez años de efectividad en el empleo. Terminó el tema de los sueldos explicándoles que si el oficial pasaba a la situación de reemplazo, solo recibía el 50%.

En marzo de 1867 me trasladaron del Regimiento de la Constitución en Zamora hacia la Brigada Sanitaria de Madrid. Ir a servir en la capital era bueno pues conocería la gran ciudad, pero me alejé de mi familia y de mi pueblo, en la Brigada Sanitaria fui destinado a la 2ª Compañía Sanitaria; en ella estuve como sanitario varios años y participé como les dije anteriormente en algunas de las batallas y combates de la tercera guerra carlista lo que me sirvió en mi aprendizaje, de esto les contaré más adelante, así que volvamos al País. La crisis económica de 1868 contribuyó a exacerbar la crisis política que venía desde principios de los 60.

La reina Isabel, muchacha hermosa en otros tiempos, era en 1868 una mujer gruesa y ordinaria, ignorante y sin educación, metida en intrigas y servida por cortesanos cada vez más necios. Su camarilla estaba formada por galanes, para satisfacer sus pasiones y por clérigos para lavar sus pecados. Poco podía entender los problemas del País, los progresistas eran su pesadilla, las pocas personas inteligentes de la corte no conseguían hacerse oír. La Reina era incapaz de ver que más tarde o más temprano los progresistas llegarían al levantamiento y quizás a la revolución. A mediados de los 60 la polarización de la política era irreversible. Los progresistas necesitaban a un general y hallaron a Juan Prim y Prats, hombre surgido de la modesta clase media nacido en 1814, a los 19 años se alistó como soldado en un regimiento de la milicia para luchar contra los carlistas, se distinguió y logró ascender a oficial. Al terminar

la guerra era ya coronel con solo 26 años, tres años más tarde era general. Se distinguió en la guerra de Marruecos y al concluir la misma, era considerado el general más valiente de España. Había algo más que valentía en este general, era liberal pero odiaba cualquier idea socialista y le gustaba vivir a lo rico. Cuando estuvo en Puerto Rico proclamó su infame *Código Negro*; tuvo varios fracasos en sus intentos de golpe militar entre ellos el de enero de 1866 cuando trató de derrocar a los moderados, deponer a la reina y convocar a cortes, no obstante persistió. En agosto de 1868 un grupo de generales moderados y unionistas acosados por el gobierno contactaron con Prim, y un grupo de políticos civiles estuvieron dispuestos a aliarse también con él. Otros civiles, como Pi y Margall por ejemplo, exigían además la constitución de una república, que Prim no quería.

## EL EJÉRCITO Y LA REVOLUCIÓN DEL GENERAL JUAN PRIM Y PRATS DE 1868 A 1870

La revolución del 17 de septiembre se inició en Cádiz, allí la población era liberal y apoyaba a los rebeldes. Tres fuerzas luchaban por el poder: la corte y el antiguo poder; los generales rebeldes y los políticos de la llamada izquierda que en las ciudades organizaban juntas. En definitiva las dos primeras fuerzas lucharon y la tercera miró desde la barrera. Por supuesto ganaron los generales rebeldes, que después de la batalla del Puente de Alcolea, favorable a sus armas, hallaron libre el camino a Madrid. Los que hicieron la Revolución la proclamaron “Gloriosa Revolución de Septiembre”. La Reina huyó a Francia y algunos de sus adictos no tuvieron esa oportunidad, razón por la que acudieron a buscar refugio en distintas embajadas. ¿Recuerdan al general Serrano, el mismo que le hacía la corte a la Reina? Este general formó el gobierno y nombró a Prim Ministro de la Guerra, aunque este último era el poder real. Los demócratas quedaron fuera. Los resultados de la Revolución de Prim se pueden sintetizar en que se produjeron tres cambios: los conservadores fueron sustituidos por los liberales de la calle; se restablecieron relaciones “normales” entre militares y civiles y el levantamiento creó grandes esperanzas en las masas que despertaron de su letargo, aunque esperaban, lo que no llegó.

La revolución de Prim fue en definitiva como la mayoría de las revoluciones militares del pasado: gobierno centralizado bajo la dirección de unos generales conservadores. Un mes después de la Revolución Septembrina de Prim, el 10 de octubre de 1868, se produce el alzamiento del insurrecto Carlos Manuel de Céspedes en un lugar llamado La Demajagua y comienza la guerra libertadora en Cuba. Cuando conocí de esta guerra, lo menos que yo me imaginé fue que diez años después iría a servir a Cuba, por eso les expongo a continuación el resumen que acerca de este tema hizo un historiador español y que considero retrata muy bien la situación durante el Sexenio Revolucionario en España de 1868 a 1874: “La cuestión cubana es el resultado de la confluencia de tres procesos paralelos: colonialista, autonomista e imperialista. El primero va encaminado a perpetuar la presencia española en Cuba y se torna cada vez más anacrónico, al resistirse a toda iniciativa reformista. La corriente autonomista, más tarde independentista, con precursores tan notables como Félix Varela y José Antonio Saco, toma cuerpo a raíz de la supresión de la provincialidad cubana. Por último la corriente imperialista se vincula a los Estados Unidos y su objetivo final no es otro que la anexión de la Isla”<sup>9</sup>. El asunto que a lo largo de todo este periodo polarizó una vez más una parte considerable de la atención y esfuerzos de la diplomacia española, fue la cuestión cubana que no tardó en convertirse, junto con el levantamiento carlista y en mayor medida que la insurrección cantonal, en un cáncer que consumió los recursos económicos del país y contribuyó considerablemente a su inestabilidad política, devorando gobiernos y propiciando los sucesivos cambios de regímenes políticos. En suma, y como quedó apuntado, la cuestión cubana fue uno de los aspectos que devoró la Revolución Septembrina, contribuyendo así decisivamente al fracaso de la experiencia democrática y al advenimiento de la Restauración borbónica.

Prim llegó a ser muy popular en el Ejército y entre la población,

<sup>9</sup> El autor del relato toma esta cita de VILAR, Juan B. “Aproximación a las relaciones internacionales de España (1834-1874)”, *Historia Contemporánea*, 2007, nº 34, p. 28 (N.E.).

en particular en la región de Barcelona, tenía un partido bien organizado y fama de valiente. No obstante el ejército era el único elemento de confianza para su régimen; en definitiva él estaba por la monarquía, no por la república que querían algunos de los seguidores de la revolución, con ese fin se dedicó a buscar un rey que encontró en Amadeo de Saboya, hijo del rey de Italia. Prim se buscó muchos enemigos y fue asesinado el 20 de diciembre de 1870; el crimen, como tantos otros, quedó sin ser solucionado. Amadeo se quedó de pronto sin su soporte principal.

## EL EJÉRCITO Y LA PRIMERA REPÚBLICA

El período que siguió a la muerte de Prim fue confuso, caracterizado por rebeliones, la tercera guerra carlista, y la lucha de facciones que estrangularon al país y propiciaron la reorganización de las fuerzas más reaccionarias. El ejército no apoyó a Amadeo aunque el general Serrano lo hizo aproximadamente durante un año. En 1872, la lealtad del ejército se resquebrajó, se dejó en suspenso el Código Militar, se permitía a los oficiales castigar de inmediato, incluso fusilar a los soldados. Esta situación promovió desorden en las tropas, los oficiales dejaron de mandar y renunciaron en ocasiones a imponer el orden. La situación creada fue aprovechada por los agentes borbones para acercarse a oficiales y generales y también por los llamados carlistas, que iniciaron la llamada tercera guerra carlista.

En esa época yo me encontraba sirviendo como Sargento 2º en la 2ª Compañía de la Brigada Sanitaria de Madrid y participé durante varios años en algunas de las batallas que se desarrollaron contra los carlistas. De ellas les relato que mi compañía estuvo en la Batalla de Oroquieta en mayo de 1872, comandaba nuestras tropas el general Moriones. Los combates comenzaron con el ataque de nuestras tropas a la localidad de Oroquieta situada al noroeste de Navarra y a unos 30 kilómetros de Pamplona. Al inicio de la batalla los carlistas pudieron resistir, incluso recibieron algunos refuerzos, pero la artillería nuestra hizo estragos en sus filas de tal magnitud, que resultaron decisivos y los carlistas huyeron. Allí se hicieron más de 700 prisioneros, don Carlos tuvo que escapar a Francia y no regresó durante un año; en estos combates

nuestras tropas tuvieron muy pocas bajas y el número de heridos que atendimos también no fue muy numeroso. Para mí todo fue un gran impacto, pues nunca había participado en un combate y atender los heridos directamente en el campo de batalla fue una ardua tarea que me ayudó en mi formación como sanitario y futuro médico.

En 1872 la guerra en Cuba se incrementó. Al margen del conflicto antillano que continuaba y seguía creando un claro conflicto militar y político, hay que referir la maniobra republicana que en su acción parlamentaria no dejaría de presionar para dividir a los partidos monárquicos y hacer imposible el reinado de Amadeo. Esto explica que se presentaran a las elecciones de 1872 en coalición con los radicales. En el empeño por conseguir el aislamiento de Amadeo también jugaron un papel importante los hombres de Cánovas del Castillo que preparaban el regreso del hijo de Isabel II. El monarca sin posibilidad de crear un gobierno fuerte para resolver estos difíciles problemas, abdicó el 2 de febrero de 1873. En esta situación convulsa el 11 de febrero de 1873 el Congreso y el Senado, reunidos conjuntamente, tras la abdicación de Amadeo, proclamaron la República. Solo la Primera República promulgó las leyes de redención de foros (20 de agosto y 16 de septiembre de 1873) pero, como dice el refrán, poco dura la alegría en casa del pobre, un decreto promulgado el 20 de febrero de 1874 del gobierno del General Serrano, suspendió la ejecución de dicha ley.

A inicios de 1874 la compañía sanitaria en la que seguía destacado volvió a ser enviada a prestar su servicio en varias batallas de las que se realizaban en la llamada tercera guerra carlista. Se dice por los historiadores militares que 1874, a pesar de algunas victorias obtenidas por los carlistas, fue el año que decidió el curso de la guerra, pues se unieron varios factores que ayudaron a crear condiciones que permitieron a nuestro ejército organizarse y concentrar sus tropas en la lucha contra los carlistas, uno de esos factores fue el golpe de Sagunto, que dio el general Martínez Campos a fines de ese propio año que propició que muchos carlistas moderados se pasasen a nuestro bando y desmoralizó a los carlistas. Una de las batallas en las que participó mi compañía fue el sitio de Bilbao por las tropas carlistas entre los meses de febrero a mayo de

1874, que culminó con una gran derrota para ellos. La batalla se inició a finales de febrero cuando los carlistas pudieron concluir el cerco de la ciudad y comenzaron el bombardeo de Bilbao con su artillería que no respetó iglesias ni hospitales; estos bombardeos se complementaron con el intento de asaltar las posiciones de nuestras tropas, que eran mucho menor en su número. Nuestras tropas intentaron en varias oportunidades romper el cerco lo que no se logró y el hambre comenzó a ser un serio problema, por fin el 29 de abril se logró el éxito en romper el cerco cuando nuestras tropas lograron una victoria en Somorrostro, de ahí en adelante todo fue mal para los carlistas y el primero de mayo se retiró el último de sus batallones lo que propició que el día dos entraran nuestras tropas a la localidad de Bilbao, entre ellas mi compañía que formaba parte de los refuerzos. Esta fue una batalla con grandes bajas para ambos bandos, se calcularon en varios miles, y el trabajo de la Sanidad Militar fue intenso, establecimos numerosas enfermerías, tanto en lugares improvisados como en iglesias, hospitales, conventos o en grandes edificaciones de la villa. Desde el punto de vista profesional para mí hubo un antes y un después de Bilbao, pues junto a los médicos y sanitarios trabajé como nunca para salvar la vida a decenas y decenas de personas tanto militares, como paisanos, de nuestras tropas o de las enemigas.

Sería la última acción combativa en la que participé en España, pues a mediados de ese año el mando de la Sanidad Militar me concedió el privilegio de presentarme al Curso Preparatorio para ingresar en la Facultad de Medicina de Madrid. Recuerdo perfectamente el momento en que mi jefe de compañía sanitaria me comunicó que debía presentarme al Curso Preparatorio, que sería la antesala del ingreso a la Facultad de Medicina. A fuer de ser sincero, no podía creer que tuviese tanta suerte; de inmediato les escribí a mis padres y marché a Madrid donde matriculé, con vista a prepararme para los exámenes, las asignaturas de Historia Natural, Física y Química. En julio de 1875 realicé los exámenes de oposición, entre 100 candidatos obtuve el número 53 y matriculé en el primer curso de medicina, por fin iba a ser médico.

La Facultad de Medicina de la Universidad Complutense de Madrid<sup>10</sup> es una de las subdivisiones académicas de esa institución; está localizada en la famosa calle de Atocha, lugar privilegiado por cuanto además de encontrarse cerca del centro de Madrid, está al lado del Hospital General y caminando llegábamos al llamado Edificio Histórico situado en la calle de San Bernardo. De este edificio recuerdo su bello Paraninfo donde se realizaban actividades solemnes, sitio que visité en múltiples ocasiones al igual que su biblioteca, lugar en que, por sus excelentes condiciones, me gustaba estudiar. El edificio para la facultad se construyó en el solar del Hospital de la Pasión entre 1831 y 1840; en 1845 pasó a denominarse Facultad de Medicina de San Carlos tras la separación de la Facultad de Ciencias Médicas en las Facultades de Medicina y Farmacia, en aquellos momentos era la facultad que más médicos graduaba y contaba con gran prestigio. En ese famoso centro estudiaría el hijo del pequeño pueblo de Riomanzanas: Feliciano Fidalgo y Casas.

## EL EJÉRCITO Y LA RESTAURACIÓN BORBÓNICA

Ya desde 1873 el general Martínez Campos y otros militares venían conspirando. En diciembre de 1874 se reunieron en Sagunto el general Dabán y el general Martínez Campos y este último se dirigió a la tropa para proclamar rey de España a Alfonso XII; otro golpe militar iba a cambiar el curso de la vida nacional, de ahí en adelante se le fueron sumando otros generales y se terminó la República (11 de febrero de 1873 a diciembre de 1874) que murió asfixiada por sus propios errores, siendo el principal de ellos el no haberse conectado con el pueblo, provocando que muchas personas pensaran que un golpe militar, seguido de la restauración, solucionaría los problemas del país. Mirándolo tantos años después les puedo decir que fui uno de los simpatizantes de la república, aunque no la apoyé directamente; en realidad el pueblo y las clases bajas del ejército miraron con fría indiferencia el golpe y la

<sup>10</sup> Desde 1850 hasta 1943 se conocería como *Universidad Central*, después como *Universidad de Madrid* y, finalmente, en 1970 recibió su designación actual. (N.E.)

restauración de los borbones ya que les habían hecho creer que con la restauración de la monarquía terminaría inmediatamente la guerra carlista y que los soldados serían licenciados, pero no fue hasta el 28 de febrero de 1876 que Carlos VII cruzó la frontera con Francia y en marzo se dio por terminada la guerra. La restauración fue en lo superficial una imitación del modelo liberal clásico de la Gran Bretaña (un rey, el parlamento con la cámara de diputados electiva y el senado designado, así como un gabinete responsable ante el rey). El ejército se comportó con discreción poco habitual y el jefe del gabinete, el señor Cánovas del Castillo, intentó apartarlo para lo cual realizó una purga de generales y se dictaron a principio de 1875, primero una Real Orden que proclamaba en un decreto que los militares deberíamos dejar de participar en la lucha entre partidos, estando también los generales obligados a ello, además se dictó una orden del Ministro de la Guerra que prohibía a los oficiales y soldados participar en la vida pública.

En 1875, encontrándome estudiando medicina en la Facultad de Madrid, continuó la guerra carlista; de las batallas desarrolladas les cuento que en los combates para ocupar Orlot [*sic*] en marzo y en el sitio de Seo de Urgel, localidades ubicadas al norte de la península y muy próximas a la frontera con Francia, que culminó con su ocupación por nuestras tropas en agosto de ese propio año, se destacó el general Arsenio Martínez Campos que logró con esas victorias en noviembre de ese propio año terminara la lucha en Cataluña y propició que en marzo de 1876 concluyera la tercera guerra carlista con la derrota en toda la línea de sus tropas y la asimilación de los carlistas, sin hacer agravios al vencido. La victoria sobre los carlistas legitimó aún más el gobierno de la Restauración que se vio reforzado con la promulgación de la Constitución de 1876. Ojalá nunca más vuelva la guerra civil a nuestra amada patria.

La terminación de la guerra carlista permitió que los esfuerzos se concentraran en la guerra de Cuba y en 1877 enviaron a la Isla al general Martínez Campos, héroe de la guerra carlista y del golpe, contra la República en Sagunto. La misión que le dieron: terminar la guerra en Cuba, lo que pudo hacer en 1878 con la llamada Paz del Zanjón, que logró, entre otras cuestiones, prometiendo a los insurrectos la autonomía

y la abolición de la esclavitud, que por supuesto, el gobierno español no cumplió. Cuando concluyeron las acciones contra los carlistas yo me encontraba concentrado en mis estudios de medicina y el 2 de julio de 1877, justo casi cuando había cumplido los veinte y siete años, me gradué en la Facultad de Medicina de la Universidad de Madrid como licenciado en Medicina y Cirugía y el 20 de noviembre de ese propio año me expidieron el título que me autorizaba a ejercer libremente la ocupación de médico y cirujano según prescribían las leyes y reglamentos, como un tesoro conservo entre mis cosas ese título.

En mi tiempo de estudiante de medicina fue que pude conocer bien a Madrid, capital de mi amada patria, ya era una gran ciudad que podía competir con cualquiera de las capitales europeas, en esa época tendría unos 400.000 habitantes, cuando escribo estas líneas en 1909 me dicen que se acerca a los 600.000. A mí, hijo de un pequeño y remoto pueblecito, la gran ciudad me deslumbró con sus enormes y bellos palacios, teatros, plazas, paseos, parques, monumentos, museos y su principal tesoro, los madrileños, tan desenfadados y alegres. Yo cada vez que pude caminé mucho por la ciudad, y en compañía de mis compañeros de curso, visitaba algún café donde hacíamos tertulias o asistía a teatros, en particular el de la Zarzuela, situado en la calle de Jovellanos, la edificación era bonita y majestuosa, decían que había sido construida al estilo de la *Scala* de Milán: en forma de herradura con tres alturas de palcos; este teatro se convirtió en el lugar central de Madrid donde se interpretaban la piezas maestras de la zarzuela, principalmente grande o de dos actos, de ellas recuerdo *La Monja Alférez* que tanto nos gustó y que vi en varias oportunidades. Allí conocí, mediante una de mis compañeras de estudio en la facultad, que era su sobrina, al escenógrafo principal del teatro don Néstor González y Montenegro que nos mantenía informados acerca de los estrenos y sus características. En 1909 supe que un incendio destruyó el teatro, es una lástima, ojalá puedan reconstruirlo.

Una vez graduado en la Universidad, continué por breve tiempo el servicio ordinario en la Brigada Sanitaria hasta que presté los ejercicios de oposición y por Real Orden de 29 de noviembre de 1877 fui

nombrado oficial médico, alumno de la Academia de Sanidad Militar con asimilación de alférez de ejército y sueldo anual de mil novecientas pesetas en arreglo a lo dispuesto en el artículo 89 del Reglamento de la citada Academia que había sido creada en 1876 como parte de las reformas que se habían efectuado en el ejército. Para mí fue como una bendición, pues continuar con los estudios me permitió aumentar mi calificación y después de un año más de estudios, por Real Orden de 4 de julio de 1878 y a consecuencia de haber hecho con aprovechamiento el curso, fui nombrado médico segundo (teniente), al fin se había cumplido mi sueño cuando ingresé como soldado voluntario en el Regimiento de la Constitución en Zamora: ya era médico y además oficial del ejército español. No obstante me quedaba una meta, pasar de la categoría de licenciado a la de doctor, para eso tendría que vencer tres asignaturas que se exigían: Historia de la Medicina, Análisis Químico y la Histología Normal y Patológica, además de presentar una tesis con un tema escogido por mí, esto me obligó a estudiar en forma autodidacta con los libros que pude conseguir y la ayuda de mis antiguos profesores.

Quise regresar a Riomanzanas y mostrar a mis padres lo que había logrado con su apoyo, pero me fue imposible, pues me encontraba en lo que se conocía como en expectación de colocación, hasta que el 15 de julio de 1878 por orden del Oficial Facultado de Sanidad Militar fui destinado al Hospital Militar del Peñón de Vélez de la Gomera, esto era en el Marruecos español, donde me presenté el 2 de agosto de 1878. Este fue mi primer empleo como médico segundo; busquen en el mapa el lugar al que me enviaron y verán lo lejos e inhóspito. Este peñón es un diminuto islote rocoso que se encuentra situado en el norte de África, a unos 126 kilómetros al oeste de Melilla y 117 al sudeste de Ceuta, tiene una extensión de unos 250 metros de largo y en su parte más ancha no tiene más de 100 metros, está a 90 metros sobre el nivel del mar. Cuando llegué estaba habitado solamente por los efectivos de un batallón de infantería y una batería de artillería, ubicados en una fortaleza construida en la elevación mayor de las dos que constituyen el Peñón, de este les comento además, que carecía de agua y de vegetación, el agua para beber debía ser transportada desde tierra firme o desde Málaga cuando hubo

enfrentamientos militares; para crear reservas existían amplios aljibes que almacenaban el agua de lluvia. El Peñón está separado de Marruecos por una lengua de tierra de poco más de 100 metros de ancho lo que constituye una pequeña frontera. Desde el punto de vista militar carecía de importancia y se comentaba que se había propuesto su abandono. Nuestra pequeña guarnición convivía pacíficamente con la población marroquí situada en tierra firme, lo que nos permitía comprar alimentos y otros medios necesarios. Llamar hospital al lugar al que fui asignado era un eufemismo, en realidad se podía considerar una enfermería ubicada en una pequeña edificación, pero a decir verdad estaba limpia y ordenada. Me puse a trabajar de inmediato y como todo alumno recién egresado, traté de aplicar lo aprendido y en particular las experiencias que, como sanitario, adquirí del médico del batallón de infantería cuando estuve en el Regimiento de la Constitución en Zamora.

Las enfermedades que me encontré fueron principalmente las fiebres palúdicas y la disentería, esta última como resultado de la mala calidad del agua de consumo. Por suerte para mí, en el Peñón de Vélez de la Gomera solo estuve unos tres meses pues, por disposición del Señor Director General del Cuerpo de Sanidad Militar de 19 de octubre de 1878 fue destinado al 1<sup>er</sup> Batallón del Regimiento de Infantería de Zamora, pero no se confundan por el nombre, el batallón estaba destacado en la villa de Durango, en el País Vasco. La noticia me sorprendió pero me alegró saber que volvería a la península y en particular al norte, más cerca de mi pueblo y familia. A mediados de diciembre de 1878 me despedí del Peñón con un permiso que se me concedió, para solucionar problemas personales, viajé en un vapor-correo a Cádiz y de allí a mi querida Zamora, ansioso por llegar a Riomanzanas para encontrarme con mis padres y hermanos.

Después de un largo tiempo sin verlos, iba con un título de licenciado en Medicina y Cirugía, nunca he sabido si fui el primer médico de mi pueblo, pero sí debo haber estado entre los primeros, lo que llenaba de orgullo a mi familia. Llegué a Riomanzanas en los días finales de diciembre y puedo decir que todos me recibieron con mucha alegría, ese año el invierno se anticipó con sus nevadas y a mi llegada pude ver

lo bello que era ver todo el pueblo cubierto de blanco. De la familia les digo que abuelo Bentura había muerto hacía años, mis padres, más viejos, aún fuertes y mis hermanos todos bien con sus familias formadas y trabajando en el molino de papá. Pasé todo un mes en mi pueblo que prácticamente no había cambiado, recordé mi infancia y en particular mi madre se desveló por atenderme, no fueron pocas las veladas alrededor del fuego del hogar comiendo castañas asadas y tomando el chocolate que llevé. Fue un mes maravilloso, pero como decía papá, todo lo bueno acaba rápido y regresé al servicio; no podía imaginar que sería la última vez que vería a mis padres, pues siete meses después, sin oportunidad de pasar antes por Riomanzanas, fui enviado a servir en la Isla de Cuba donde permanecí, sin regresar a España, durante casi diez años.

En febrero viajé a la villa de Durango, un municipio importante de Vizcaya, al norte de la península, donde me presenté en el 1<sup>er</sup> Batallón de Infantería el 1 de marzo de 1879. Durango era una pequeña localidad que ocupaba un espacio abierto en la orilla izquierda del río Ibaizábal, lo circundan por el sur y el este una crestería que conforma una vista muy hermosa de picos nevados, en esa época el pueblo no tendría más de dos mil habitantes, en la actualidad sé que ha crecido, tanto en población como su economía. Mi batallón se encontraba en una gran edificación en el extremo este de la localidad muy cerca del río, el servicio allí fue bueno pues las tropas estaban en buen estado de salud, pienso que debido al clima, a la alimentación y la fuerte constitución física de los pobladores de la región. Prestando mi servicio en Durango, se me concedió el empleo de médico primero (capitán) de ultramar con destino al Ejército de la Isla de Cuba por permuta con don Rafael Catalán y Castellanos. Aquí es bueno hacer un paréntesis para explicarles que estando en Durango, visité Madrid para presentar en la Academia de Sanidad Militar mi tesis *Tratamiento de las fiebres palúdicas en las tropas* y realizar exámenes de las tres asignaturas que les señalé anteriormente, el 24 de octubre de 1879 verifiqué el ejercicio del grado de doctor en Medicina y Cirugía con la calificación de “Sobresaliente”. Con mi título en la mano regresé a Durango con vista a entregar el cargo y salir hacia lo desconocido... Cuba.

Desde Bilbao, el 30 de octubre de 1879 embarqué en un vapor-correo. Como contaba con mis primeros ahorros, viaje en primera; era la primera vez que cruzaría la ancha mar, ese mes no era bueno para viajar por el Atlántico, pues estábamos en plena temporada ciclónica, pero excepto unos pocos días, en que la mar estuvo muy agitada, el viaje fue bueno, me permitió apreciar la belleza del amplio océano, sus peces voladores, los delfines haciendo piruetas alrededor del vapor, las medusas flotando y contemplar las noches estrelladas. Por fin, después de hacer escala en San Juan de Puerto Rico, el 30 de noviembre de 1879 llegué a mi destino, La Habana. La entrada a su puerto es impresionante, imponentes fortalezas, cientos de embarcaciones y las edificaciones de la ciudad con mucho colorido. Cuando logré desembarcar, una multitud de muchachos esperaban por los viajeros para proponerles donde alojarse, yo traía la recomendación de buscar alojamiento en la Fonda del Caballo Blanco y pedí a un jovencito que me condujera a ella, que según me habían explicado se encontraba en la zona de intramuros de la ciudad, por fin después de mucho caminar encontramos la fonda y pude alojarme. Al otro día me presenté en la Jefatura de Sanidad Militar, junto a tres médicos que viajaron conmigo, después de una larga espera fuimos atendidos por el subinspector de Sanidad Militar, ese día aprendí mi primera lección en la Isla: yo era el único de los que nos presentamos que no llevaba una carta de recomendación y las plazas vacantes las fueron otorgando, según la recomendación que llevaras. Así, las mejores plazas en la capital de la isla o en buenas dependencias no me fueron otorgadas a mí, que fui destinado por el Excelentísimo Señor Comandante en Jefe el 5 de diciembre de 1879 al Hospital Militar de Santiago de Cuba finalizando el año en marcha para mi destino.

Cuando les contaba acerca de la vida de los oficiales en el ejército español, les explicaba que la política, en general, era que los oficiales no se asentaran mucho tiempo en un lugar, esta medida los perjudicaba por cuanto se les hacía muy difícil formar familia, por no decir que imposible, una muestra de ello soy yo, que después de graduarme solo estuve tres meses en El Peñón, siete en Durango y de pronto

me enviaron a Cuba, lugar en que pasó algo parecido, decenas de lugares de servicio durante mi permanencia allí, esto no solo era malo para la vida personal del oficial, también era malo para su superación profesional, por cuanto, cuando comenzaba a tener experiencia, era trasladado; al final de mi vida, cuando soy un viejo, es que he estado en el mismo hospital durante varios años.

## MI VIAJE A LA ISLA DE CUBA EN 1879, LARGOS AÑOS DE SERVICIO

Cuando viajé a Cuba, la estabilidad política que se produjo en España, provocó cierto auge económico hacia finales de 1880, así, por poner un ejemplo, prosperó la agricultura en Valencia y Cataluña no así en el centro, que quedó estancada. Como les decía llegué a La Habana el 30 de noviembre de 1879, estuve allí casi un mes, esperando buque para trasladarme al hospital militar de Cuba que era mi destino final. ¿Cómo era La Habana que me encontré? La entrada al puerto se realiza por un largo y profundo canal que da acceso a la bahía de bolsa. A la izquierda del canal se observa la fortaleza de los Tres Reyes Magos del Morro construida sobre un risco y más conocida por los habaneros simplemente como *El Morro*; a continuación, ocupando una elevación desde la cual se domina por completo la ciudad, se encuentra la enorme fortaleza de San Carlos de la Cabaña, que se dice es la mayor construida por los españoles en América, tan grande y costosa fue su construcción que se cuenta que cuando se construyó entre 1764 y 1774, el Rey Carlos III se paraba en las afueras de su palacio en Madrid con un catalejo y mirando al occidente, cuando le preguntaban ¿qué mira su majestad?, contestaba: “estoy buscando la fortaleza de San Carlos en La Habana que, por lo que ha costado, debe verse desde aquí”. Siguiendo por el canal de entrada, pero a la derecha, frente al Morro, se encuentra el Castillo de la Punta y frente a San Carlos de la Cabaña se encuentra el Castillo de la Fuerza; en total son cuatro las fortalezas que custodian la entrada a la ciudad y existen dos más para protegerla desde tierra.

Cuando el barco fondea en la amplia bahía, o en uno de sus muelles, La Habana queda al oeste. El día de mi llegada, después de los

trámites de rigor, cuando por fin pude desembarcar, mi primera impresión fue que había llegado a Cádiz, tanto por el trazado de sus calles, plazas y paseos así como por la arquitectura de la mayoría de sus edificaciones y el inmenso mar de un color azul muy particular que baña su costa norte, ambas ciudades tienen un gran parecido, la diferencia estaba dada, en lo fundamental, por sus habitantes y la mezcla de culturas que allí existían, decía un gaditano muy amigo mío que el parecido de ambas ciudades podría ser mayor si en Cádiz hubiesen personas de la raza negra que pregonaran sus productos en las calles y si en La Habana hubiese un poco más de salero, en resumen, La Habana que vi era y es bella, luz y colores, eso es lo que observé. En definitiva estuve más de quince días en La Habana lo que me permitió recorrerla, a mí me encantó pasear por la Alameda de Paula que bordea una parte del puerto; recorrer el Paseo de Tacón con sus dos calles adoquinadas y su centro arbolado; asistir al teatro Tacón, visitar la plaza de Armas con su estatua de Carlos III situada frente al Palacio del Capitán General; caminar sus llamativas calles como la de los Mercaderes, de los Oficios, del Obispo con sus magníficos comercios o la de O'Reilly donde en su número 64 esquina a Compostela encontré al zamorano J. A. Suárez con su negocio de fotografía, de allí conservo una de las pocas fotos mías tomadas en Cuba. Los días que pasé en la capital de la Isla fueron muy buenos y la conocí un poco, en mis futuras estancias amplié mi conocimiento de la ciudad y sus alrededores, de ello les contaré. Cuando llegué a Cuba, la Isla tenía 1.509.291 habitantes según el censo de 1877 y La Habana unos 190.000.

En la segunda quincena de diciembre embarqué en un vapor-coorre que se dirigía a Santiago de Cuba, el vapor hizo varias escalas, de las que destaco el puerto de Cienfuegos, el puerto de Casilda y el del Manzanillo, por fin después de casi quince días de travesía llegué el 1 de enero de 1880 a mi destino, el puerto de Santiago de Cuba. Al igual que en La Habana, al entrar a la abrigada bahía de Santiago lo primero que observa el viajero es su impresionante Castillo de San Pedro de la Roca o simplemente el Castillo del Morro, construido en 1636 en la cúspide de una elevación que domina una vasta área, lo cual facilita la defensa de la ciudad. La ciudad forma parte de las primeras siete villas

fundadas por Diego Velázquez, cuando llegué tendría unos 40.000 habitantes, sus edificaciones fueron creciendo al fondo de su bahía y está rodeada, en tierra firme, por montañas lo que condiciona su clima cálido y húmedo; posee un relieve irregular y sus calles, muchas de ellas adoquinadas o empedradas, son empinadas. Muchas de las viviendas eran de adobe, con techos a dos aguas, soportería de madera y cubiertas con tejas de cerámica roja, amplios ventanales y algunas casas en sus patios poseían bellos jardines. Las grandes edificaciones eran construidas de recia piedra de cantería, fuertemente influenciadas por la arquitectura española, pero edificadas para soportar los sismos frecuentes en esta parte de la Isla. Sus habitantes se enorgullecen de conservar con celo, la que se considera la vivienda más antigua de la isla de Cuba que habitó Diego Velázquez. Si en La Habana me impresionaron sus edificaciones, en Cuba lo que más llamó mi atención fueron su gente, que tengo la impresión son su mayor tesoro; de ellos puedo decir que son desenfadados, hospitalarios como no he visto en ningún lugar y muy alegres.

Una vez desembarcado, fui directamente al hospital militar; este se encuentra lejos del puerto, en la cúspide de una colina que va elevándose desde el mismo puerto. El hospital ocupa una gran edificación, construida con piedra de cantería y techos de madera con tejas de barro cocido, era muy amplio, tenía 2.000 camas y sus salas, edificadas en amplios pabellones, como parte del gran edificio central, para aproximadamente 100 enfermos cada uno, era de unas 60 varas de largo por 10 de ancho con ventanas superiores e inferiores para facilitar su ventilación. Además contaba con las edificaciones para la dirección y el aparato administrativo, incluyendo los médicos, los salones de operaciones, la central de esterilización, la cocina, el local de la guarnición y los aljibes. El lugar en que había sido construido el hospital era bueno, pues lo batían brisas marinas y estaba alejado de focos de infección, todo lo contrario del Hospital Militar de San Ambrosio en La Habana que estaba construido al lado de la parte más sucia de la bahía y en un área pantanosa. El director del hospital me asignó a la clínica de enfermos de fiebre amarilla, para mí fue un choque brusco con la realidad enfrentarme, solo con el apoyo de dos sanitarios, a casi cien pacientes afectados por esa

terrible enfermedad para la cual no existía un tratamiento en particular, pero con la ayuda de Dios y trabajando sin descanso salí adelante y me alegraba mucho cada vez que daba alta a un paciente. Durante el tiempo que estuve sirviendo en el hospital, permanecí alojado en una pequeña edificación que tenían con ese fin.

A principio de junio de 1880 fui llamado a la sede del Departamento Oriental y me comunicaron que, según orden del Comandante General, había sido destinado para hacerme cargo de la Enfermería de un lugar conocido por Remanganagua, me explicaron que sería por un breve tiempo y regresaría al hospital militar y así fue, en agosto estaba nuevamente en mi sala. Ese año 1880 fue de muchas bajas en nuestras tropas por la fiebre amarilla, según las estadísticas del doctor Cerezo hubo 1470 enfermos de los que 578 murieron (un 39%), cifra alarmante para un ejército que en esa época no tenía más de 14.000 hombres sobre las armas, esto volvería a repetirse en 1895. La causa principal de tantas muertes era en lo fundamental, algo que desgraciadamente vería como se repetiría constantemente durante mis casi veinte años en la Isla, no se diagnosticaba a tiempo la enfermedad y cuando el enfermo llegaba al hospital, en la mayoría de los casos era muy tarde.

A finales de 1880 por disposición del Excmo. Sr. Capitán General fui destinado al Hospital Militar de Gibara, este hospital era prácticamente nuevo, había sido construido entre 1877 y 1878 a finales de la guerra de los diez años para lo que se emplearon al iniciar las obras, según los diarios de la época, 6.000 duros y posteriormente para terminarlo otros 15.000 que era una cifra considerable en esa época, me imagino que algo de ese dinero debe haberse robado. Yo seguí prestando servicio en el Hospital Militar de Cuba en espera de un buque que se dirigiera a Gibara, no fue hasta mediados de enero de 1881 que me comunicaron que saldría en esa dirección un vapor-correo, embarqué y el 17 de enero de 1881 llegué al puerto de Gibara. La primera impresión fue muy buena, encontré una pequeña ciudad, bien trazada, limpia y con una rica brisa marina que refresca sus días; además desde la villa se observa una bella vista de su mar y de las elevaciones al otro lado de la bahía entre ellas, la famosa Silla de Gibara. Cuando llegué, la población

de la ciudad era de unas 8.000 almas y cosmopolita, habitada por gran número de canarios, de peninsulares, por otros europeos y por personas procedentes de distintos países de América y tierras de África. Su partido pedáneo era el más rico y próspero de la jurisdicción holguinera. Me explicaron que durante la guerra la población creció pues muchas personas se mudaron a la villa buscando la protección en el sistema defensivo creado por el ejército, que resultó ser un bastión inexpugnable de nuestras armas durante esa contienda. El hospital era pequeño, pero, como les comenté anteriormente, prácticamente nuevo, el personal de tropas ingresado era poco y rápidamente me adapté a su sistema de trabajo, pero mi alegría duró muy poco, pues como se dice en mi pueblo “no logré calentar el asiento” ya que el 14 de febrero de 1881 fui destinado, cumpliendo disposición del Capitán General, como médico del 1<sup>er</sup> Batallón del Regimiento de Infantería denominado de La Habana, este se encontraba en la ciudad de Holguín, por suerte muy cerca de Gibara.

Unos meses después, como la guerra había terminado hacía ya tres años, muchos oficiales, entre ellos yo, según disposición del Capitán General de fecha 15 de junio, pasamos a la categoría de cuadro de reemplazo por excedente, con el inconveniente que solo cobraría el 50% de mi sueldo. Para los oficiales estar en situación de excedente era muy difícil y muchos de ellos arruinaban su vida con los tres males de la oficialidad en general: las mujeres, el juego y la bebida, yo por mi parte aproveché el tiempo y me incorporé como voluntario al hospital militar. Lo único bueno para contar de ese año de 1881 fue que por Real Orden del 25 de junio me fue concedida la Cruz Blanca de 1<sup>a</sup> Clase del Mérito Militar en permuta de la sencilla que se me otorgó por Real Orden del 15 de Septiembre de 1876.

#### ALA CIUDAD DE BAYAMO, POR PRIMERA VEZ

Yo solicité de inmediato regresar a la Península, pero no se me concedió. En esta situación de incertidumbre transcurrió el año y no fue hasta marzo de 1882 que me destinaron como médico del 1<sup>er</sup> Batallón del Regimiento de Infantería denominado de España, cuya sede se encontraba en la ciudad de Bayamo. Así fue que un día del propio mes de

marzo me vi cabalgando junto a un convoy de suministros que había arribado por el puerto de Gibara y se dirigía a Bayamo distante unas 17 leguas de Holguín. El territorio entre Holguín y Bayamo es llano y lo atraviesa el río más grande de la Isla, llamado Cauto, la región está poblada por grandes bosques y también grandes extensiones de tierra dedicada a la ganadería, que es uno de los rubros fuertes de la economía en ella. Después de pasar el Cauto comienza a divisarse la gran cadena montañosa que existe al sur de Bayamo que se conoce como Sierra Maestra, el paisaje, como todos los que he visto en Cuba es espléndido, a pesar que era época de seca, todo estaba muy verde, de ese verde en varias tonalidades que hace tan bella la floresta tropical. El viaje lo hicimos en dos jornadas, la primera hasta el lugar de paso del Cauto, allí el río, que a pesar de la época de seca tenía gran caudal, corre como 30 varas por debajo del nivel del camino en ambas riberas, todo parece indicar que a lo largo de miles de años las aguas han ido horadando el terreno y se hace difícil el acceso. A la mañana siguiente cruzamos el río en unas balsas y continuamos la marcha; antes del atardecer estábamos entrando a la ciudad denominada San Salvador de Bayamo. Esta, fundada por el adelantado Diego Velázquez en noviembre de 1513, algunas personas dicen que fue en 1512, es una de las siete primeras villas creadas en la Isla y en 1837 había recibido el título de ciudad, era famosa por haber sido tomada por los insurrectos en octubre de 1868, que, al mando de Carlos Manuel de Céspedes, se habían alzado contra la corona española y la incendiaron en enero de 1869, antes que nuestras tropas la retomaran.

La ciudad era pequeña, cuando llegué, tendría aproximadamente unas 10.000 almas, de ellas 4.000 blancas y el resto de color. Está construida en la orilla norte del río del mismo nombre, sobre una especie de pequeña meseta que la protege de las riadas frecuentes del mismo. Su planta es irregular y alargada, adaptándose a la sinuosidad del río en esa región, sus calles principales están empedradas con cantos rodados del río que los lugareños llaman chinas pelonas y las aceras están construidas con ladrillos o losas de barro cocido, en sus calles llamó mucho mi atención los labriegos que iban por ellas con una o dos vacas y las ordeñaban

según el pedido de leche que les hiciera el vecino. De Bayamo parten caminos que la vinculan con Santiago de Cuba que se encuentra al este, a unas 32 leguas; al puerto del Manzanillo, distante unas 14 leguas al sur; a Puerto Príncipe situado al oeste, a unas 83 leguas y La Habana que se encuentra al oeste a 198 leguas.

Se cuenta que en tiempos tan lejanos como 1516 hubo una crecida de grandes proporciones que provocó una gran barra en el río Cauto y quedaron encerradas muchas embarcaciones de gran porte en el río Bayamo, que hasta ese momento fue navegable, perjudicando mucho la ciudad, que basaba su economía en la venta de sus productos que eran transportados en embarcaciones que lo surcaban. Las edificaciones eran, y son aún, en su mayoría de una o dos plantas y de las 1.400, que aproximadamente se calcula tenía la ciudad, unas 600 eran de mampostería y el resto están construidas con un sistema llamado de embarrado que no es más que una estructura de junquillos y horcones de madera unidos entre sí por bejucos y cubiertos posteriormente con barro, al final se les da como terminación a las paredes, un revoque con una argamasa de cal y arena, la techumbre casi siempre es de hojas de la palma real o de tejas de barro, estas viviendas, cuando son bien construidas, resisten mejor los frecuentes terremotos que afectan a toda la región oriental de la Isla. En general las viviendas y edificaciones están pintadas de vivos colores que le dan un toque de belleza a la ciudad, muy distinta a los colores ocres o blancos que predominan en España.

Las viviendas se caracterizan además por sus amplios ventanales protegidos por rejas de hierro, de maderas torneadas o mixtas y muchas de ellas cuentan con patios interiores en los que hay plantadas flores y otras plantas ornamentales. A mi llegada habían transcurrido 13 años desde que la ciudad fue incendiada, y ya se habían reconstruido la mayoría de las edificaciones que fueron destruidas por el fuego, aunque aún se observaban sus huellas en algunos lugares de la ciudad. La economía de la región se basaba en la agricultura y la ganadería; se producía azúcar para lo cual existían más de 50 pequeños ingenios, se cosechaba un buen café, algo de cacao, maíz, tubérculos, muchas frutas y maderas preciosas en sus inmensos bosques. La ganadería por su parte era muy

fuerte y se observaban grandes rebaños de reses, en esa época se calculaba que existían más de 85.000 cabezas. Existían muy buenos caballos y se criaban los cerdos y ovejos. Una característica del Bayamo que conocí fue la simpática alegría de sus habitantes y la necesidad de esparcimiento que se reflejaba en sus fiestas populares, de renombre en toda la provincia, aún recuerdo las más importantes: la de los Santos Reyes, Corpus Christie, San Salvador, Santiago, San Pedro, la Noche Buena, Santa Cristina y en particular recuerdo la de Santa Ana, en estas fiestas que se celebraban a finales de julio, además de los saraos correspondientes, cada bayamés pudiente, se paseaba por la ciudad con su mejor caballo bellamente enjaezado.

El cuartel del Regimiento de Infantería se encontraba casi en el centro de la ciudad, sus edificaciones abarcaban una manzana completa entre las calles de La Virgen de Regla, la calle de San Joaquín, la calle de la Gloria y el callejón de la Calle Grande, a unas 400 varas de la Plaza de Isabel II. Al otro día de mi llegada me presenté al Jefe del Batallón de Infantería y me hice cargo de su Servicio de Sanidad Militar. En los días que escribo estas líneas, he consultado mucho con mi esposa Antonia Valerino y Máximo, bayamesa en cuerpo y alma según sus propias palabras, con ella conversaba que, de los casi veinte años que duró mi estancia en Cuba, en Bayamo estuve en ocasiones un mes y en otras hasta dos años completos entre 1882 y 1898, cuando la evacuaron nuestras tropas al ser derrotadas en la guerra contra los insurrectos y al final, contra ellos y los norteamericanos, que ese año intervinieron para llevarse el gato al agua, léase, quedarse con la posesión de la Isla de Cuba, tierra que siempre desearon.

Desde mi primera vez, la ciudad me gustó y en particular su gente muy hospitalaria y gentiles, como mi vida transcurrió entre el cuartel y el hospital, me acostumbré a caminar por sus calles y plazas lo que me permitió conocer a muchas personas, entre ellas a la que sería mi esposa, a la que conocí durante un paseo por la Plaza de Isabel II. Las bayamesas, como yo las recuerdo, tenían como sello característico el pelo y los ojos negros y una bella tez, sin embargo Antonia es de pelo y ojos castaños y tez muy blanca, yo quedé prendado de ella desde la

primera vez que la vi, era hija de don Arturo Valerino, y doña María Máximo, ricos hacendados que poseían ganado, un pequeño ingenio azucarero en la zona del Manzanillo y un tejtar casi al lado de su vivienda en la calle de la Cruz Verde, en la parte sur de la ciudad; solo les digo que en septiembre de 1884 regresé a pedir la mano de Antonia y el 1 de abril de 1886 nos casamos en la iglesia mayor de Bayamo y hasta hoy, de ese tema les contaré después.

Durante mi primera estancia en Bayamo, don Arturo Valerino, me regaló un plano topográfico de la ciudad y sus alrededores que fue confeccionado alrededor de 1850. Cuando más contento estaba en Bayamo, en agosto de 1882 me comunicaron en la guarnición, que el Capitán General había dispuesto que viajara a La Habana pues había sido nombrado como cajero en la Brigada Sanitaria. Yo me estaba acostumbrando a cambiar de cargo como de camisa, pero siempre dentro de la prestación de mis servicios como médico, pero aquella designación me dejó perplejo. No había remedio, tuve que ir a La Habana a ser cajero, las órdenes se cumplen y no se discuten, me habían enseñado. Me despedí de Antonia y su familia, marché al Manzanillo, donde me alojé en la casona que don Arturo Valerino poseía allí, esperé por un vapor-correo y a mediados de agosto me incorporé a mi nuevo cargo en la Brigada Sanitaria que estaba dislocada en la Fortaleza de la Cabaña. De pronto tuve que empezar a sacar cuentas, administrar presupuestos que no alcanzaban, impedir que los bribones me robaran y en particular, a rendir cuentas de los gastos y de las existencias de duros y pesetas en la Tesorería, allí terminé el año y si no tuve problemas, no hay dudas que fue por el apoyo del personal que trabajaba conmigo, en particular el contador principal don Julio García Delgado, un sevillano de ley que fue mi mano derecha. Les comento que en abril del 83 hubo en La Habana un brote de varias enfermedades al unísono, además de escasez de médicos y me ofrecí en forma voluntaria para prestar servicios en el Hospital Militar donde estuve hasta finales de mayo de ese mismo año en que regresé a la Brigada Sanitaria como cajero. Papá decía que cortando huevos se aprende a capar y eso fue lo que sucedió conmigo, sacando cuentas aprendí a administrar los presupuestos de la Brigada Sanitaria,

sin dejar de estudiar todo lo relacionado con la medicina que caía en mis manos, allí estuve hasta que a mediados de 1884 entregué satisfactoriamente el cargo a un cajero de verdad.

De mi época en La Fortaleza de la Cabaña guardo buen recuerdo y los invito, si quieren ver una vista espectacular de La Habana, que se sienten una tarde en su muro que da a la bahía. En resumen, para alegría mía, regresé a mi trabajo como médico y me hice cargo en julio del 84 de una clínica en el Hospital Militar de La Habana. Como les conté anteriormente, cuando estuve destacado en Bayamo en 1882, durante un paseo por la Plaza de Isabel II, conocí a la que sería mi esposa, Antonia Valerino y Máximo, en aquel momento ninguno de los dos pensamos que seríamos novios y mucho menos que llegaríamos a casarnos y vivir juntos durante tantos años. En aquella ocasión, Antonia que es de fácil conversación y muy culta, buscaba la oportunidad cada vez que nos encontrábamos, y entablábamos conversación de muchos temas: literatura, música, teatro, costumbres de los bayameses y otros muchos temas, yo que nunca he sido muy conversador le seguía la rima y así llegamos a profundizar una amistad que con el tiempo se convirtió en amor. Existían varios temas que nos acercaban, uno de ellos era la literatura, pues ambos teníamos en común ser lectores apasionados, en este tema las conversaciones eran extensas, ella me hablaba de los escritores y poetas criollos como la Avellaneda y de sus obras como la novela *Sab* que trataba el tema de la esclavitud; también me hablaba del excelente escritor Cirilo Villaverde del que prefería su novela *La loma del Ángel* de ella me decía que, si quería conocer por dentro La Habana de 1830, tenía que leerla. Yo, cuando ella me daba oportunidad, le hablaba del Siglo de Oro español y sus autores como Lope de Vega o Cervantes o de los autores españoles contemporáneos como Benito Pérez Galdós y su obra cumbre *Episodios Nacionales* de este gran novelista, cronista y dramaturgo le explicaba que al igual que yo debía leer al escritor criollo Villaverde, ella, si quería conocer el alma de los españoles, tenía que leer los *Episodios Nacionales* de Galdós y en particular su primera serie, escrita con maestría inigualable entre 1873 y 1875, que describe como nadie el alma de los españoles, así también me conocería mejor a mí, que me

sentí al leerlos, como si yo fuera Gabriel Araceli, el protagonista de la serie.

En aquella oportunidad solo estuve destacado en Bayamo seis meses, razón por la cual seguimos tratándonos por carta y en una de ellas, le expresé que me sentía enamorado de ella y que si estaba de acuerdo, solicitaría licencia e iría a Bayamo a pedir su mano, me contestó afirmativamente. De ahí en adelante todo fue muy rápido, a finales de agosto de 1884 me concedieron una licencia por 28 días para asuntos propios, embarqué en La Habana en un vapor-correo y en los primeros días de septiembre desembarqué en el Manzanillo, de allí partí a Bayamo, a enfrentarme a don Arturo Valerino y doña María Máximo, la meta: obtener su consentimiento para nuestro noviazgo. A don Arturo, un valenciano de armas tomar, lo había conocido en 1882 y en realidad me trató con deferencia y mucha cortesía, en aquella ocasión me regaló un mapa de la ciudad y visitamos su espléndida finca de ganado vacuno situada al norte de Bayamo que se encontraba en recuperación de los estragos de la guerra, allí supe que tenía otras propiedades y la vivienda en el Manzanillo, que ya conocía desde mi primera visita. Ese día en la finca me mostró sus caballos andaluces que eran motivo de orgullo personal, era una caballada de más de veinte animales donde predominaban los de color negro, aunque también los había de color tordo. Esos bellos y fuertes caballos los empleaba para trabajar en la finca, pero los mejores, después de un fuerte entrenamiento, solo los tenía, en correspondencia con la tradición, para mostrarlos el día de Santa Ana en las calles de la ciudad y por supuesto, competir con los demás; hasta yo llegué a pasear por la ciudad en compañía de don Arturo un 26 de julio, montados sobre caballos andaluces de color negro como el azabache y bellamente enjaezados que se lucían mostrando el paso español.

Si ustedes han pedido la mano de su novia, sabrán lo embarazosa que es esa situación, yo, que había participado en varias batallas militares, a decir verdad, estaba que me temblaban un poco las piernas la noche en que me presenté en la casa de Antonia, por suerte para mí, doña María, mujer muy desenfadada me ayudó y pude salir del trance con la aprobación del noviazgo. En Bayamo estuve casi un mes y todo fue

felicidad para Antonia y para mí, paseamos, fuimos de baile y cenamos en su casa en varias oportunidades. En octubre, cuando me presenté nuevamente en el hospital militar de San Ambrosio en La Habana, era un hombre nuevo. Rápidamente me dediqué a tratar de convencer al Sub-inspector de Sanidad Militar para que me trasladaran a Bayamo lo que logré, y siempre se lo agradecí, en enero de 1885 cuando se produjo una reorganización del Cuerpo de Sanidad Militar y fui trasladado al hospital militar de Bayamo, pero no a un cargo de médico, fui destinado como jefe de detall que era un oficial que se dedicaba a realizar las compras para el hospital, esto no me gustó ni un poquito, pero era la única forma de estar en Bayamo.

Excepto en la actualidad, que llevo varios años en Mahón, fue la ocasión en que más tiempo estuve destacado en el mismo lugar, para Antonia y para mí fue una época de plena felicidad. Como jefe de detall, estuve todo el año 85; en noviembre de ese propio año murió el Rey Alfonso XII lo que fue muy doloroso para todos nosotros, fue un buen rey, al morir contaba con solo 28 años y por tanto reinó muy poco, pese a lo cual supo ganarse el cariño del pueblo. Al siguiente año me fue concedido el empleo de médico primero en el propio hospital y pude dedicarme por completo a una de sus clínicas. Tanto tiempo en Bayamo me permitió preparar la boda con Antonia y el 1 de abril de 1886 nos casamos en la Iglesia mayor de Bayamo. Como es de suponer don Arturo y doña María quisieron, para su única hija, una boda por todo lo alto y así fue, el jolgorio comenzó antes de la boda y terminó un día después. Antonia, con su bello vestido de novia, fue a la iglesia en una volanta bellamente engalanada y escoltada por sus amigas, en la puerta de la iglesia la esperaba don Arturo que la condujo al altar, allí me la entregó y comenzó la ceremonia. A la iglesia asistieron las familias más encumbradas de la ciudad y sus alrededores y hasta del Manzanillo asistieron amigos de la familia. De la iglesia fuimos a la casa donde hubo una gran fiesta. Tanto Antonia como yo guardamos gratos recuerdos de nuestra boda.

## ANTONIA

Ya les conté como conocí a mi esposa Antonia Valerino y Máximo, cuando nos casamos ella tenía apenas 20 años, bella como una

flor de su jardín, autodidacta por excelencia, con pensamiento propio y capaz de defenderlo con pasión. Además posee una cualidad de la que carezco, sabe administrar nuestro dinero mejor que yo, si no fuera por ella, que siempre tiene una reserva y sabe cuándo y cuánto podemos gastar, las necesidades que hubiésemos pasado serían muchas, en particular durante nuestra vida en España. Con relación a la Isla de Cuba, su amado país, siempre pensó que debía ser libre y no me lo ocultó. Cuando escribo estas líneas, han pasado más de veinte años y nos amamos igual que el primer día, gracias a ella nuestros hijos recibieron una adecuada educación escolar y formal que les permitirá enfrentar los retos de la vida. Para que tengan una idea de su carácter les cuento una pequeña historia íntima:

En 1851 un abogado bayamés de apellido Fornaris, en colaboración con el que sería en octubre de 1868 cabecilla de la insurrección Carlos Manuel de Céspedes, compuso una canción romántica para su novia, Antonia se la sabía de memoria y cuando quería mortificarme, me la cantaba bajito, solo para nosotros dos, ustedes se preguntarán y cómo podía mortificarme una canción romántica, la respuesta es sencilla, es que esa canción fue la base para componer el himno de guerra de los insurrectos en 1868. La canción original decía: “¿No recuerdas gentil bayamesa / que tú fuiste mi sol refulgente, / y risueño en tu lánguida frente / blando beso imprimí con ardor? / ¿No recuerdas qué un tiempo dichoso / me extasié con tu pura belleza, / y en tu seno doblé mi cabeza / moribundo de dicha y amor? / Ven, asoma a tu reja sonriendo; / ven, y escucha, amorosa, mi canto; / ven, no duermas, acude a mi llanto; / pon alivio a mi negro dolor. / Recordando las glorias pasadas, / disipemos, mi bien, la tristeza; / y doblemos los dos la cabeza / moribundos de dicha y amor”.

Volvamos a lo que les contaba, mi felicidad duró hasta enero de 1887, ese día dispuso el Excelentísimo Señor Capitán General, que yo pasara en comisión a la Plaza de Santiago de Cuba con el objetivo de hacerme cargo de la asistencia de los enfermos y otros servicios del 2º Batallón del Regimiento de Infantería de España a causa de hallarse enfermo el médico propietario, incorporándome a dicha plaza el 24 de febrero. En junio de ese propio año, ya recuperado, se reincorporó el

médico propietario a su cargo y yo, para alegría de todos, regresé a Bayamo, para hacerme cargo de la Jefatura de Servicios del hospital militar, empleo que desempeñé hasta septiembre de 1888. En la casa todo iba bien, había nacido nuestro primogénito al que pusimos por nombre Román en honor a mi padre, nosotros seguíamos viviendo en la casa de los padres de Antonia; de la casa de la familia Valerino en Bayamo les diré que había sido reconstruida después del incendio de la ciudad en enero de 1869, era toda de maderas preciosas, incluso su piso, las grandes ventanas estaban protegidas por rejas de hierro forjado y todo el techo estaba cubierto con tejas de barro cocido. La vivienda contaba con un gran sala para recibir visitas y otra más pequeña para el uso diario de la familia, por ambos costados tenía dos grandes alas en las que se encontraban las habitaciones y las dependencias de servicio rodeando a un jardín con flores, plantas medicinales y aromáticas, al fondo de la casa se encontraba el patio con árboles frutales y un aljibe. La casa tenía una singularidad, en una parte de ella existía un sótano en el que se curaban y almacenaban los mosaicos que se producían en el tejear de la familia; aún se conserva la casona en Bayamo, espero volver a verla, era una bella casa.

## DE REGRESO A LA PENÍNSULA

Tanto a Antonia como a mí nos gustaba la idea de comprar una casa para nuestra familia pero, a don Arturo no había quien le hablara de mudarnos, argumentaba que doña María y él, qué iban a hacer solos en una casa tan grande y vaya que tenía razón pues, por Real Orden del 18 de septiembre de 1888, se dispuso que yo debía regresar a la Península a continuar mis servicios allí; les aseguro, que tanto don Arturo como yo, hicimos innumerables gestiones para que me quedara en la Isla, pero todas fueron infructuosas. Ante la situación creada discutimos mucho en la familia qué hacer, si trasladarme con Antonia y Román, a lo que tenía derecho, o viajar yo solo y crear condiciones para que ellos hicieran el viaje; en definitiva acordamos que lo mejor era que viajara solo y cuando creara las condiciones de vivienda, enviara a buscar a mi familia. A principio de noviembre del 88, embarqué en el vapor-correo *Ciudad de Cádiz* en el puerto del Manzanillo, de allí viajamos a La Habana

y de esta a Cádiz lugar en que desembarqué a mediados de diciembre. En la guarnición de la ciudad me transmitieron la orden de presentarme en Madrid, donde, en situación de reemplazo estuve nada menos que hasta el 26 de enero del 89, que fue cuando el Director General del Cuerpo de Sanidad Militar tuvo a bien disponer que prestara mis servicios en el 2º Batallón del Regimiento de Infantería de Bailén con cuartel en Soria, pequeña ciudad ubicada a orillas del río Duero en su curso alto del frío norte peninsular y que formaba parte de la región de Castilla La Vieja. Del lobo, un pelo, por lo menos estaré relativamente cerca de Zamora pensé yo.

Hacia Soria marché en los primeros días de febrero del 89, aún esa ciudad no contaba con ferrocarril, pues no fue hasta 1892 que se inauguró la línea Soria-Torralba, lo que permitió el enlace con Madrid. En definitiva viajé en ferrocarril hasta la pequeña localidad de Torralba y de allí, por una carretera de geografía complicada, marché a mi destino. En el batallón de infantería, al que me presenté el 10 de febrero del 89, no tuve tiempo prácticamente ni de conocer a su personal pues el día 16 de ese mismo mes el Director General del Cuerpo de Sanidad dispuso que me hiciera cargo de la jefatura de sanidad y de la clínica de visitas del Hospital Cívico-Militar de la ciudad. Para contarles del lugar en que presté mis servicios, quiero comenzar señalando que no siempre lo grande es bueno y bonito, pues la ciudad de Soria era y es pequeña, pero muy bella y con una rica historia. Cuando llegué Soria tendría unos 5.000 habitantes y ahora en 1909 tiene unos 7.500. A mí, además de su hospital cívico-militar, que me agradó, me gustaron las edificaciones religiosas que eran muchas, los monumentos, paseos, alamedas, plazas, las murallas, el castillo y el río Duero, todo mostraba, además del impresionante paisaje, la rica historia de aquella ciudad que nos llegaba desde la época romana. Precisamente de esa época visité las ruinas de la famosa Numancia, de la que tanto había escuchado, están a unos siete kilómetros al norte de Soria; seguramente ustedes conocen que los numantinos representaron el amor a la libertad y el valor de los celtíberos que resistieron durante años el asedio de los romanos, incluso derrotaron a algunas de sus mejores legiones y un lugar, donde la mayoría de sus habitantes prefirió la muerte, antes que ser esclavos nuevamente, lección de nuestro pasado que no podemos olvidar.

Ustedes me perdonan si, en ocasiones, exaltó las bellezas de mi país, al que amo profundamente y, por tanto, no me canso de describir cómo lo he visto y sentido. Sigamos en Soria, que era de lo que veníamos hablando; estando sirviendo en esa ciudad, por fin, la jefatura de la Sanidad Militar, tuvo a bien que yo permaneciera en un lugar un tiempo prudencial y me permitiera compenetrarme con el empleo, superarme mediante el estudio, conocer el territorio en que prestaba mis servicios y lo más importante vivir junto a mi naciente familia, en total estuve allí desde febrero de 1889 hasta septiembre de 1891, ello me permitió crear las condiciones mínimas para que Antonia y Román viajaran a la Península. Yo pensé mucho el enviar a buscarlos y en particular en cómo resistirían el invierno en la región de Soria que es muy largo y frío, con años en que las heladas superan los 90 días, pero Antonia en sus cartas me explicaba que la juventud y los deseos de estar juntos podrían más que el crudo invierno y así fue que en julio de 1889, en el vapor-correo *Alfonso XII* viajaron ella y Román a Bilbao donde yo los esperé; de la llegada de mi familia a la Península, solo decirles que fue como si hubiese salido el sol después de muchos días de tormentas.

El viaje a Soria fue azaroso pues lo hicimos en coche por caminos y carreteras no muy buenas, por suerte era verano y además no llovió, en la ciudad yo había previsto estar los primeros días en una pensión situada en la Plaza de San Esteban donde fuimos recibidos y tratados muy bien. Unos días después, y con la activa participación de Antonia logramos terminar de acondicionar un piso que contaba con cuatro habitaciones y algo que era para nosotros todo un lujo, disponíamos de agua corriente y gas; el piso lo había alquilado por una mensualidad de 8 duros y se encontraba en la primera planta de un edificio situado en la Plaza del Rosel y San Blas; allí se iniciaba la parte más estrecha de la famosa calle del Collado, que era la arteria comercial más popular y concurrida de Soria en esa época. La Plaza del Rosel y San Blas, pero que todos llamaban “La Tarta” se encuentra en un lugar muy céntrico de la ciudad de Soria, tiene una planta irregular rodeada de edificios de tres o cuatro plantas muy parecidos entre sí; en su centro se encontraba un monumento dedicado a los Doce Linajes, cuya forma semeja a la de una

tarta, de ahí el sobrenombre. El edificio en que habitábamos era de cuatro plantas con balcones pequeños y enrejados con hierro forjado. La buena ubicación de nuestra vivienda nos permitía, con mucha facilidad, ir de mercado, al café o visitar el *Círculo de Amistad Numancia*, más conocido como *El Casino*, lugar en que hice numerosas amistades durante los dos años que vivimos en Soria.

En Soria simultanéé dos empleos, aunque vale esclarecer que me pagaban por uno solo, era Jefe de Sanidad Militar de la Zona Militar y al mismo tiempo jefe de la Clínica de visita del Hospital Cívico-Militar de la misma. Aunque el trabajo era bastante pude realizarlo en forma satisfactoria, generalmente pasaba las mañanas en el hospital, atendiendo a los enfermos que llegaban y pasando revista en la clínica y las tardes las dedicaba al trabajo en la Jefatura de la Zona Militar. Las enfermedades más comunes que teníamos que enfrentar eran la fiebre tifoidea, la viruela, la neumonía, la tuberculosis y en el verano la disentería. De esas enfermedades, la fiebre tifoidea, que no debemos confundir con el tifus, se consideraba que era endémica de la nación producida por el consumo de agua no potable, de verduras y hortalizas que eran regadas con aguas residuales y la desatención a la recogida de basuras, en esa época en España el 80% de los pueblos carecía de agua potable. No obstante la mayor mortalidad se producía por las enfermedades respiratorias y mayor aún por la tuberculosis y bronquitis que prosperaban por el bajo desarrollo y escasa organización sanitaria existente.

El hospital que me encontré, estaba ubicado en una edificación que podría calificar de satisfactoria, pero la higiene en general había que mejorarla. Mis colegas de trabajo cooperaron conmigo desde el principio, yo trabajé a gusto en aquel pequeño hospital que tenía unas 100 camas, suficientes para la pequeña cantidad de tropas y población que debía atender. Al cumplimiento de mis deberes en el hospital solo falté de abril a junio de 1889 en la ocasión en que fui nombrado para realizar el reconocimiento médico de los quintos del llamado a la Zona Militar de Soria y para la misma tarea, en el llamado a los quintos de reemplazo de la Diputación de la Provincia, fuera de esta tarea siempre estuve en mi hospital y la Jefatura de Sanidad. La estabilidad lograda durante los

años 1889 a junio de 1891, me permitió dedicar algún tiempo a la familia, no fueron pocas las ocasiones en que salíamos de paseo por la Alameda de La Dehesa que en realidad era, y considero aún lo sea, un gran jardín dentro de una ciudad, que por demás se encontraba en su mismo centro, pasear por allí era algo muy reconfortante, eran cientos las especies vegetales existentes además muy bien dispuestas y atendidas; recuerdo perfectamente a Román, ya con tres años, correr libremente por una especie de pradera que existía en uno de sus parques. En verano asistíamos a las márgenes del Duero y aunque sus aguas para Antonia eran muy frías, en ocasiones llegamos a bañarnos. Nuestra felicidad fue mayor aún, cuando a principio de 1891 nació nuestro segundo hijo al que llamamos Feliciano, en honor a mí, por supuesto. En esa época por Real Orden de 12 de febrero de 1889 fui declarado apto para el ascenso, aunque tuve que esperar hasta enero de 1897 para que me fuera concedido el empleo de Médico Mayor (comandante).

### ¿A FILIPINAS?

En junio de 1891, fui llamado a la jefatura de la Zona Militar y me comunicaron que por Real Orden de 19 de junio había sido destinado al Ejército de Filipinas, la noticia fue como si me hubiesen dado un mazazo en plena cara, no podía creer que la jefatura de la Sanidad Militar, a la que me había dirigido por escrito agradeciendo la oportunidad de traer a mi familia desde Cuba y logrado una cierta estabilidad en mi vida personal, hubiese decidido enviarme a Filipinas. A Antonia no me atreví a explicar lo inexplicable, me limité a esperar para entregar el empleo y preparar condiciones para enviar hacia Cuba a la familia, no habían transcurrido seis días y me volvió el alma al cuerpo, cuando me dieron a conocer que el día 24 de junio se había emitido la Real Orden rectificando la anterior y que mi destino era el Ejército de Cuba. Ese día, de la jefatura, salí directamente a mi casa y fue entonces que le expliqué a Antonia lo que había sucedido, para que contarles la alegría que nos inundó, ella, porque regresaba a su amada Isla y yo, porque no me separaría de mi familia.

## DE REGRESO A CUBA

Ya en agosto del 91, habíamos liquidado todo en Soria y marchado a Barcelona, donde abordamos el vapor-correo *Alfonso XII*. En el vapor el viaje fue bueno pues pude pagarlo en primera clase y no hubo mal tiempo a pesar de viajar en la temporada de los temidos ciclones. El 5 de septiembre entramos en La Habana donde estuvimos esperando un buque que nos condujera al Manzanillo para dejar la familia en Bayamo y dirigirme yo a la guarnición de Victoria de la Tunas, donde había sido destinado como médico primero del 2º Batallón del Regimiento de Infantería de Tarragona. En el puerto del Manzanillo nos estaban esperando los padres de Antonia y su hermano, la alegría del encuentro fue indescriptible, los abuelos no sabían qué hacer para agrandar a los nietos. Pasados unos días partimos a Bayamo donde quedaron Antonia y los muchachos y yo seguí a Victoria de las Tunas. Esta etapa de finales de 1891 y hasta principio de 1895 fue muy buena para la familia, nacieron nuestros hijos Eusebio en 1892 y Telémaco en 1894, ya en plena guerra, nació mi hijo Eugenio en 1896 con lo que se completó la sección.

En Victoria de las Tunas solo estuve destacado hasta diciembre de 1891 que me incorporé al hospital de Bayamo alternando mis servicios allí con otros, pero siempre en el Distrito de Bayamo. En el país había paz, como resultado de ello las tropas españolas disminuyeron en número considerablemente, razón por lo cual muchos hospitales militares dejaron de ser necesarios y fueron cerrados, entre ellos el de Bayamo. Con el propósito de no tener que regresar a la península, en junio del 93, me dieron la posibilidad de pasar a ser supernumerario sin sueldo que no era más que pasar a la vida de paisano, mientras la situación del servicio no lo exigiere. Acepté y tuve la posibilidad de ejercer mi profesión de médico-cirujano. Con el apoyo del padre de Antonia, inauguré un consultorio en Bayamo y allí estuve trabajando, con no mucha clientela, hasta junio del 94 en que compré una vivienda en el pueblo llamado Palma Soriano, situado a la vera del Camino Real, no muy lejos de Bayamo, y allí monté mi nuevo consultorio, varios amigos me habían insistido en que, por el auge de la producción de azúcar y café en esa

región y existir pocos médicos, en ese pueblo me podía ir bien. Ya en julio del 94 teníamos montado el consultorio y nos habíamos trasladado, esta decisión que tomé fue mala y la familia fue la que la pagó cara.

## EL EJÉRCITO Y LA GUERRA COLONIAL EN CUBA DE 1895 A 1898

Los últimos veinte años del siglo XIX constituyeron la era del nuevo imperialismo, primero Francia, Gran Bretaña, Alemania y Rusia y posteriormente Italia, Japón y los EE.UU., extendieron su influencia, su comercio, sus ejércitos y marinas por las zonas más indefensas. España, que se contentaba con mantener los restos de su imperio, no se sumó al movimiento, por el contrario, sus posesiones se convirtieron en el objeto de la codicia de los demás. Increíblemente España no aprendió nada en sus guerras coloniales, en Cuba y Filipinas, sus mayores colonias, todo iba de mal en peor. A continuación les expongo los aspectos que considero más importantes de los acontecidos durante el mando de los tres capitanes generales que tuvo Cuba en el periodo 1895-1898. El primero fue el Capitán General Arsenio Martínez Campos, desde abril de 1895 hasta enero de 1896.

El año 1895 comenzó normal, por lo menos así pesaba yo, que no creía que la guerra en Cuba se reiniciaría el 24 de febrero de ese año y mucho menos en un pequeño pueblo llamado Baire tan cerca de mi casa. Como les conté anteriormente estaba en condición de supernumerario sin sueldo y vivía en un pueblo situado en el camino real a Cuba, llamado Palma Soriano, donde había comprado una vivienda que me servía además como consultorio. Mi vida en el pequeño poblado iba bastante bien, tuve una buena aceptación como médico y contaba con gran demanda de mis servicios. De acuerdo a lo establecido en las condiciones de supernumerario, que detallaban claramente que sería en situación, en que el servicio no me requiriera, después de consultar con Antonia y su familia, me presenté en abril a la comandancia en la ciudad de Cuba y ya el 6 de mayo recibí la orden que expresaba que el Excmo. Señor Comandante en Jefe dispuso que: “el médico primero, Don Feliciano Fidalgo y Casas, causará alta en la primera revista de junio en vista de

haberse ofrecido voluntariamente a prestar sus servicios por cuanto las actuales circunstancias por las que atraviesa la Isla, había sido destinado para las eventualidades del servicio en Santiago de Cuba adjudicándole el sueldo de su clase del crédito extraordinario de la guerra”. El Gobierno español envió en abril de 1895 a la Isla como Capitán General a Arsenio Martínez Campos, con la convicción que, al igual que en 1878, terminaría la guerra rápidamente, aunque pienso que para el General estaba claro que sería muy difícil, por no decir imposible, que lograra convencer a los insurrectos con algo parecido al Pacto del Zanjón, que dio por concluida la guerra del 78, pues lo que él prometió a los insurrectos, el gobierno español no lo cumplió. El General Martínez Campos, con gran experiencia militar y política, entre sus primeras medidas organizativas decidió emitir una Orden general donde se planteaba que con motivo de la llegada de 22 batallones a la Isla de Cuba, aconsejaba dar otra organización a este Ejército<sup>11</sup>. Esta organización, con la llegada de más fuerzas y la ampliación de la guerra hacia la región occidental de Cuba, fue adaptándose a la situación imperante. Para la Sanidad Militar se aprovechó al máximo la división territorial por provincias, que no cambió durante la contienda. Cada provincia tuvo un Jefe de Sanidad Militar de la categoría de Coronel. Anteriormente, en abril de ese propio año, el Capitán General había dispuesto que el Departamento Oriental, en el que trabajé la mayor parte de los casi 20 años que estuve en Cuba, se dividiera en tres distritos militares: *Primer Distrito*: Santiago de Cuba, Guantánamo y Baracoa; *Segundo Distrito*: Bayamo, Jiguaní y Manzanillo; y *Tercer Distrito*: Holguín, Victoria de las Tunas y Gibara.

En abril de 1895 traté de vender la vivienda que poseía en la Palma de Soriano y que mi familia regresara a Bayamo, por cuanto no consideraba seguro que se quedaran ellos solos en un pueblo pequeño y del que seguramente yo estaría muy lejano, no se sabía por cuanto tiempo, pero no tuve oportunidad de hacerlo y el día 7 de mayo tuve que partir hacia Cuba formando parte de una columna de infantería que se

<sup>11</sup> El autor extracta el articulado de dicha orden militar, que no reproducimos por ser conocido. (N.E.)

dirigía a esa ciudad. Después de presentarme al Sub-inspector de Sanidad Militar del Departamento Oriental, conocí que, hasta nueva orden, había sido destinado como médico primero en el hospital militar en la parte de clínica. Me plantearon que por el tiempo que llevaba en la Isla conocía las enfermedades más comunes y podía ser de gran ayuda. El hospital lo conocía bien pues había servido en él en varias ocasiones, la primera vez fue a mi llegada en 1879, estaba prácticamente igual a como lo recordaba pues no se realizaron mejoras en su infraestructura, por suerte está construido en un lugar alto, fresco y lejos de la costa lo que era bueno para los enfermos, en total disponía de unas 2.000 camas, lo que siempre consideramos algunos médicos una cifra muy grande de camas para un hospital, pues lo hacía inmanejable. No fue hasta noviembre de 1897, que a instancias del general Blanco, en una Real Orden, se dispuso en su punto n° 4 “Instalar nuevos hospitales, ampliar los existentes y reducir los que hoy excedan de mil enfermos, distribuyendo el excedente de este número en otros hospitales existentes o de nueva creación”. La clínica que me asignaron se encontraba en una gran barraca de unas 60 varas de largo por 10 de ancho, era de sólida mampostería, techo con soportería de madera cubierta con tejas criollas, ventanas grandes en la parte superior de la paredes y en la de abajo lo que facilitaba la ventilación, contaba además en su interior con un tabique para aislar a los enfermos contagiosos, la higiene era mala y los enfermos estaban hacinados pues eran más de cien los hospitalizados, la mayoría por fiebre amarilla que fue el azote de nuestras tropas en particular en esa época de grandes lluvias. En la Isla de Cuba existen dos periodos climáticos claramente definidos, el de la lluvia de mayo a octubre y el de la seca de noviembre a abril. En definitiva, en el hospital militar solo estuve unos días pues debido a la falta de médicos en las columnas y batallones en operaciones, fui destinado a servir en el Batallón de Ingenieros de don Luis Pardo cuya misión era restablecer las líneas telegráficas, destruidas por los insurrectos, en el camino real a Bayamo.

En general, 1895 fue duro para mí, pues pasé prácticamente todo el año en acciones combativas como médico de varias columnas o batallones; pude comprobar lo dura que era la campaña para las tropas no

preparadas adecuadamente desde el punto de vista militar y por supuesto, no adaptadas al severo clima de la Isla. Las tropas, compulsadas a realizar continuas marchas y contramarchas, soportar aguaceros torrenciales que no les permitían dormir y con un vestuario inadecuado, en particular los soldados, que hacía que la ropa se secara lentamente sobre el cuerpo provocando su enfriamiento; si le sumamos a esto los caminos infernales, la carencia de agua limpia para beber, las raciones de alimentos escasas, que en no pocas ocasiones nos provocaba hambre y las plagas de mosquitos que hacían la vida imposible, ustedes se podrán imaginar cómo era la vida en las columnas durante las operaciones y por qué tuvimos decenas de miles de muertos. A estas penurias se añadía la guerra implacable de desgaste que nos hacían los insurrectos. Participé en muchas acciones combativas, narrar cada una de ellas se hace difícil, pues, en no pocas ocasiones tuve que dejar de atender a los heridos para participar directamente en el combate con el uso de mi sable o un arma de fuego. Les narraré mis impresiones del mayor combate en que participé directamente los días 13 y 14 de julio de 1895, comandado nada menos que por el General Martínez Campos, al que me he referido reiteradamente en este cuaderno: A mediados de junio de ese propio año yo había terminado de participar, como médico, en las acciones del Batallón de Ingenieros comandado por Don Luis Pardo y fui enviado, por orden del Capitán General, a la ciudad del Manzanillo con vista a incorporarme, como médico primero, a la brigada del general don Fidel Alonso de Santocildes, ya en ese momento todos pensábamos que la guerra duraría muy poco pues había muerto el cabecilla insurrecto don José Martí y se decía que en ese mismo combate había sido herido de muerte el cabecilla principal Máximo Gómez, pero todo aconteció al revés, la guerra se acrecentó.

Volvamos a mi viaje al Manzanillo, llegué a la ciudad en los primeros días de julio de 1895 a bordo de la goleta *Amalia*, me presenté de inmediato al general Santocildes, siendo destinado por este para que sirviera en un batallón de infantería. Los primeros días de julio, los dediqué a revisar la situación del batallón y en particular a preparar los sanitarios y medios necesarios para una marcha. El día 10 de julio nos informó el

general Santocildes que llegaría próximamente a Manzanillo el capitán general don Arsenio Martínez Campos a bordo del vapor *Villaverde*, y que nuestras fuerzas se adelantarían, por orden del Jefe de la División el general Lachambre, para esperarlo en un poblado llamado Veguitas y desde allí, lo custodiaríamos hasta Bayamo que era el destino final de su viaje, nos ordenó prepararnos de inmediato para la marcha. Ya fuera de la reunión de orientación, escuché el rumor que el general Martínez Campos venía a destituir al jefe de la plaza de Bayamo, coronel Vara del Rey, pero estos eran rumores de cuartel. Las fuerzas del general Santocildes con las que yo marché estaban compuestas por una compañía del 2º Batallón de Isabel La Católica, otra del 1º Batallón formada con personal de varias compañías y unos 80 guerrilleros al mando del capitán Travesi; en total éramos unos 400 hombres.

Pasé el día 10 de julio preparando a mis subordinados para la marcha, supervisé los botiquines, camillas y demás recursos necesarios para el viaje. A todas estas, no habíamos combatido y ya teníamos decenas de enfermos padeciendo fiebre amarilla, paludismo, disentería, tuberculosis y sarna, todos los enfermos de mi batallón, que así lo ameritaban, quedaron hospitalizados en Manzanillo. Les comento que para determinar que un soldado fuera ingresado en el hospital había que hacer bien el diagnóstico, pues algunos simulaban estar enfermos. Con relación a los insurrectos habíamos recibido información, de nuestros espías, que confirmaban que estos, al mando del cabecilla Maceo, estaban en la región por donde debíamos transitar y eran una partida de 2.000 hombres; a todos nos pareció, incluyendo al general Santocildes una cifra exagerada. Con todo listo para la marcha, me acosté temprano pues saldríamos antes del amanecer. El 11 de julio salimos a las 4 de la madrugada rumbo a Veguitas por el Camino Real a Bayamo, la región por la que transitaríamos era llana y muy arbolada. Producto de la intensa lluvia y lo difícil que se hacía la marcha, el general Santocildes decidió que nos detuviéramos en un lugar conocido por El Caño. Allí nos alcanzó el general Martínez Campos en la mañana del día 12 de julio, este había llegado según lo previsto a las 10 de la noche del día 11 a bordo del vapor *Villaverde* y había partido casi de inmediato a nuestro

encuentro, iba escoltado por una columna de unos 400 hombres. Unidas las dos fuerzas, éramos unos 800 hombres, salimos de El Caño y el propio día 12 en horas de la tarde llegamos al pequeño poblado de Veguitas, la marcha había sido muy difícil por el estado del camino y todos estábamos muy cansados.

Mirándolo tantos años después puedo decir que el plan que tenía el general Martínez Campos era atolondrado, por no decir otra cosa, en esencia consistía en avanzar él solo con su columna por el Camino Real hacia Bayamo y la nuestra hacerlo por el camino llamado de Arriba, aquello no había quien lo entendiera, dividir las fuerzas ante el enemigo que conocíamos nos acechaba. La inteligencia confirmó que el cabecilla Maceo estaba en la región con grandes fuerzas de infantería y caballería, aquí los espías la habían elevado a 3.000 hombres bien armados, yo lo seguía dudando pues había clara tendencia a la exageración. En Veguitas se nos incorporaron doscientos cincuenta hombres del 6º Peninsular y ya de noche llegaron a marcha forzada, las fuerzas restantes del 2º Batallón de Isabel La Católica con unos cuatrocientos hombres más. En total éramos una fuerza de unos mil quinientos hombres, ya teníamos fuerzas y medios suficientes para el combate.

Por conducto de nuestro jefe de batallón supe que el general Martínez Campos, quería seguir rumbo a Bayamo de inmediato, pero la información brindada por algunos vecinos, acerca de la presencia de insurrectos en la región del Camino Real, lo convenció de hacer noche allí. Además una acaudalada vecina nombrada doña María de la Masa, envió por su cuenta una partida de supuestos vendedores ambulantes a la zona donde se suponía estaban los insurrectos y estos lograron, increíblemente, estar en todas las posiciones de emboscadas que tenían los insurrectos y en el monte donde se encontraba la impedimenta; los insurrectos los dejaron regresar a Veguitas, donde confirmaron que el mismo cabecilla Maceo, que los interrogó personalmente, era el jefe. Con la información obtenida, el general Santocildes, trató de convencer al general Martínez Campos de no seguir la marcha por el Camino Real y sorprender a los insurrectos por su retaguardia tomando el llamado Camino de Arriba, este no aceptó y reiteró la orden de iniciar él mismo

la marcha con su columna por el Camino Real, y después lo haría la nuestra por el otro camino y se llegaría a Bayamo en una sola jornada. Como dije anteriormente me daba la impresión que era un plan disparatado; uno de los jefes de batallón me comentó poco antes de salir que el general Santocildes le había expresado: “algo muy grave me va a pasar con ese hombre”; fue como un mal presagio de lo que sucedería: su propia muerte.

El día 13 de julio salimos al amanecer, tal y como se planeó por el general Martínez Campos, primero su columna marcharía por el Camino Real con los 400 hombres de su escolta y unos minutos después, por el llamado Camino de Arriba, en la dirección de Valenzuela-Solís, marcharía la columna del general Santocildes con un poco más de 1.000 hombres, con la orden de no acudir en auxilio del General en Jefe a menos que hubiese un combate serio. Hay que decir que si se producía tal combate, no cabía la menor duda, Santocildes llegaría tarde con sus fuerzas, pero esa era la orden. Temprano llovió ligeramente y el camino seguía siendo un infierno, nuestra columna iba a marcha forzada y pronto alcanzamos, antes de llegar al río Buey, a la del general Martínez Campos, todo con el ánimo de proteger al General en Jefe, este, al ver a nuestro general, lo recriminó y le reiteró la orden a lo que Santocildes, soportando el chaparrón de improperios, contestó que el camino no se bifurcaba hasta pasar el río Buey, razón por la que le proponía marchar juntos hasta ese lugar. Al pasar el río Buey nuestra columna se separó y comenzamos la marcha por el Camino de Arriba, un rato después, habríamos caminado no más de 30 minutos, un jinete llegó con una orden de Martínez Campos en la que planteaba a Santocildes retroceder y encontrarse con él en el paso del río; realizamos la contramarcha y al llegar al paso, supimos la razón del cambio de órdenes; resultó que la descubierta que había organizado la dama de Veguitas, doña María de la Masa, había regresado de su exploración y dio cuenta al general Martínez Campos de las posiciones que ocupaban los insurrectos comandados por Maceo, incluyendo la ubicación de la impedimenta. Los hombres que aportaron la información eran los mismos que pasando por vendedores ambulantes habían estado anteriormente en el campamento de los insurrectos.

A partir de aquí fue que el general Martínez Campos actuó como el militar que era, unió todas las fuerzas, cedió el mando de la columna al general Santocildes y la columna compuesta por unos 1.500 hombres continuó la marcha por el Camino Real en previsión de ser atacada en cualquier momento por fuerzas insurrectas. Además decidió que el teniente coronel San Martín, con una compañía de infantería, tomara el Camino de Arriba en su flanco derecho con vista a sorprender y atacar la impedimenta de los insurrectos. No habrían caminado una legua las tropas de San Martín cuando escuchamos el ruido lejano del fuego de fusilería, después sabríamos que habían sorprendido y atacado la impedimenta de los insurrectos en un lugar conocido por La Caoba, allí se produjo un error de apreciación por parte de Maceo, pues al parecer pensó que toda nuestra columna marchaba por el Camino de Arriba y en rescate de su impedimenta lanzó su caballería, produciéndose un recio combate en que los insurrectos sufrieron muchas bajas y las fuerzas de San Martín fueron obligadas a salir al Camino Real buscando la protección de la columna principal. Mientras tanto, nuestra columna había avanzado y cayó bajo el fuego de los insurrectos emboscados a ambos lados del camino, en determinados momentos la situación fue muy grave para nuestras tropas, que estaban siendo casi fusiladas a mansalva por los insurrectos, pero que los repelían con vigor y valentía extraordinaria; si algo, y es mi apreciación, nos salvó fueron las recias cercas de alambres espinosos que nos separaban, pues impidieron a la caballería enemiga emplear su táctica de avanzar sobre nuestros cuadros con sus temidos machetes. En el intercambio de fuego dentro del área del camino cercado, fue herido mortalmente el general Santocildes, que murió casi instantáneamente a pesar que fue atendido de inmediato por el doctor Semprún.

Al final nuestra columna, ya comandada por el general Martínez Campos, pudo salir del camino cercado y alejarse del lugar, pero sin dejar de combatir. El trabajo de la sanidad militar fue intenso, tuvimos muchos muertos y heridos, solo les digo que nuestros médicos y sanitarios se portaron valientemente y lograron salvar muchas vidas en medio

del fuego de ambos contendientes<sup>12</sup>. Así fue más o menos el combate, que nosotros llamamos de Valenzuela y los cubanos de Peralejo, es una exageración decir que el cabecilla Maceo comandaba unos 7.000 efectivos, por lo que pude observar directamente, considero, sin contar la impedimenta desarmada que sorprendimos en su área de vivaqueo, que no eran más de 1.000 los insurrectos armados que nos atacaron, si llegan a tener tal cantidad de hombres armados, el resultado del combate hubiese sido desastroso para nuestras armas, incluso no tomaron de antemano el vado sobre el río Mabay, por donde pasamos sin dificultades. Por último les aseguro que nuestros soldados se portaron valientemente, que el capitán general don Arsenio Martínez Campos asumió el mando de la columna a la muerte del general Santocildes y actuando con inteligencia y valentía personal, supo cómo sacarnos de aquel atolladero. Les comento que en esa época ya el general Martínez Campos tenía 64 años de edad.

La actitud del personal de la Sanidad Militar resultó encomiable y fueron muchas las vidas que salvamos, aunque por la cantidad de heridos no pudimos llegar a todos, una muestra de mi afirmación anterior fue la muerte en combate del sanitario sargento primero Sebastián Hinojosa cuando intentaba acudir en ayuda de un soldado herido. Nuestras pérdidas fueron grandes y la cifra de muertos y heridos aportada por el capitán Gómez solo se refieren a los que rescatamos y pudimos llevar con nosotros, en el campo quedaron numerosos muertos y heridos, además de armamento, acémilas, botiquines y otros medios que tuvimos que abandonar, no hay otra forma de decirlo, esa es la verdad, aunque nos duela. Por cierto mi alforja, que entre otras cosas contenía mi diario, estaba bajo la custodia de uno de mis sanitarios y este la extravió, pues al parecer la colocó en un botiquín que fue abandonado. Las pérdidas de los insurrectos, por supuesto solo las imaginamos y las cifras que aparecieron en los periódicos eran especulaciones, el general Martínez

<sup>12</sup> En este punto, el autor continúa el relato extractando literalmente la descripción que hace de la batalla Severo Gómez, oficial y testigo de los hechos, en su obra referenciada en la nota 2. (N.E.)

Campos en su parte al Ministerio de la Guerra en Madrid las cifró en unos 300. Unos días después supe que los insurrectos y pacíficos que habitaban en la región de las acciones combativas, habían atendido a algunos de nuestros heridos y los llevaron a la ya famosa habitante de Ve-  
guitas, doña María de la Masa. Una vez llegados a Bayamo, nos incorporamos al hospital militar para atender a los heridos y preparándonos para rechazar a los insurrectos, pues se pensaba que atacarían la ciudad, lo que no ocurrió. Pronto comenzaron a llegar los refuerzos desde Cuba, Manzanillo y Holguín. No habían transcurrido quince días del combate de Valenzuela y ya estaba sirviendo en otra columna, en este caso en la del general Arsenio Linares Pombo, con la que realicé marchas de aprovisionamiento.

En septiembre de 1895 fui destinado por orden del Capitán General a servir en el Hospital Militar de Mayarí donde terminé el año. Mientras tanto, la guerra iba creciendo en su dimensión en el resto de la Isla, ya en agosto de 1895 se combatía en la región central, lugar al que habían arribado varios cabecillas de esa zona como Serafín Sánchez. Con relación a la Sanidad Militar, se había logrado reabrir o crear un gran número de hospitales militares. Al respecto en octubre del 95 el periódico *La Lucha* publicaba que el general Martínez Campos había declarado al *Times* de Londres que: “Desde el punto de vista de la salud de las tropas, la situación se presentaba mejor, aunque la fiebre amarilla continuaba haciendo estragos en Santiago de Cuba. Los rebeldes andan escasos de armas y municiones”. Y ese mismo mes de octubre del 95 el jefe del gobierno español el señor Cánovas del Castillo declaraba: “Que el general Martínez Campos le escribió que con el último envío de tropas, no eran necesarias más para barrer a los rebeldes. Que el gobierno está preparado para seguir enviando refuerzos. Que la revolución se dominará por la fuerza de las armas. Que la guerra terminará en el invierno”. Lo que no dijo de que año, esto último es de mi cosecha, no del periódico.

En junio el capitán general Martínez Campos había solicitado grandes refuerzos, que según el diario *La Lucha* del 28 de junio de 1895 ascendían a 14 batallones de infantería, seis regimientos de caballería,

dos baterías de artillería de montaña y un regimiento de artillería rodada. Ya en el *Diario del Ejército* del 3 de septiembre de 1895 se anunciaba la llegada de esos refuerzos. La guerra en Cuba supuso que entre 1895 y 1896 España enviara a Cuba un contingente de tropas ascendente a 200.000 hombres, que llegarían en 1898 a cerca de 300.000, además de no menos de 70.000 voluntarios e innumerables recursos, todo para enfrentar a unos cuantos miles de insurrectos; la correlación de fuerzas a nuestro favor era enorme y no pudimos ganar la guerra. Por su parte los insurrectos, después de la acción de Valenzuela, incrementaron sus acciones y en octubre de 1895, desde el mismo lugar en que se entrevistaron en 1878 el general Martínez Campos y Antonio Maceo, cuando nuestro general trató y no logró convencerlo de unirse al Pacto del Zanjón, salieron numerosas fuerzas insurrectas para llevar la guerra al occidente de Cuba. En los primeros días de enero de 1896 ya se encontraban en la región de Matanzas y poco tiempo después ya se combatía en Pinar del Río, extremo occidental de la Isla, los insurrectos lograron llevar la guerra a toda la isla.

El segundo Capitán General fue Valeriano Weyler y Nicolau, desde febrero de 1896 hasta octubre de 1897. En enero de 1896 el gobierno español decidió sustituir al general Martínez Campos, Capitán General de Cuba, por el general Valeriano Weyler, que el 17 de febrero asumió sus funciones; este llegaba con órdenes de terminar la guerra como fuera. En el corto periodo que fungió como capitán general, fue relevado en octubre de 1897, solo logró frenar un poco la guerra en la región occidental de la isla, cuando se produjo la muerte del cabecilla Antonio Maceo en una escaramuza cerca de La Habana en diciembre de 1896; mientras tanto, en las regiones central y oriental las fuerzas insurrectas siguieron ocupando y actuando en vastas regiones, en esos lugares nuestras tropas apenas salían de las ciudades y poblados a los cuales, según pasaba el tiempo, se hacía cada vez más difícil llevar los abastecimientos. Desde mi punto de vista la guerra iba mal para nosotros, que estábamos a la defensiva, todo era cuestión de tiempo y los insurrectos lo sabían.

Hace poco conocí de una carta que envió el 25 de julio de 1895 el general Martínez Campos al jefe del gobierno señor Cánovas del Cas-

tillo que planteaba: “Podría reconcentrar las familias de los campos en las poblaciones, pero necesitaría mucha fuerza para defenderlos; ya que son pocos en el interior los que quieren ser voluntarios; segundo, la miseria y el hambre serían horribles, y me vería precisado a dar ración, y en la última guerra llegué a dar 40.000 diarias, aislaría los poblados del campo, pero no impediría el espionaje; me lo harían las mujeres y los chicos; tal vez llegue a ello, pero en un caso supremo, y creo que no tengo condiciones para el caso. Solo Weyler las tiene en España”. Y terminaba: “Reflexione usted, mi querido amigo, y si, hablando con él, el sistema lo prefiere, usted no vacile en que me reemplace, pero yo tengo creencias que son superiores a todo y me impiden los fusilamientos y otros actos análogos”. No conozco si el Señor Cánovas habló con el general Weyler de la carta del general Martínez Campos, pero lo que sí es cierto es que una de las medidas que tomó el general Weyler para “ganar la guerra” fue ordenar la llamada reconcentración de los labriegos y sus familias en las ciudades y pueblos, bajo la suposición que los insurrectos, al no tener el apoyo de los labriegos, serían derrotados rápidamente. Esta cruel política provocó la muerte por hambre y enfermedades de decenas de miles de niños, mujeres y ancianos hacinados en pueblos y ciudades, sin posibilidades de alimentarse y curar sus enfermedades, nunca se conocerán las cifras exactas de los fallecidos por esta barbarie. Lo que sí sabemos es que el general Weyler lo único que logró fue que los criollos nos odieran con más fuerza y que en otras latitudes pensarán muy mal del ejército español. Un ejemplo de ello fue los Estados Unidos, donde los periodistas tuvieron un caldo de cultivo ideal para realizar una feroz campaña contra nuestro país, que contribuyó en buena medida, junto a la voladura, por los mismos norteamericanos, en el puerto habanero del acorazado *Maine*, a la posterior intervención de ese país en la guerra.

En noviembre de 1896 fui ascendido por antigüedad a médico mayor (comandante) con el sueldo de 5.000 pesetas. Mi último ascenso había sido en 1879. Aunque siempre me declararon apto para el ascenso, tuve que esperar 17 años para ser médico mayor. A partir de 1896 y prácticamente durante el resto de la guerra, hasta su conclusión con nuestra derrota en agosto de 1898, no fui destinado a servir en las

columnas, excepto en abril-mayo de 1898 cuando serví como Jefe de Servicios de Sanidad en la columna del coronel don Manuel Ruiz, que evacuó nuestras tropas de la ciudad de Bayamo. Esos años los serví en hospitales y enfermerías militares en varias localidades, casi siempre alejado de mi familia la cual, gracias a Dios, pude lograr que fuera llevada a Bayamo en una columna de aprovisionamiento comandada por el general Arsenio Linares Pombo en los primeros días de junio de 1895. En 1896 la parte más intensa de la guerra se había desplazado al occidente de la Isla, donde combatían los principales cabecillas insurrectos, Gómez y Maceo y en el Departamento Oriental, nuestras tropas salían en limitadas ocasiones de las ciudades y pueblos, limitándose a realizar operaciones de aprovisionamiento de las guarniciones. En estas condiciones nuestros gobernantes, que parece ser que vivían en la Luna, seguían declarando “que inevitablemente vencerán las armas españolas en Cuba”<sup>13</sup>. En diciembre de 1896 fue muerto en combate el cabecilla Antonio Maceo en la provincia de La Habana, al igual que cuando murió don José Martí, todos pensamos que el golpe para los insurrectos había sido tan grande que podía terminar la guerra, pero, nos equivocamos, quedó el viejo Gómez, que era el jefe máximo de la insurrección y la guerra continuó. No cabe duda que el golpe fue grande, pues Maceo, además de ser un bravo guerrero, era el brazo derecho de Gómez.

Durante todo el año 1896, continúe mis servicios en el hospital militar del poblado de Mayarí, como encargado de la clínica primera de medicina, además me hice cargo de la Jefatura de Servicios. Esta fue una época en que tuve que combatir a los insurrectos con el fusil en la mano en varias ocasiones, una en el barrio llamado Chavaleta y en otra en el poblado de Baquetudo, cerca de Mayarí, había que dormir con el fusil al lado de la cama, pues los insurrectos estaban envalentonados, a todas estas seguía yo con la angustia de no saber de la familia. Por suerte, en los primeros días de febrero de 1897, por disposición del Capitán General, dejé de prestar servicios en Mayarí y pasé al hospital militar de

<sup>13</sup> Periódico *El Constitucional*, 12 de noviembre de 1896. (N.A.)

Bayamo. Hacía mucho tiempo que no podía ver a la familia, mi llegada a la casa fue una sorpresa para todos, pues no hubo manera de avisarles, como es lógico fue grande la alegría. En general la situación militar en la ciudad no era buena, la guerra no tenía para cuando acabar; en esa época, por lo menos en el Departamento Oriental, nuestras tropas no salían, prácticamente de las ciudades y pueblos fortificados, los insurrectos, de hecho eran dueños de los campos y nuestras columnas fundamentalmente actuaban protegiendo convoyes de suministros, incluso para el abastecimiento a Bayamo se volvió a emplear el río Cauto a gran costo, pues los pequeños convoyes de barcos debían ser protegidos por columnas que marchaban por las márgenes del río, aun así, eran atacados por los insurrectos que llegaron a hundir cañoneras con el empleo de minas sumergidas, combinadas con el empleo de un cañón, como le ocurrió al cañonero *Relámpago* en enero de 1897.

La situación se complejizó [sic] aún más cuando en agosto de 1897 conocimos la noticia del asesinato del presidente del gobierno don Antonio Cánovas del Castillo a manos de un anarquista; la pérdida fue dolorosa para España y representó un cambio en la política hacia la guerra en Cuba, pues al entrar al Gobierno el liberal Práxedes Mateo Sagasta en octubre de ese propio año, la primera medida que tomó fue la sustitución del general Valeriano Weyler como Capitán General en Cuba. De Cánovas y Sagasta les comento que fueron cabeza de los conservadores y liberales respectivamente, que se repartieron “pacíficamente” el poder a partir de 1881... con la anuencia del Rey: entraba uno y salía el otro. Volviendo al tema de la sustitución del general Weyler, poco tiempo antes de que se produjera, un titular de un periódico de Madrid decía: “El general Weyler tiene ganada la guerra”. A esta prensa cabría preguntar ¿Si el general estaba ganando la guerra, por qué lo sustituían? A un general victorioso no se le sustituye, ¿Qué ustedes creen?

El tercer capitán general fue Ramón Blanco, en su segundo periodo, desde octubre de 1897 hasta la derrota de España en agosto de 1898. El general Blanco y Erenas fue nombrado Capitán General de la isla de Cuba por Práxedes Mateo Sagasta, presidente del Consejo de Ministros, con la esperanza que pudiera pacificar a Cuba. El general Blanco

era conocido de todos, pues había sido Capitán General en el periodo 1879 a 1881, precisamente en la época en que me incorporé al ejército de la Isla. Con el general Blanco no llegó la paz, se inició el fatídico 1898 que todos conocemos como: “año del desastre”. En enero de 1898 por fin se decidió, por parte de nuestro gobierno, otorgar la autonomía a Cuba, pero era tarde. En la Isla, por supuesto, los insurrectos se opusieron, pues no era la libertad por la que habían luchado, por otra parte muchos españoles tampoco estaban de acuerdo, pues querían a la Isla como colonia que les proporcionara riquezas. En el año 1898, los hechos militares y políticos se desarrollaron a un ritmo tan rápido que no daba tiempo a pensar, trataré de resumirlos. En enero, sin previo aviso y con su prepotencia característica, hizo entrada en el puerto de La Habana el acorazado de segunda clase *Maine*, perteneciente a la marina de Estados Unidos; su objetivo: “proteger los intereses estadounidenses”. En respuesta el Gobierno español envió de la misma forma un navío de guerra a Nueva York. No obstante la prepotencia, el Capitán General atendió al capitán del buque y se comentaba que habían hecho buenas migas.

La situación en Bayamo a principios de 1898 era muy difícil, tanto, que se llegó a pensar que lo mejor era abandonar la plaza y precisamente en abril y mayo de ese año, serví como jefe de Servicios de Sanidad en la columna del coronel don Manuel Ruiz, que evacuó nuestras tropas de la ciudad de Bayamo. La evacuación la iniciamos en abril hacia la región de Holguín, conduciendo enfermos y pertrechos, la marcha fue difícil pues tuvimos que combatir en tres ocasiones, resultando el mayor de los combates el ocurrido en la región de Melones, lugar en que le ocasionamos muchas bajas a los insurrectos, al parecer pertenecientes a las fuerzas de Calixto García, nosotros también tuvimos muchas bajas, en definitiva entregamos los heridos en el hospital militar de Mayarí, que yo conocía muy bien, y regresamos en el mes de mayo a Bayamo, después de dos meses de largas marchas y combates. Mientras tanto, la hacienda que poseía en Bayamo don Arturo, el padre de Antonia, había sido destruida por completo y la situación de asegurar los abastecimientos para la casa era muy difícil, razón por la cual realizamos un consejo de familia para decidir qué hacer; la decisión que tomamos fue trasladar

la familia a Manzanillo, pues allí quedaba aún parte de la otra hacienda en pie y la condición de puerto de la ciudad era más propicia para recibir abastecimientos y lo principal, la familia poseía una buena vivienda dentro de la ciudad. De inmediato coordinamos con la guarnición y en el retorno de un convoy de suministros, salió nuestra familia hacia Manzanillo, llegando, gracias a Dios, todos bien el 15 de febrero de 1898, esta noticia me tranquilizó y pude concentrarme en mis labores en el hospital militar y otros servicios que presté en enfermerías y columnas.

El mismo día que llegó mi familia a Manzanillo, hubo una explosión a bordo del acorazado *Maine* que seguía fondeado en el puerto de La Habana; los norteamericanos formaron su propia comisión que rápidamente determinó que la explosión se había producido desde afuera del navío, provocada por una mina. Una comisión que formaron nuestras autoridades llegó a la conclusión que la explosión se originó desde la parte interior del navío y argumentaba que si hubiera sido una mina colocada fuera, se hubiera visto la columna de agua, según esta comisión la explosión pudo tener origen en las calderas. Yo siempre he sido de los convencidos que la explosión fue en el interior de la nave, provocada deliberadamente por los norteamericanos. En los Estados Unidos se incrementó la campaña de prensa contra nuestro país, al que responsabilizaron por la catástrofe, buscando a toda forma el pretexto para inmiscuirse en la guerra de Cuba y apoderarse de nuestras posesiones coloniales que tanto ansiaban. En abril nos estaban bloqueando con sus escuadras navales y ese mismo mes bombardearon Matanzas, después bombardearían varias ciudades más, entre ellas Manzanillo el 16 de julio encontrándome yo sirviendo en su hospital militar. A principio de junio, con el apoyo de los insurrectos cubanos, sin el cual no hubiesen podido hacerlo, una fuerza considerable de marines desembarcó al este de la ciudad de Santiago de Cuba y se produjeron fuertes combates en El Caney y la Loma de San Juan, en los que contaron con la participación de numerosas fuerzas del cabecilla Calixto García. En todos los combates nuestras tropas tuvieron una valerosa actuación, comandadas por el valeroso general Don Arsenio Linares Pombo, bajo cuyo mando estuve en varias columnas de operaciones.

A todas estas y burlando el bloqueo naval había arribado al puerto de Santiago de Cuba la escuadra naval del almirante Pascual Cervera con buques de guerra que eran insuficientes y anticuados para enfrentarse a la escuadra norteamericana. No obstante el 3 de julio la escuadra salió, a pleno día, del puerto para enfrentarse a los norteamericanos, con resultados catastróficos para nuestras armas al ser destruida por completo; mucho se ha discutido el tema. Como ustedes saben las derrotas son huérfanas y criticar desde lejos es fácil, no obstante, muchos oficiales nos preguntamos: ¿por qué el almirante decidió salir a pleno día del puerto? ¿Por qué salieron los buques de uno en uno? ¿Por qué no se desemplazaron los cañones de los buques y con ellos, más los marinos, participar en la batalla terrestre para defender la ciudad? Lo que sí está claro es que los marinos españoles lucharon en forma desigual, pero con valentía inigualable.

Fíjense que los militares de Estados Unidos desembarcaron por la región oriental que era donde menos fuerzas teníamos, ¿por qué no concentramos un gran contingente de fuerzas allí? Tiempo hubo: en ningún otro lugar intentaron desembarcar. El día 16 de julio de 1898 se rindió la Plaza de Santiago de Cuba y el 20 de agosto se dieron por terminadas las acciones militares en toda la Isla, solo habían transcurrido siete meses desde la entrada del *Maine* en el puerto de La Habana. A mí me dolió en el alma la derrota, en particular, porque fue ante los norteamericanos, aquí les quiero contar algo que solo es un botón de muestra de lo que les espera a los cubanos bajo la bota de los estadounidenses. Después de la victoria, el jefe de las tropas de Estados Unidos en Santiago de Cuba, prepotente e insolente como son los sajones, no permitió que los insurrectos entraran a la ciudad de Santiago de Cuba, lo increíble es que el apoyo de Calixto García y sus fuerzas fue decisivo en los combates. El 10 de diciembre de 1898 se firmaron los acuerdos de París mediante los cuales se reconocía la independencia de Cuba y cedíamos a Puerto Rico, Las Filipinas y Guam a los Estados Unidos por la suma de veinte millones de dólares.

Al termino de las acciones combativas yo me encontraba en Manzanillo, Antonia y yo estábamos de acuerdo en repatriarnos y vivir

en la península, en Cuba se quedarían sus padres y hermano a fin de trabajar en la recuperación de la hacienda de Bayamo y del pequeño ingenio de Manzanillo, yo me adelantaría para crear condiciones y poderlos recibir dignamente. Así las cosas, en septiembre fui enviado a La Habana, lo que pude hacer en un buque y serví desde el mismo día de mi llegada hasta diciembre de 1898 en el Hospital Militar Alfonso XIII.

## EL FIN DE LA GUERRA EN CUBA, MI REGRESO A ESPAÑA EN DICIEMBRE DE 1898

Mi llegada a La Habana en los primeros días de septiembre de 1898, no fue como en las ocasiones anteriores, llegué como integrante de un ejército derrotado, la situación en la ciudad era tensa, llevaba órdenes de presentarme en el hospital militar Alfonso XIII y así la cumplí. Este hospital había sido construido en las alturas que se encuentran próximas al Castillo del Príncipe, el lugar era excelente y las instalaciones, aunque algunas fueron construidas con carácter provisional, eran buenas. El Hospital Militar Alfonso XIII se fundó el 23 de enero de 1896; tengo entendido que después allí funcionó el hospital del ejército de ocupación norteamericano y hoy funciona un hospital civil cubano con el nombre de Calixto García. El director me situó como encargado de la clínica de infecciones y heridos del hospital. Los tres meses que estuve en el hospital fueron de duro trabajo, los enfermos eran muchos y los recursos, producto del bloqueo de los norteamericanos, eran pocos, aun así fueron muchos los compatriotas salvados. A finales de noviembre me ordenaron que preparara condiciones para embarcar cuatrocientos enfermos en el vapor-correo *Los Andes* con vista a atenderlos durante el viaje hacia la Península. Con la familia mantuve comunicaciones regularmente mediante el telégrafo, todos estaban seguros en Manzanillo y trabajando fuerte para recuperar la hacienda. A la preparación del vapor para el viaje dedicamos casi diez días, acondicionamos las salas para los soldados, para los oficiales, los salones para curas y operaciones de urgencia, los baños, los retretes, la farmacia, las instalaciones para los filtros de agua y muchos elementos más; el día 29 de noviembre dimos por concluida la tarea. Más adelante en el libro de Larra y Cerezo aparece una explicación

detallada de una sala de un buque-hospital. Les comento que en esos días asumió la Capitanía General de la Isla de Cuba, Adolfo Jiménez que gobernó hasta el 1 de enero de 1899 cuando entregó la plaza a las fuerzas de ocupación norteamericanas.

Por fin el día 1 de diciembre de 1898 partí a mi amado país, después de casi veinte años en Cuba, atrás quedaba mi familia, pasaría casi un año sin verla. El viaje fue muy duro pues eran casi 400 enfermos, no fueron pocos los soldados y oficiales que murieron en el viaje, era muy doloroso ver morir a un compañero de armas cuando iba de regreso a su Patria. Después de varias escalas el 7 de enero de 1899 llegamos a nuestro destino final, Cartagena, en la costa mediterránea.

#### ALGUNAS CONSIDERACIONES ACERCA DEL CUERPO DE SANIDAD MILITAR Y EL SERVICIO PRESTADO POR ESTE DURANTE LA GUERRA EN CUBA

La guerra de independencia de Cuba supuso para nuestro país destinar a dicha contienda un considerable número de fuerzas y recursos que lo agotaron por completo; dentro de ellos la Sanidad Militar requirió un presupuesto enorme, pues en Cuba el contingente de nuestras tropas no solo estaba expuesto a recibir heridas por las armas de guerra, sino que se enfrentaba además a las condiciones de la naturaleza tropical de esa Isla que propiciaba muchas enfermedades y diezmaban más las tropas, que los propios combates realizados. Las lluvias torrenciales, las plagas de mosquitos, la falta de agua potable y en general las miasmas, fueron nuestro principal enemigo, si sumamos a esto la guerra de desgaste que nos impuso nuestro enemigo, ahí están las causas de la gran cantidad de bajas que sufrimos. Para no irme muy lejos del tema de los presupuestos y gastos de la Sanidad Militar, les expongo, según los estudios del doctor Larra Cerezo, la cifra gastada solo en medicamentos e insumos médicos, 3.059.456 de pesetas hasta enero de 1898 y el mismo autor calculaba los gastos de hospitalización pagados por el Tesoro español en 9.000.000 de duros (un duro igual a cinco pesetas). Los efectos del clima se agravaban con las continuas marchas y contramarchas que debían realizar las tropas, prácticamente sin descanso, bajo el fuerte sol

del trópico y en ocasiones interrumpidas por fuertes aguaceros, muchas de estas marchas se realizaban por regiones boscosas, con pantanos provocados por las lluvias donde el lodo les llegaba a las rodillas a los soldados y plagados de mosquitos. Al finalizar la marcha, el soldado mojado hasta el tuétano y sin ropa seca para cambiarse, lo que propiciaba el rápido enfriamiento del cuerpo, no tenía la posibilidad de conciliar el sueño y reponer sus fuerzas para la próxima jornada o combate y en muchas ocasiones cuando lo lograba, los insurrectos irrumpían en los alrededores del campamento tiroteando el área para agudizar el cansancio de los soldados. Comenzaré mis consideraciones por el vestuario.

## EL VESTUARIO DEL SOLDADO

Como una solución al problema de la ropa del soldado, se propuso el cambio de las telas que se empleaban en la confección del vestuario, lino y dril, por telas más frescas que se secaran rápido. Además se analizó la conveniencia de volver a confeccionarlos en Cuba como se había hecho tradicionalmente y no en la Península como se comenzó a hacer a mediados de 1895, según mi punto de vista, para beneficiar a los comerciantes españoles. En definitiva, a pesar de los estudios y propuestas, todo quedó igual y el soldado siguió desamparado, dotado de un vestuario y calzado de mala calidad. Veán como el *Diario del Ejército* trataba este tema en septiembre de 1895 y cito: “El Vestuario: Ha terminado la confección del vestuario de rayadillo que se destina a la fuerzas que formando el tercer cuerpo de Ejército han de enviarse a Cuba en los meses de octubre y noviembre próximos. Según nuestros informes, se ha construido mucho más vestuario de rayadillo del que ahora hace falta en previsión de que el envío de nuevos refuerzos lo hiciera necesario”. Observen que no se habla de la calidad. O este otro en que se acudía a la caridad pública para la solución del tema del vestuario y cito al *Diario del Ejército* del propio mes de septiembre de 1895: “Para evitar esta enfermedad (el periodista se refiere al paludismo) más terrible en efecto que la fiebre amarilla, aunque menos alarmante, porque mina con lentitud la salud del soldado, el ilustre médico militar Señor Hernández Poggio, aconsejaba con interés el uso de un ancho cinturón o camiseta de

franela. Y como oficialmente en el vestido reglamentario del soldado no se puede atender a todos los casos, estimamos que la Asociación de la Cruz Roja ahorraría muchas vidas de los soldados de la patria, si se dedicase una buena parte de lo que se recaude en adquirir dicha prenda para las fuerzas en operaciones”. Al final del artículo titulado *La Higiene del Soldado*, el periodista ponía el dedo en la llaga: en la medicina, es mejor prevenir la enfermedad y que esta no ocurra, que curarla, vean lo que decía: “Es muy bueno que se gaste mucho dinero en material sanitario y medicamentos, pero es infinitamente mejor poner todos los medios para conservar la salud del ejército”.

En resumen, tanto nosotros, el personal de la Sanidad Militar, como la prensa, propusimos soluciones al problema del vestuario del soldado, pero a finales de 1897 aún se continuaba discutiendo el tema y terminó la guerra sin solucionarse, les muestro unos recortes del *Diario del Ejército* de 1897 que son ilustrativos.

## LA ALIMENTACIÓN DEL SOLDADO

Los problemas de la alimentación del soldado, también incidieron negativamente en su debilitamiento. Acostumbrado a consumir en la Patria comidas ricas en grasas, propicias para el clima frío, al arribar a Cuba el cambio en su alimentación era radical, no solo por el clima y las costumbres alimenticias en la Isla, sino por las limitaciones que imponía la lejanía, la falta de recursos financieros y materiales así como, por qué no decirlo, por el robo de los alimentos que realizaban algunos oficiales y hasta los propios cocineros. Les aseguro que alimentar adecuadamente a un soldado que debía combatir o los que se reponían en un hospital para volver al combate, era una tarea titánica de todos los jefes. Les pongo un ejemplo de cualquiera de los hospitales en que serví; en el *Reglamento y Plan de Alimentación para los Hospitales Militares*, se establecía que las comidas generales de los enfermos deberían ser tres; el desayuno, la comida y la cena. Del antes citado *Reglamento* les pongo un ejemplo de normas para una ración de sopa de un enfermo: 87 gramos de pan, 259 gramos de carne, 29 gramos de garbanzos y 115 gramos de arroz. Además, manteca, tocino y para el desayuno, 29 gramos

de chocolate, multipliquen y sabrán los productos alimenticios que había que comprar para una ración de un solo día en un hospital como el de Santiago de Cuba que llegó a tener 2.000 camas ocupadas por enfermos; solo en carne eran aproximadamente 500 kilogramos para un día, yo que tuve la oportunidad de desempeñar el cargo de jefe de detall en el hospital militar de Bayamo les aseguro que, con el presupuesto disponible, era imposible adquirir los productos para satisfacer las necesidades. Para las tropas en operaciones era aún más complejo el abastecimiento con víveres por las distancias que tenían que recorrer los convoyes desde los centros de abastecimiento lo que obligaba a los jefes de las tropas a comprar a comerciantes españoles o criollos que vendían productos de mala calidad o simplemente en mal estado, además de propiciar la especulación. Una solución que se halló fue la creación de las llamadas *factorías*, distribuidas por toda la Isla, en las que los jefes de detall podían adquirir los productos alimenticios para las tropas en base al salario de estas, que por cierto, en ocasiones pasaban varios meses y no se pagaba a las tropas. Les ofrecí los datos de una norma para un hospital, en las tropas la ración típica, cuando se podía, consistía en arroz blanco, alguna legumbre, tubérculos, acompañado de una pequeña ración de chorizo o sardina y alguna galleta de mala calidad. Un complemento que hubiese sido muy bueno sería el haber consumido frutas y vegetales del país, a lo cual siempre presté atención y aconsejé comer, pero la falta de conocimientos y hábitos de consumo, impedía su aprovechamiento.

Con relación a la alimentación, el Inspector de Sanidad Militar Cesáreo Sánchez de Losada planteó, en reiteradas oportunidades, que al ser imposible suministrar al soldado la suficiente cantidad de comida fresca para mantener la salud, era necesario que este consumiera abundante cantidad de frutas y vegetales, procurando asimismo que, ante la falta de carne fresca, al menos la consumiera enlatada. Les expongo una nota de un periódico madrileño del 29 de septiembre de 1895, que trataba el tema de la carne en conserva: “El gobierno español tomó la decisión de adquirir carne en conserva. Las columnas en operaciones tienen que racionar la comida y esto les impide combatir” y ponía como ejemplo un combate en la región de Najasa que no se pudo continuar por

falta de comida. El problema de la comida para las tropas nos persiguió toda la guerra, y no se solucionó. En noviembre de 1897 *Diario del Ejército* publicó una serie de artículos donde abordaba el tema, les cito un párrafo de uno de ellos: “Basta mirar a la mayor parte de los soldados enfermos, para diagnosticar la enfermedad del 80 por ciento de ellos. Observando su caras demacradas, de facciones angulosas, barba puntiaguda, color térreo, labios pálidos, mirada triste, voz desfallecida, paso lento y trémulo, movimientos torpes y músculos secos, inmediatamente se imagina el observador, la causa que ha dado origen a esa ruina orgánica”.

### EL ABASTECIMIENTO DE AGUA

Otro problema vital para que un soldado mantuviera una salud adecuada era el consumo de agua potable; durante mi estancia en las tropas de operaciones no fueron pocos los casos que tuve que atender a muchos enfermos por disentería debido al consumo de cualquier agua estancada o no, pero casi siempre contaminada. Yo siempre recomendé al jefe de la tropa en la que me encontraba sirviendo, escoger el área del campamento donde se iba a vivaquear en las inmediaciones de un pozo criollo, que la mayoría de los labriegos poseían, pero no siempre era posible; una solución que se estudio fue la adquisición de filtros de agua. Casi todo el año 1895, la prensa trato este tema, en septiembre por ejemplo una noticia publicada en el *Diario del Ejército* decía: “Filtros para Cuba. En el salón de ayudantes del ministerio de la Guerra, se reunieron los generales Azcárraga y Novoa, el inspector de Sanidad señor Espaia, y el personal del Instituto Anatómico-patológico de sanidad militar, para analizar un filtro sistema Brieger, presentado por el señor Basabe. Se hizo la prueba de llenar el filtro con agua encenagada saliendo esta transparente. El filtro que pesa solo siete kilogramos, da diez litros de agua por minuto”. Por ejemplo el 23 de septiembre de 1895 en el *Diario del Ejército* se decía: “Ha presentado la casa Recarte de Madrid tres modelos de filtros individuales que serán reconocidos por el ministro de la Guerra y el personal facultativo de Sanidad Militar. Hasta la fecha se han presentado al ministro de la Guerra doce modelos, la mayoría de fabricantes españoles. Sin embargo se cree que el que mejores condiciones reúne, es

el filtro alemán Breyer”. Unos días después el mismo diario publicaba otra noticia que decía: “Filtro Breyer: En vista de los resultados obtenidos en las experiencias practicadas en el Instituto Anatómico-patológico de Sanidad Militar con el filtro Breyer, y del informe remitido por aquel centro, se adquieren por dicho Instituto, 40 ejemplares con destino al ejército de operaciones de la isla, y su importe de 8.000 pesetas se abonará con cargo al crédito extraordinario señalado para las atenciones de campaña”.

La solución de los filtros no fue efectiva, 40 filtros para la numerosa tropa en Cuba era una cifra insignificante, hasta el propio Inspector General de Sanidad Militar el doctor Cesáreo Fernández de Losada reconoció la importancia de esta medida cuando expresó: “De haberse garantizado la utilización de filtros de agua se habría evitado que el soldado ingiriera aguas estancadas y en mal estado, con los trastornos que ello provocaba”. En definitiva los soldados siguieron tomando agua de ríos o estancadas en pantanos sin ningún tratamiento y la disentería nos continuó azotando.

## LAS PRINCIPALES ENFERMEDADES

La acción conjunta de factores como el clima, las continuas marchas, las dificultades para la alimentación, el consumo de agua no potable y el uso del vestuario inadecuado, fueron elementos que incidieron en el debilitamiento de nuestros soldados, generando la aparición de enfermedades propias del trópico que los diezmaron sin piedad. Esta situación favorecedora de enfermedades, y las numerosas bajas que nos causaron, fueron ampliamente divulgadas en los partes oficiales y la prensa de la época. En no pocas ocasiones, las cifras acerca de la mortalidad en las tropas a causa de enfermedades o epidemias fueron divulgadas a nuestra conveniencia, para justificar las bajas en un ejército muy superior en hombres y armamento a los insurrectos y subestimando las acciones de este, aunque no es menos cierto que las bajas producidas por las enfermedades y epidemias siempre fueron mayores que las producidas por las armas de nuestro enemigo. En cuanto a enfermedades la causa principal de las bajas se produjo por la fiebre amarilla seguida del paludismo, la disentería y no podían subestimarse las producidas por la fiebre tifoidea y la tuberculosis.

El predominio de muertes por la fiebre amarilla sobre otras enfermedades durante toda la guerra, es fácilmente comprensible por la existencia en Cuba de grandes plagas de mosquitos y nuestra incapacidad para descubrir que ese era el agente transmisor, tal y como lo había investigado e informado el sabio de origen criollo don Carlos Juan Finlay, que tan temprano como en 1881 lo había descubierto y alertado, tengo la impresión, que ser un médico de origen criollo, contribuyó a que se desconociera este gran descubrimiento. Tendrían que intervenir los norteamericanos en la contienda y comenzar a sufrir, al igual que nosotros, innumerables bajas, para que acudieran a los estudios de Finlay, que trataron ellos de atribuirse su descubrimiento, para que comenzara a combatirse el mosquito y no las miasmas como afirmábamos nosotros, entre ellos yo. Me quito el sombrero ante Finlay. Por otra parte, la base del tratamiento era, ante todo, empírica, tratando de diagnosticar la enfermedad en sus comienzos, correspondiendo después el proceso a aplicar a toda infección, para finalizar con la cura de las perturbaciones complementarias ocasionadas por la enfermedad. Al respecto decía el médico inglés M. Stocker en la revista de Sanidad Militar: “No hay tratamiento especial para la fiebre amarilla, no hay más que tener la fortuna de diagnosticar bien, y adelantarse con el tratamiento, a las complicaciones que son las que matan”.

El paludismo también hizo grandes estragos entre nuestras tropas; se manifestaba frecuentemente con fiebres intermitentes, por lo que era común que se confundiera con un simple resfriado y el afectado continuase cumpliendo con su misión, como si tal cosa, haciendo sobrehumanos esfuerzos por no desfallecer, hasta que al cabo de pocos meses el paludismo, en su estado más crítico, engendraba con su anemia característica una depauperación del organismo y graves lesiones viscerales, de tal gravedad que el enfermo caía en un estado de caquexia palúdica, como le sucedió al doctor Santiago Ramón y Cajal, que durante la guerra anterior (1868-1878) sirvió en el ejército español en Cuba como médico primero y terminó siendo repatriado con el diagnóstico de caquexia palúdica, que por suerte no le costó la vida, como le sucedía a muchos de los que terminaban con ella. Ramón y Cajal, orgullo de nuestro país, cuyos trabajos y aportaciones a las neurociencias fueron reco-

nocidos en 1906 con la concesión del Premio Nobel en Fisiología o Medicina por su trabajo sobre la estructura del sistema nervioso.

A mediados de 1895 servía yo como médico primero en el Hospital Militar de Santiago de Cuba. Los soldados e incluso oficiales llegaban tan depauperados al hospital que, con el apoyo del Sub-inspector de Sanidad Militar del Departamento Oriental, elaboramos, entre el médico segundo Rafael A. Soto Vázquez y yo, una información estadística para uso de los jefes y médicos en la que expresábamos que en la región oriental morían el 25% de los enfermos con fiebre amarilla, pero si eran enviados a tiempo al hospital solo moría el 10% de los que ingresaban; igual situación se presentaba con el paludismo que en total morían un 7% de los enfermos, pero de los que ingresaban a tiempo al hospital solo moría el 1%. En 1896 en el Departamento Oriental hubieron 4.979 casos de fiebre amarilla y de ellos murieron 1.412, o sea el 28%, fue peor que en 1895 cuando elaboramos la estadística.

La disentería, la fiebre tifoidea y la tuberculosis, también afectaron a las tropas a causa de los problemas relacionados con la humedad, la mala alimentación y el consumo de agua no potable, sin embargo la cantidad de casos reportados fue mucho menor que las anteriormente citadas<sup>14</sup>. La precaria situación sanitaria de las tropas no mejoró durante los años 1897 y 1898, sino todo lo contrario y continuaron siendo las enfermedades la primera causa de muertes. Es necesario señalar que los soldados de infantería al ser los más numerosos y por tanto más expuestos, tanto a las condiciones climáticas como a los encuentros armados con los insurrectos, fueron los que tuvieron el mayor número de las bajas y los siguieron la caballería, las guerrillas y el cuerpo de ingenieros.

Algunos autores de la época ofrecen cifras generales sobre las muertes acaecidas durante el desarrollo de la guerra en Cuba, Manuel

<sup>14</sup> A continuación el autor extrae datos epidemiológicos de dos obras de “mi amigo el doctor Ángel de Larra Cerezo, que fue director de varios hospitales militares en La Habana” tituladas *Les hôpitaux militaires de l'île de Cuba et notamment l'hôpital d'Alphonse XIII de la Havane pendant la guerre actuelle* (Madrid, 1898), y *Campaña Sanitaria en la guerra de Cuba. Apuntes estadísticos de 1896* (Madrid, 1901) que omitiremos aquí. (N.E.)

Baraja Montano en su libro *La Guerra de Cuba a través del Diario de Cádiz*, a partir de cifras parciales ofrecidas por otros autores y datos de prensa, plantea un número total de 45.000 fallecidos entre 1895 y 1897 de ellos correspondieron 13.000 a fiebre amarilla, 2.000 a acciones armadas (el 4%), y el resto por otras enfermedades y diversas causas. Ciertas o no, las cifras, como planteó el doctor Larra y Cerezo eran aterradoras, consulten la estadística elaborada por él y vean que solo por fiebre amarilla entre 1895 y el primer semestre de 1897 hubo 11.366 muertes por esa causa.

### MEDIDAS SANITARIAS TOMADAS POR NUESTRO EJÉRCITO Y EL GOBIERNO ESPAÑOL

La difícil situación obligó tanto a nuestro Ejército como al Gobierno a estudiar y llevar a cabo acciones para mejorar la situación sanitaria en el teatro de operaciones en Cuba, en particular las encaminadas a disminuir el número de enfermos y mejorar la atención a ellos y a los heridos en combate. Una de ellas fue el completamiento del personal médico y farmacéutico del Cuerpo de Sanidad Militar, ya en julio de 1895 el capitán general Arsenio Martínez Campos, hacía un pedido a la Península y debido a la intensidad que tomaba la guerra, se promulgó una convocatoria por parte del Ministerio de la Guerra para cubrir plazas en el Ejército de Cuba, incluso con médicos civiles ocupando plazas de militares, esta política se continuó durante toda la guerra y cubrió parte de nuestras necesidades, digo parte, pues en algunos momentos llegamos a tener más jefes que personal médico.

Era muy común que los soldados destacados en las poblaciones, acudieran a la enfermería a los primeros síntomas de la enfermedad, no así los que estaban en operaciones, sin tener un médico al que acudir, razón por lo cual quedaban más expuestos y aumentaba la posibilidad de muerte para ellos. Con vistas a solucionar esto, cuando llegamos a tener más médicos militares y civiles, se dispuso que cada columna o batallón saliera de operaciones con al menos un médico para prestar los primeros auxilios a las tropas de inmediato, aumentando así las expectativas de sobrevivir a los enfermos y heridos en combate. Aun así no

siempre se lograba que los jefes de tropas, en particular los jefes de batallones, enviaran a tiempo a los hospitales sus enfermos y en no pocas ocasiones estos morían durante el traslado. Otra de las medidas que se dispuso fue que los batallones expedicionarios que fueran enviados a Cuba, llevaran un botiquín de campaña con sus respectivos arreos y accesorios, mochilas de ambulancia y camillas completas, así como que cada escuadrón llevara, independientemente, una bolsa sanitaria de grupo, una bolsa de ambulancia y dos camillas completas. Por otra parte en los lugares en que se encontraban grandes concentraciones de tropas, se adoptaron medidas para higienizar el área, construir zanjas para el desagüe de las aguas estancadas y se concentraron allí medios sanitarios y personal de la Sanidad Militar.

Con similares intenciones de mejorar la situación en el mes de agosto de 1897 se creó la Inspección General de Beneficencia y Sanidad Civil de la Isla, que era encabezada por el inspector general de Sanidad Militar Cesáreo Fernández de Lozada y cuya misión principal era contribuir a mejorar la situación higiénica en el país y en particular en La Habana. Muchas de estas medidas, incluyendo otras, como la construcción de sanatorios y hospitales, quedaron en un intento, pues la falta de presupuesto en ocasiones y los numerosos gastos que deparaba la guerra, hacía que el dinero se destinara a gastos más apremiantes como eran la compra de diversos suministros, armamento y municiones<sup>15</sup>.

## MI VIDA EN MAHÓN Y VILLACARLOS DE 1899 A 1910

Cuando el 25 de enero de 1897 recibí la Real Orden donde se disponía que con motivo de mi ascenso a Médico Mayor (Comandante), tendría como destino el hospital militar de Mahón, en comisión en Cuba, pensé que era un error que se corregiría o que simplemente me nombraban

<sup>15</sup> En este punto el autor hace un exhaustivo resumen del contenido de las obras de Larra y Cerezo referidos al sistema sanitario militar español en Cuba incluyendo una descripción pormenorizada de instalaciones (particularmente las del Hospital Militar Alfonso XIII de La Habana), suministros, tratamientos, etc, que, ciertamente, “dan una idea del trabajo del Cuerpo de Sanidad Militar en la Isla de Cuba durante la guerra”, pero no reproducimos aquí al no aportar información sobre el protagonista del relato. (N.E.)

allí por una cuestión burocrática, pues no podía comprender que en recompensa a mis servicios y al ascenso me enviarían a una remota y pequeña isla en el mar Mediterráneo llamada Menorca, cuya capital se denomina Mahón. Tarde comprendí que no había sido un error y que allí continuaría prestando servicios en la Sanidad Militar. Las islas Baleares son una Capitanía General española compuesta por las islas e islotes del archipiélago balear, se encuentran situadas en el mar Mediterráneo frente a las costas orientales de la península ibérica a unos 75 kilómetros de Valencia. Su capital es Palma de Mallorca. Son cinco, las mayores islas del archipiélago: Mallorca, Menorca, Cabrera, Ibiza y Formentera; además existen varios islotes entre los que se encuentran Dragonera, Conejera, Espalmador y Espardell. Menorca, es el territorio español más oriental y el primer lugar donde amanece en España; está situada a unos 35 kilómetros al este de Mallorca, es una pequeña y baja isla, cuya mayor elevación sobre el nivel del mar la constituye la Montaña del Toro con 358 metros de altitud, tiene 701 kilómetros cuadrados y su clima, típicamente mediterráneo, es bueno, no hay ni mucho frío, ni calor excesivo; 16,7° C es el promedio anual de la temperatura. El verano suele ser seco y caluroso y las lluvias, a veces torrenciales, generalmente llegan en el otoño. El catalán es el idioma oficial aunque se habla el menorquín que es una variedad dialectal de este. En marzo de 1899, cuando llegué a esta región, el archipiélago contaba con 311.179 habitantes y Menorca con unos 10.000. El archipiélago, por su estratégica ubicación geográfica, siempre fue codiciado por los ingleses que ocuparon en 1708 a Menorca y, dado su magnífico puerto natural, convirtieron a Mahón en capital de la isla, en detrimento de Ciudadela que lo fue hasta esa época; en 1802 mediante el Tratado de Amiens, Menorca fue devuelta a España.

Mahón aún conserva en sus edificaciones la huella de la dominación extranjera, en particular la inglesa, siendo singular la blancura de muchos de sus edificios y casas, las calles están bien trazadas y se caracterizan por su limpieza. La pequeña ciudad está edificada sobre profundos desniveles, al contrario de Ciudadela que es prácticamente llana. Una de las huellas más importantes de la dominación británica se

encuentra en la arquitectura, los británicos fundaron la ciudad de Georgetown, ahora Villacarlos, a la entrada del puerto natural de Mahón en la que se conservan edificios construidos según el estilo georgiano del siglo XVIII inglés, asimismo es muy frecuente encontrar en Menorca, las edificaciones, especialmente en Mahón y Villacarlos, con las típicas ventanas de guillotina inglesas; también la influencia anglosajona se puede notar en el vocabulario y las expresiones del catalán de la isla, que contiene docenas de anglicismos y en el campo, que cambió radicalmente después de la llegada de los británicos a la isla. En 1802 cuando Menorca fue devuelta a España, por supuesto, se cambió el nombre a Georgetown, por ¡Real Villa de San Carlos! que la población abrevió a Villacarlos, en catalán *Es Castell* que significa *El Castillo*.

Durante la ocupación, los ingleses construyeron un Hospital Militar en un pequeño islote de forma triangular y unos 900 metros de perímetro existente dentro del puerto de Mahón, conocido como Isla del Rey situado frente al poblado de Villacarlos, precisamente allí fijamos nuestra residencia, por cuanto con solo cruzar el puente estaba en mi casa, nunca he estado tan cerca de ella durante tanto tiempo. El hospital, con algunas mejoras, que se comenzaron en 1843, cuando nuestros ingenieros restauraron su ala norte, aún está en uso. Cuando me presenté en el hospital el 25 de marzo de 1899, fui nombrado jefe del Servicio de Clínica. La edificación, construida por los ingleses, es básicamente un amplio edificio central de dos pisos en forma de U alrededor de un gran jardín, todo edificado al estilo de los arquitectos ingleses, los locales del edificio son sencillos, espaciosos, ventilados y sus paredes de gruesa mampostería; cuando se hicieron las reformas en 1843 se construyeron en el ala sur del islote las edificaciones para el almacenaje y la capellanía. Al islote lo une con la tierra firme un puente de madera en bastante mal estado por lo que era más seguro transportar a los enfermos en embarcaciones que podían atracar en los dos pequeños muelles que poseía la isla. Como curiosidad les digo que en catalán es llamado el islote: “illa de s’Hospital” o “illa de Rei”.

Los ingleses construyeron en Villacarlos una espaciosa Plaza de Armas rodeada de cuarteles; a mi llegada la isla de Menorca contaba

con un Regimiento de Infantería con cuartel en la Plaza antes mencionada y en la Fortaleza de Isabel II o de la Mola, construida a mediados del siglo XIX en la boca del puerto frente al Castillo de San Felipe. Casi desde su inauguración en 1875, la Fortaleza de la Mola ya no correspondía a los requerimientos militares de la época, el desarrollo de la artillería naval, en los grandes buques de guerra, la hizo vieja, antes de tiempo pues era un enorme blanco muy fácil de batir a gran distancia. En ese momento era más práctico ubicar la artillería terrestre, dedicada a defender las costas, en trincheras bien construidas y difíciles de descubrir por el enemigo, por esa razón cuando llegué a la isla, hacía pocos años que se habían acondicionado posiciones, fuera de la fortaleza, para ubicar artillería moderna de más de cuarenta kilómetros de alcance.

Como les dije, llegué al puerto de Mahón en marzo de 1899; al presentarme en el hospital militar fui designado como su jefe de servicios y para atender visitas de clínica, este hecho fue de mi agrado pues siempre he preferido la atención directa de los pacientes. De inmediato me di a la tarea de encontrar en Villacarlos una casa para mi familia y unos meses después, muy cerca de la Plaza de la Explanada, pude alquilar una con las características adecuadas para vivir con cierta comodidad, aunque no disponía de agua corriente, tenía un buen pozo, era muy espaciosa, contaba con un gran patio muy arbolado y lo más importante, estaba relativamente cerca de mi hospital; acondicionándola estuve varios meses y en abril de 1900, llegó mi familia, por fin estábamos juntos y en paz. Coincidiendo con mi llegada a Mahón, se me concedió por Real Orden la Cruz de 1ª Clase del Mérito Militar con distintivo rojo en recompensa del comportamiento observado y servicios prestados durante el bombardeo de Manzanillo en julio de 1898.

Cuando comenzó el nuevo siglo continúe encargado de la Jefatura de Servicios y visitas de clínica hasta que en febrero me designaron accidentalmente, producto de la repentina enfermedad del Director, como jefe de sanidad de la Plaza y director del Hospital Militar, cargo que desempeñé hasta septiembre de ese propio año que regresé a mis labores habituales en la clínica, atendiendo los servicios de cirugía, heridos, venéreas y oftálmicos. Nuestro hospital prestaba sus servicios a las tropas

destacadas en la isla que, durante mi ya larga estancia aquí, nunca han excedido de 2.000 el número de hombres sobre las armas destacados en ella; además atendíamos a sus familiares. Las enfermedades eran las comunes a la península: la fiebre tifoidea, la viruela, la neumonía y la tuberculosis; un aspecto que había que tener en cuenta era mantener la alerta ante las enfermedades que podían propagarse debido al envío, desde la península, de enfermos de cólera y otros hacia la Isla del Lazareto. Con el inicio del siglo mi vida en la isla se normalizó, el trabajo era, por supuesto, más sencillo que en Cuba, tenía a mi familia, una casa, y el sueldo alcanzaba para vivir modestamente. Un problema que no pudimos solucionar fue que los muchachos cursaran la segunda enseñanza, pues, aunque desde 1891 se inauguró el Instituto Libre de Enseñanza Media que tenía carácter provincial, los costos eran prohibitivos para nuestra familia, en definitiva, todos mis hijos terminaron la escuela primaria y con ese nivel se quedaron.

En marzo de 1901 la Reina Regente, María Cristina, encargó al ya conocido Sagasta la formación de un nuevo gobierno, al asumir el cargo este declaró que dotaría al ejército de nuevo material. De lo nuevo, lo que me tocó a mí fue que, a finales de ese mismo año, según Real Orden de 21 de diciembre, quedé en situación de excedente, esto representó de inmediato un duro golpe para la familia, pues mi sueldo, de por sí modesto, fue rebajado de inmediato al 50%; les aseguro que tuvimos que hacer malabares para vivir, por suerte para nosotros, en abril de 1902, según Real Orden, me nombraron director del hospital militar y jefe de sanidad de la Plaza.

En mayo de 1902, acontecieron dos hechos importantes, el día 17 de ese mes, al cumplir los dieciséis años juró la Constitución el nuevo Rey, Alfonso XIII. Pocos días después, el 20 de mayo de 1902 se fueron los americanos de Cuba y entregaron el país a don Tomás Estrada Palma, primer presidente electo; claro, dejaron en la Constitución cubana una llamada *Enmienda Platt* que les otorga el derecho a intervenir en la Isla cada vez que lo consideren, además se quedaron con magníficas bahías para carboneras de sus barcos de guerra e incluyeron otros aspectos denigrantes para Cuba como el que establece que la Isla de Pinos queda

omitida de los límites territoriales del país propuestos por la Constitución. Por otra parte los norteamericanos se anexaron a Puerto Rico y las Filipinas, y en julio de ese propio año se hicieron con el Canal de Panamá por 220 millones de francos, a ese paso se harán dueños del continente americano.

Director de un hospital nunca había sido, pero alguna experiencia adquirí trabajando en muchos hospitales, tanto en España como en Cuba, ello me permitió administrar el hospital satisfactoriamente, sin dejar de brindar consultas o participar directamente en la atención a los enfermos ingresados, considero que mi conducta en general me granjeó el respeto de mis colegas, de los empleados del hospital y de mis superiores jerárquicos. Como director simultanéé el cargo con el de jefe de sanidad de la plaza, esto me obligaba a realizar visitas de inspección a los cuarteles y demás instalaciones militares para comprobar su situación higiénica, la alimentación de las tropas y otros aspectos relacionados con la sanidad. De las ocasiones en que fui director del hospital les comento que lo que más dolores de cabeza me causó, fue administrar adecuadamente el escaso presupuesto y en ocasiones la falta del dinero para pagar los sueldos al personal a mi subordinado. Por lo demás mi vida estaba regularizada de tal modo, que se convirtió en ir de la casa al hospital, de este a los cuarteles y en la noche de vuelta a la casa. Ocasionalmente, cuando no trabajaba un domingo, nos íbamos a la playa o a pasear por Mahón. Vivimos en esta pequeña isla prácticamente aislados, que no es un aislamiento total, gracias a la prensa que nos llega con cierta regularidad desde Barcelona o Valencia, ella nos permite enterarnos de lo que ocurre tanto en la península como en el mundo; no puedo dejar de mencionar la *Revista de Sanidad Militar* que me permite, tanto a mí como a mis colegas, mantenernos actualizados acerca de los adelantos de la medicina y la situación en general de nuestro servicio en el país. Antonia y yo seguimos siendo lectores apasionados y tenemos una gran colección de libros y periódicos; esa condición me permite hacer algunos comentarios de la situación en mi país en estos primeros años del nuevo siglo, son solo apuntes, espero que les sirva para incentivar su interés por el estudio de la rica historia de nuestro amado país.

Con el inicio del siglo XX y el reinado de Alfonso XIII, aunque España sigue siendo un país pobre y eminentemente rural, donde la mitad de su población activa trabaja en la agricultura y la tierra sigue siendo el instrumento más importante de dominación social, se inició un lento movimiento que conduce hacia la industrialización. Según la prensa, en 1900 aparecieron registrados en el censo, más obreros industriales que artesanos, en particular creció la industria metalúrgica en las provincias vascas, se comenta que allí, las navieras y los bancos son empresas dinámicas. Por otra parte el crecimiento de los ferrocarriles ha permitido crear un amplio mercado nacional y el comercio exterior ha crecido más rápido que en otros países europeos como Italia y Francia, sin embargo la balanza de pagos sigue siendo deficitaria y algunos afirman que es un mal crónico de la nación. Con relación a la agricultura, el país sigue presentando bajos niveles de productividad y un evidente atraso tecnológico respecto a la mayoría de los países europeos. Otra muestra de nuestro atraso es una nota que publicó en 1903 el *Diario de Cádiz* y la cito: “El analfabetismo en España: en 1860 el 19,97% de sus habitantes sabía leer, en 1877 sabía leer el 24,38%, en 1877 [sic] sabía leer el 28,49% y en 1900 sabía leer el 33,45%”. De esto se puede traducir que, en 1900, el 66,55% de la población española era analfabeta.

Del ejército a comienzos de este siglo, heredero de pronunciamientos liberales durante el siglo anterior, tengo la impresión, de acuerdo a lo que observo, se orienta hacia el conservadurismo. En estos años, el final de las guerras carlistas y la pérdida de las colonias han provocado un exceso de oficiales lo que bloquea la carrera de muchos de ellos, esta situación la he sufrido en carne propia, pues en varias ocasiones, he quedado en situación de excedente. Otro aspecto a resaltar es la convocatoria, cada vez más frecuente, del ejército, para reprimir las protestas tumultuosas que se realizan en las grandes ciudades, este indebido empleo del ejército está provocando su alejamiento de la monarquía.

En 1903 ingresó en la escuela primaria Eugenio mi hijo más pequeño y simultáneamente se me fue el mayor, Román, que cumplió 16 años, el tiempo pasó volando, ya era un hombre, a esa edad me incorporé yo al ejército le manifesté el día de su cumpleaños, vea usted padre, yo

quiero ser marino, me contestó. A partir de ese momento me di a la tarea de contactar con el capitán de un barco que realizaba viajes a Mallorca y Barcelona y lo enrolamos como grumete a mediados de ese año. Cuando escribo estas líneas, ya es marinero de una gran embarcación en Barcelona y vive en una pensión en esa ciudad, cada vez que le es posible nos visita. Los demás muchachos, gracias a Dios, están bien, cursan la enseñanza primaria, gozan de buena salud, se van acostumbrando a la isla y ya todos hablamos el menorquín. Como vivimos junto al mar, todos hemos aprendido a pescar y el pescado, junto al famoso queso de Menorca, es parte esencial de nuestra dieta alimentaria. Un día me comunicaron que se había producido un cambio de organización en el ejército, según mis notas fue en agosto de 1904, como resultado de ello, cesé como director del Hospital Militar y pasé a ser nuevamente jefe del Servicio de Clínica. Si les soy sincero, no lo sentí, pues el sueldo era el mismo y podía dedicarme por completo a la atención directa de los enfermos, que siempre me ha gustado más que los trabajos de oficina. En 1904 murió en su palacio en París la reina Isabel II, de la que les escribí al principio de estas notas; otra noticia importante aparecida en la prensa ese año fue la relacionada con la entrada en vigor el domingo 11 de septiembre de la Ley del descanso dominical, esperemos que se cumpla.

En 1905, vendimos la casa en Villacarlos y nos mudamos para un piso que alquilé en el mismo centro de Mahón, con la ventaja de contar con electricidad y agua corriente, allí la vida para Antonia y los muchachos ha sido un poco más placentera y pudimos buscar algunos lugares para que los niños aprendan algún oficio, según vayan terminando la escuela primaria; la mudanza al único que perjudicó un poco fue a mí que me he alejado del hospital, pero digo un poco, pues ahora vivo como a tres kilómetros de distancia lo cual no es mucho, en ocasiones realizo el viaje en coche, en otras, en una embarcación de las que surca la bahía prestando ese servicio; además, aunque no muy a menudo, también realizo el viaje caminando, lo que es muy bueno para la salud y no son más de cuarenta minutos de caminata hasta el muelle de Villacarlos. En agosto de ese mismo año por Real Orden, fui declarado “Apto para el ascenso”, aspecto que no les he comentado era muy importante

para un oficial, por cuanto, si en tres ocasiones consecutivas, no eras declarado apto, podías ser licenciado de inmediato. La prensa de junio de 1905 nos trajo la mala noticia del atentado con bomba, que se llevó a cabo en París contra el rey Alfonso XIII, gracias a Dios, salió ileso.

Al cabo de estar siete años en Menorca, sin haber salido ni en una ocasión de la isla, me decidí y solicité, en el verano de 1905, una licencia por treinta días para ventilar asuntos personales, unas semanas después me fue concedida. Antonia y yo habíamos madurado la idea de emplear los ahorros que ella había acumulado, como tesorera de la familia, para realizar un viaje que nos permitiera visitar a mis hermanos en Riomanzanas y que la familia conociera la península, en particular Zamora, Madrid y Barcelona. La noticia alegró a los muchachos que por fin iban a salir de nuestra isla, en julio compramos los pasajes; el plan que elaboramos Antonia y yo era, embarcar directo a Barcelona, seguir viaje a Madrid en ferrocarril, de allí a Zamora y finalizar en Riomanzanas, al regreso visitaríamos, durante dos o tres días, en orden inverso esas ciudades. A mediados de julio de 1905 embarcamos en un vapor hacia Barcelona, la travesía fue buena ya que hubo mar tranquila, mucho sol y lo mejor, fue rápida pues solo hay que recorrer unos 150 kilómetros; en el puerto nos esperaba mi hijo Román que ya había comprado pasajes a Madrid para el próximo día, gracias al ferrocarril, que ya enlazaba prácticamente a toda España, en tres días llegamos a Zamora, de acuerdo a lo planificado.

Zamora, mi bella ciudad, por fin la veía después de varios años, a la llegada fuimos directo al Barrio de Olivares donde nos alojamos en una pensión que nos recomendó mi padrino don Manuel Bertolo muy amigo de papá, oriundo de San Pedro de Parada en Galicia, pero que es, según dice, zamorano por naturaleza; seguramente recordarán que en casa de don Manuel estuve viviendo varios años, cuando estudié en el Instituto de Segunda Enseñanza de Zamora. Al día siguiente, ya descansados del largo viaje, mientras yo coordinaba para trasladarnos a Riomanzanas, el resto de la familia, bajo la guía de una hija de don Manuel, visitó la ciudad que les encantó, tanto por sus bellos edificios y parques como por el trato amable de su gente. Durante el recorrido los muchachos

no dejaron de probar las almendras garapiñadas que se expendían en los puestos diseminados por la ciudad. Zamora en 1905 tendría unos 17.000 habitantes lo que representaba un ligero decrecimiento con relación a 1900, la razón, al parecer era resultado de la emigración de la población más joven hacia ciudades mayores y más industrializadas como Barcelona, por citar un ejemplo. Al día siguiente de nuestra llegada mi padrino nos preparó un cena espléndida que contempló muchos de los platos tradicionales de Zamora como el arroz a la zamorana, chicharos en escabeche, barbos asados, chorizos y aunque no estábamos en Semana Santa preparó sopa de ajo que él sabía me gustaba mucho, todo acompañado de buen vino y con una repostería al final excelente donde nos brindó pastas zamoranas; los muchachos y Antonia quedaron gratamente impresionados.

Coordinado el viaje a Riomanzanas, el día 20 de julio partimos en coche hacia Alcañices y de allí a mi pueblo en carreta, aunque el viaje fue difícil, para los muchachos lo nuevo representaba una aventura, el paso entre los bosques de pinos en la montaña fue lo que más les gustó, constantemente me preguntaban por los famosos lobos ibéricos y los jabalíes de los que yo les había contado, pero no encontramos ni uno solo. La llegada al pueblo fue sumamente grata para todos, a mí me emocionó ver nuevamente a mi amado pueblo. Riomanzanas, alrededor del año 1900 tuvo su mayor población, con unas 245 almas, pero cuando la visitamos en 1905, como otros tantos pueblos pequeños y perdidos en la inmensidad de la Sierra de la Culebra, había comenzado a perder habitantes, cuando escribo estas notas he conocido que la tendencia al decrecimiento poblacional ha continuado marcándola. Yo no había tenido forma de avisar a mis hermanos el día exacto de nuestra llegada, conocían que los visitaríamos, pero no cuándo, así que los sorprendimos. Bentura, mi hermano mayor, que continuaba viviendo en la casa de nuestros padres, estaba en el molino, que medio derrengado aún trabajaba. Eugenio, mi hermano menor, había formado su propia familia y tenía su casa muy cerca, mi cuñada les avisó de inmediato y en unas horas estábamos toda la familia Fidalgo en la casa de papá y mamá. Al día siguiente de nuestra llegada fuimos al cementerio a la tumba familiar, allí

recordamos con mucho amor a nuestros padres y abuelos, que nos dieron la vida y nos hicieron personas decentes. Los días pasaron, como todo lo bueno, muy rápidos, pero nos dio tiempo de ir a pescar barbos, a cazar jabalíes que no vimos, a pasear por la era, por los huertos y a visitar a todos mis vecinos. Por las noches, aunque era verano, encendíamos el hogar para asar castañas, tomar chocolate y hacer cuentos, yo, de la guerra en Cuba y mi vida en Menorca y mis hermanos de su vida en el pueblo. Como es lógico los que mejor la pasaron fueron los muchachos que junto a sus primos hermanos, se divertieron de lo lindo. La despedida, como todas, fue triste, han transcurrido cinco años y no hemos podido regresar al pueblo.

Tal y como lo habíamos planificado, a nuestro regreso estuvimos tres días en Madrid, nos alojamos en una pensión, que yo conocía de mis tiempos de estudiante, en la calle San Bernardo muy cerca del centro de la ciudad. Madrid había cambiado mucho desde la época en que estudié medicina, la población había crecido y ya tenía más de medio millón de habitantes, también habían crecido las grandes calles y la ciudad contaba con un buen sistema de transportes que permitía recorrerla toda rápidamente. Por supuesto visitamos la Facultad de Medicina y el Edificio Histórico de la Universidad Complutense donde les expliqué a los muchachos cómo defendí y obtuve allí mi título de Doctor en Medicina. Los tres días fueron bien aprovechados, además de visitar lugares de interés, nos encontramos con algunos de mis viejos amigos. De Madrid fuimos a Barcelona y haciendo pinitos con las pesetas que nos quedaban, pudimos recorrer la bella Ciudad Condal con sus grandes parques, jardines urbanos y bellas edificaciones; yo quise conocer el estado de la obra del célebre arquitecto Antonio Gaudí conocida como *La Sagrada Familia* que llevaba varios años en construcción y que según este, serían muchos más lo que demoraría en terminarse, a la obra llevé la familia y conservo una foto de ese momento. Algo que nos llamó la atención a todos fue ver los coches con motor en sustitución de los caballos, hacían un gran ruido y se desplazaban a mucha mayor velocidad que los coches tradicionales, como medio de transporte nosotros usamos el tranvía eléctrico que estaba muy desarrollado. En una ocasión abordamos el llamado

*Tranvía Azul* que nos llevó a la Plaza del Funicular en la falda del monte Tibidabo; allí por primera vez montamos en un aparato llamado funicular que, mediante cables aéreos, nos transportó a la cima del monte, que domina la ciudad con sus 500 metros de altura, allí existe un gran parque de atracciones donde jugamos bolos, observamos la ciudad mediante telescopios, ese día en el parque fue esplendoroso, lo pasamos muy bien. El último día, guiados por Román, mi hijo mayor, caminamos por la famosa Rambla ya con iluminación eléctrica y también visitamos el Parque de la Ciudadela con su bella cascada; fueron tres muy buenos días. A mediados de agosto regresamos a Mahón, que después de haber estado en varias grandes ciudades, nos dio la impresión era más pequeña que cuando nos fuimos de licencia; en Mahón nos esperaba mi trabajo, la escuela para los muchachos, y el trabajo diario de la incansable Antonia para lidiar con cinco hombres en casa.

Sin darnos cuenta nos llegó el año 1906, yo seguí ocupando el cargo de jefe de Servicios y de Visitas del hospital militar; en noviembre me llegó la buena nueva: por Real Orden del 21 de ese mismo mes, se me concedió la gratificación anual de 720 pesetas por haber cumplido diez años de efectividad en el empleo, pesetas que no nos venían mal, en particular ahora que estábamos ahorrando para viajar a Cuba, meta difícil, pues un pasaje costaba 205 pesetas en tercera clase y 550 en primera, en definitiva aún no hemos podido realizar ese sueño, pero no renunciamos. En noviembre de 1906, mediante la prensa, nos enteramos que Cuba había sido ocupada nuevamente por los norteamericanos. Según las noticias se había producido una guerra civil que provocó el presidente Estrada Palma al reelegirse mediante un fraude descomunal, ante el desorden Estrada Palma renunció y solicitó la intervención de los norteamericanos, que rápidamente intervinieron militarmente el país. La intervención duró hasta el 28 de enero de 1909, cuando “entregaron el mando” al presidente electo José Miguel Gómez, veremos cuánto tardan en intervenir nuevamente, lo más preocupante es que, existan cubanos que quieran la anexión, contra ellos tienen que luchar los buenos cubanos.

De estos últimos años, no tengo mucho que contarles, he seguido como Jefe de Servicios y volví a ocupar la dirección del hospital durante

un año aproximadamente, la familia está bien, en la escuela primaria solo nos queda Eugenio, los tres restantes aprenden distintos oficios en el puerto de Mahón, y Román, mi hijo mayor, ya es oficial de cubierta en un gran buque mercante basado en Barcelona. En 1907 se creó la Escuela Superior de Comercio en Mallorca y mi hijo Feliciano quiere ir a estudiar en ella, Antonia y yo estamos haciendo cálculos financieros para ver si lo podemos costear.

La situación de la sanidad militar y la sanidad en general en Menorca es satisfactoria y trabajamos porque se mantenga así, a ello contribuye sin lugar a dudas, además del trabajo del personal, el aislamiento de la isla y la fuerte constitución física de los lugareños; otra situación existe en la Península donde la sanidad presenta una precaria situación<sup>16</sup>.

Queridos hijos, pensando en cómo concluir este cuaderno de notas escrito para ustedes, volví a leer un discurso del Doctor Santiago Ramón y Cajal, pronunciado después del desastre de las guerras coloniales en 1898 que tiene plena vigencia y nos insta a luchar: “Aquel desfallecimiento de la voluntad, que fue general en las clases cultas de la nación, sacóme del laboratorio, llevándome meses después, cuando la conciencia nacional sacudió su estupor, a la palestra política”. Era la reacción contra la España oficial del *Desastre del 98*. Cajal propuso acometer la tan ansiada regeneración con el ánimo esforzado y redentor del ingenioso hidalgo, aplicado al trabajo científico y técnico para impulsar el desarrollo del país, en vez de regeneración, los políticos que nos gobiernan actualmente nos han llevado a una nueva guerra colonial, es increíble. Cuando escribo estas líneas en 1909 y aún están frescas las huellas del desastre del 98, se inició en el mes de julio, la llamada Guerra de Melilla, pequeño enclave militar español en el norte de África; para completar las fuerzas militares que participarían se llamaron reservistas lo que provocó la conocida como Semana Trágica en Barcelona, que resumidamente les expongo. El 26 de julio se declaró la huelga general

<sup>16</sup> El autor introduce aquí una estadística sobre las enfermedades más comunes en España en 1906 tomadas del *Diario de Cádiz*. (N.E.)

en Cataluña; en octubre se proclamó la llamada revolución anarquista en Barcelona cuyo promotor fue Francisco Ferrer que fue capturado y condenado a muerte. La sedición fue sofocada con una fuerte represión dirigida, entre otros, por el famoso general Valeriano Weyler, a la sazón capitán general de Cataluña. En noviembre de 1909 el ministro de la Guerra, el general Luque, anunció que España había vencido, fue una victoria pírrica pues tuvimos, según he conocido, miles de bajas para quedarnos con Melilla.

Quiero terminar mis notas con un comentario: es una pena que no hayamos contado con gobernantes que supieran administrar adecuadamente nuestras riquezas y las hayan dilapidado de tal forma, que han propiciado que nos quedáramos rezagados cuando se nos compara con otros países europeos, un ejemplo de ello es la educación, donde en el año 1900 teníamos un 66,5% de personas analfabetas; en la atrasada agricultura donde aún hay rasgos feudales, como es el caso de pago obligatorio, a verdaderos señores feudales, de tributos por renta de foros y de terrenos; la débil industrialización o la pobreza que se observa en campos y ciudades. Es bueno preguntarnos ¿dónde fueron las inmensas riquezas en oro y plata que provenían de las colonias? Si investigan, seguramente encontrarán las respuesta: la mayor parte del oro y la plata está en manos de los banqueros ingleses, alemanes, holandeses y de otros países del norte europeo que la recibieron como pago de nuestras deudas y les sirvió para nutrir su capital original y en definitiva para que esos países se desarrollaran y el nuestro siga plagado de pobreza.

## EPÍLOGO

Esta última parte del cuaderno escrito por mi esposo, Don Feliciano Fidalgo y Casas, lo escribo yo, Antonia Valerino y Máximo en mi casa de Manzanillo en 1912. El año 1910 resultó trágico para la familia, en marzo, mi esposo que continuaba trabajando como jefe de servicio en el Hospital Militar, solicitó un permiso de quince días, para visitar a nuestro hijo Román en la ciudad de Barcelona, al amanecer del día 4 de marzo embarcamos en Mahón en un pequeño buque que ese mismo día, en horas de la noche, llegó al puerto de Barcelona donde nos esperaba

Román, que nos condujo a su casa. Los primeros días en la ciudad fueron bien, paseamos y realizamos algunas visitas, el día 15 de marzo, Feliciano, que hacía ya unos años tenía débil su corazón, se sintió mal y nos pidió lo condujéramos al hospital, donde recibió ingreso de inmediato y a pesar de los esfuerzos de los médicos, falleció de un paro cardíaco en la mañana del día 16 de marzo. De más está decir el golpe que recibió nuestra pequeña familia, fue muy grande, después de la ceremonia fúnebre realizada en Barcelona, mi esposo fue sepultado en el panteón militar del cementerio de Barcelona y nosotros regresamos a Mahón. Después de pasar casi un año, sin el amparo de mi esposo, con el apoyo de mis padres y de las autoridades militares de Menorca, pude regresar a Cuba en 1911, acompañada de cuatro de nuestros hijos, en Barcelona quedó Román que ya tenía su vida propia. En Cuba me recibieron mis padres con mucho amor y estamos viviendo, por el momento, en Manzanillo, aunque en Bayamo sigue la gran casa de madera y el tejear de papá. Los muchachos bien, a todos le hemos encontrado que hacer y los dos mayores trabajan en el tejear de Bayamo.

DIARIO DEL MÉDICO PRIMERO DEL CUERPO DE SANIDAD MILITAR DEL EJÉRCITO DE S.M. DON FELICIANO FIDALGO CASAS EN LA CAMPAÑA DE CUBA. INICIADO: 5 DE MAYO; TERMINADO: AÑO 1895<sup>17</sup>

*5 de mayo.* Hoy comienzo este diario, en él anotaré los hechos principales de la contienda, que espero sea corta, contamos para ello con la fortaleza de nuestro ejército comandado por el Excelentísimo Señor Capitán General Don Arsenio Martínez Campos que ya venció a los insurrectos en 1878 y tanta gloria ha dado a nuestro país. El 24 de febrero, según nos comunicaron, varias partidas de insurrectos se alzaron en armas en la región de Baire y atacaron ese poblado, muy cerca del poblado de Palma Soriano donde se encuentra mi familia, por suerte ya

<sup>17</sup> No tenemos constancia de que este “Diario” que se reproduce aquí sea un documento conservado en el seno de la familia del autor o forme parte de su original estilo narrativo. (N.E.)

hay fuerzas batiéndolos en todos los lugares, espero que esta vez la guerra no dure 10 años; por otra parte los principales cabecillas no están en la Isla aunque supe que los hermanos Maceo desembarcaron por la región de Duaba en Baracoa y no han sido muertos o apresados. Yo recibí la misión de presentarme de inmediato en Cuba<sup>18</sup> a fin de colaborar en la preparación del Hospital Militar y eventualidades del servicio adjudicándoseme el sueldo de mi clase del crédito extraordinario de la guerra. Ese hospital lo conozco bien pues en él serví recién llegado a Cuba en 1880.

La salida de mi casa no fue fácil, allí dejé a Antonia con los muchachos, la vida para ellos, si no logramos derrotar rápidamente a los insurrectos, será difícil, por otra parte me voy muy preocupado, pues ella, como criolla al fin, tiene ideas alocadas y esto le puede traer problemas<sup>19</sup>. Creo que lo mejor es que regresen a Bayamo con su familia donde estarán mejor atendidos y más seguros, tengo que lograr que esto sea así, Dios los proteja. Al amanecer inicié la marcha formando parte de una pequeña fuerza de infantería. Cabalgando por el Camino Real que une a Palma Soriano<sup>20</sup> con Cuba, observé las verdes montañas que lo rodean y me vino a la mente mi querido pueblo de Riomanzanas, que también está rodeado de montañas, cuánto diera porque mi familia se encontrara a seguro allá junto a mis padres, extraño mucho a mi pueblo con sus casas de piedras, sus calles de tierra y piedras por donde circulan las vacas y los carretones, sus bellos parrales y los grandes castaños en flor. Solo es un sueño, nosotros estamos aquí, con este calor infernal, la terrible humedad, los mosquitos y las enfermedades que nos causaron en la guerra anterior más bajas que los insurrectos. De noche llegamos a la localidad de El Cobre, hicimos la marcha sin dificultades y aquí descansaremos para continuar temprano hacia Cuba.

<sup>18</sup> En el *Diario* se emplea *Cuba* para denominar a Santiago de Cuba. (N.A.)

<sup>19</sup> En francés en el original [*sic*]. (N.A.)

<sup>20</sup> En el *Diario* se emplea indistintamente Palma Soriano o La Palma de Soriano para denominar a ese pueblo. (N.A.)

*Día 7.* Llegué a Cuba ya de noche, por suerte no tuvimos encuentros con partidas de insurrectos, este camino entre montañas y espesos bosques se presta para emboscadas, al parecer no hay insurrectos en esta región. Me contó el médico mayor Orihuela que en la guerra del 68-78 acostumbraban a emboscar en estos caminos a nuestras fuerzas y con los llamados machetes, causaban terribles heridas a nuestros soldados. Bien entrada la noche por fin llegué al Hospital Militar, que de tal solo tiene el nombre. Escribo estas líneas, sentado en la cama que me asignaron, mañana será otro día que espero, si Dios quiere, sea mejor que este. Debo madrugar pues me tengo que presentar al Sub-inspector médico de Santiago de Cuba.

*8 de mayo.* Temprano en la mañana me presenté al Sub-inspector de Sanidad Militar, hasta nueva orden, serviré como médico en el hospital, en la parte de clínica. Me plantearon que por el tiempo que llevo en Cuba conozco las enfermedades propias de la isla y puedo ser de gran ayuda, viviré en el mismo hospital. El hospital lo conozco bien pues serví en él en varias ocasiones, la primera vez fue a mi llegada a la Isla de Cuba a finales de 1879, hace ya casi veinte años y no se han efectuado mejoras, por suerte está construido en un lugar alto, fresco y lejos de la costa, en total dispone de unas 2.000 camas. La clínica que atenderé se encuentra en un gran barracón de unas 60 varas de largo por 10 de ancho, es de sólida mampostería, las ventanas son grandes y están en la parte superior de la paredes y en la de abajo, lo que facilita la ventilación, cuenta en su interior con un tabique para aislar a los enfermos contagiosos, no obstante la higiene en general es mala pues faltan medios para la limpieza y desinfección, por otra parte los enfermos están hacinados pues hay 100 hospitalizados, la mayoría por fiebre amarilla que es el azote de nuestras tropas, en particular en esta época de grandes lluvias.

*9 de mayo.* Como es mi costumbre levantarme temprano, llegué antes de amanecer y me incorporé a mi primer día de trabajo. La clínica, a mí asignada, tiene 100 catres y la mayoría están ocupados por enfermos con fiebre amarilla (son 45) además hay enfermos de paludismo y otras causas. Conmigo trabajará el médico segundo Rafael A. Soto Vázquez oriundo de Cádiz, y nos apoyan dos sanitarios. Pasé revista a cada

enfermo y tomé medidas para la higienización del área. El rancho deja mucho que desear y hay escasez de medicamentos. Muy agotado y ya tarde en la noche me retiré a descansar y escribir estas líneas, lo mejor del día es que tuve noticias de Antonia y los muchachos.

*10 de mayo.* Mucho trabajo, tuvimos dos soldados fallecidos por fiebre amarilla, hasta ahora esa enfermedad como tal no tiene tratamiento con medicamentos, lo que hacemos es rehidratar al enfermo, estar atentos a la hipotensión, darles una alimentación lo mejor posible y descanso, la quinina no es efectiva en estos casos, no así para los palúdicos en que sí es efectiva, de ahí la importancia de diagnosticar bien y que los enfermos sean enviados al hospital a tiempo, lo que no siempre se hace. Hoy hablamos mucho el médico segundo Soto Vázquez y yo de la fiebre amarilla, pues conocemos sus síntomas y el cuadro clínico que presentan los enfermos pero no sabemos cómo se transmite de un enfermo a otro, Soto, al igual que muchos médicos considera que se adquiere producto de las miasmas, pero yo no pienso así, creo que la causa es otra, le expliqué que hay un médico criollo de apellido Finlay que desde 1881 está diciendo que los mosquitos son el agente transmisor, este tema es muy importante de investigar, pero las autoridades no le prestan atención y el número de bajas es enorme. Le escribí a Antonia como respuesta a su carta de ayer, le expliqué que estoy coordinando para que salgan hacia Bayamo.

*11 de mayo.* Día de mucho trabajo, continuamos higienizando el área, Tuvimos que improvisar 10 catres más pues llegaron nuevos enfermos y no había espacio disponible para ellos. El Sub-inspector de Sanidad Militar visitó el hospital.

*12 de mayo.* No tengo mucho que anotar, como todos, fue un día duro. Atendí a un soldado oriundo de Riomanzanas, por suerte para él es paludismo lo que tiene, le aseguré que vería nuevamente el terruño, hablamos como es lógico de nuestro pueblo que hace tantos años no veo, por supuesto conoce a mis familia y yo a la suya, se llama Lucas de la Fuente, lo atenderé con esmero. Le escribí a Antonia explicándole que tendrá que esperar unos días más para el traslado a Bayamo.

*13 de mayo.* Llegué temprano al pabellón y pasé revista a los enfermos. Hoy estuve en la cocina para conocer de cerca la preparación de los alimentos, el área deja mucho que desear tanto por su higiene como por los alimentos que se preparan, Hoy leyendo el *Diario del Ejército* que nos llega desde La Habana, pude leer un artículo acerca de la alimentación del soldado y las normas para ello, que lejos está nuestro hospital de lo que allí se dice.

*14 de mayo.* Día normal, si es posible que en tiempo de guerra algo pueda ser llamado así. Pasé revista a los enfermos, dimos cuatro altas médicas. Revisé y actualicé los documentos de mi clínica.

*15 de mayo.* Hoy en la mañana me llamó el Director del Hospital Militar para comunicarme que por disposición del ESCG<sup>21</sup>, fui destinado a prestar mis servicios al Batallón de Ingenieros comandado por don José Pardo, debo presentarme mañana en la localidad llamada El Cobre, lugar en que se encuentran los ingenieros. La noticia me sorprendió pues hacia solo siete días me había incorporado al hospital, me explicaron que hay escasez de médicos en las tropas, serviré donde haga falta; del servicio en condiciones de combate tengo la experiencia de haber participado en la última guerra carlista.

*16 de mayo.* Al mediodía me presenté al Jefe del Batallón de Ingenieros, me causó buena impresión, me explicó la tarea que tenemos de recomponer las líneas telegráficas, que son destruidas por los insurrectos u otras causas, considera que estaremos un mes, por lo menos, en el cumplimiento de esta misión. Iniciaremos los trabajos entre El Cobre y Palma Soriano. Recorrí el campamento y contacté con los sanitarios para preparar el botiquín de campaña y conocer qué medicamentos y otros enseres tendremos, comprobé que son básicamente quinina, iodo, bolsas de vendas y un mínimo de instrumental quirúrgico de campaña, además tenemos dos camillas completas. Esta es una época mala para salir en marchas pues llueve a cántaros y los soldados enferman con facilidad diezmos por la fiebre amarilla, el paludismo, el

<sup>21</sup> Debe leerse "Excmo. Sr. Capitán General". (N.E.)

tifus, la disentería y otras enfermedades que adquieren con facilidad. Es mi primera experiencia en Cuba en una acción combativa.

*17 de mayo.* Temprano en la mañana iniciamos la marcha, el batallón de ingenieros cuenta con unos 150 componentes divididos en dos compañías, secciones y la jefatura. El jefe del batallón me dio la impresión que conoce su oficio y se nota que sus subordinados lo respetan. Marchamos con precaución pues nos informaron que en esta región actúa la partida de insurrectos del cabecilla Quintín Banderas. El primer tramo a reparar entre El Cobre y Palma Soriano tiene muchos postes derribados y falta de alambre en algunos sectores. Atendí a varios soldados con fiebre. Por suerte no llovió ni tuvimos encuentros con el enemigo.

*18 de mayo.* Llovió copiosamente, entre el calor, el fango, las plagas de mosquitos y el estar alerta ante los posibles ataques del enemigo, se puede decir que el día fue malo. No obstante pudimos recomponer un tramo de línea telegráfica de unas 200 varas. Pude observar a los soldados tomando aguas estancadas, sin saber que es la causa principal de la disentería y otras enfermedades, recomendé al jefe del batallón que es necesario hacer el campamento cerca de un pozo para que bebamos agua de mayor calidad. Enviamos tres soldados enfermos hacia El Cobre, no fue fácil convencer al jefe del batallón que me decía que los soldados fingen estar enfermos; uno de los problemas que tenemos los médicos es el diagnóstico a tiempo de las enfermedades, en ocasiones el paludismo se puede confundir con un simple resfriado y el enfermo sigue trabajando como si tal, los estados febriles se repiten y al cabo de unos meses, con la anemia característica de esta enfermedad, su cuerpo se depaupera y cae en lo que se denomina caquexia palúdica, que le puede costar la vida y cuando menos quedar inutilizado para el servicio. Hoy dormiremos mal, estamos empapados hasta los huesos, yo tengo una capa que me cubre algo de la lluvia, pero los soldados tienen un capote que no protege nada. Mañana será otro día, Dios nos proteja.

*19 de mayo.* Hoy en cuanto amaneció y pude ver el panorama que nos rodeaba, después de la fuerte lluvia de anoche, recordé la parte de una tonada que se canta en mi pueblo y que dice: “Esta noche ha llovido, mañana hay barro / pobre del carretero que va en el carro...”. En

nuestra situación se pudiera parafrasear la tonada diciendo: “Esta noche ha llovido, mañana hay barro / pobre de los soldados que no irán en carro / ellos irán caminando, dejando sus zapatos enterrados en el barro...”.

Aquí en Cuba le dicen al barro, fango o fanguero, según la cantidad, y eso era lo que nos rodeaba, un gran fanguero. El día fue tremendo pues se lo pasó lloviendo y no pudimos avanzar en los trabajos. Junto a los sanitarios revisamos la tropa y la calidad del rancho que se le dio. Mañana, si Dios quiere, debe ser mejor el día.

*20 de mayo.* Hoy, gracias a Dios, no llovió, pero hizo un calor tremendo que junto a la humedad, hacen la campaña más difícil. Seguimos sin detectar al enemigo. Tenemos varios enfermos con disentería, no tengo otro tratamiento para ellos que no sea la rehidratación y darles infusiones con hierbas criollas, que por suerte para ellos y para mí, después de servir largos años en Cuba aprendí a usar.

*21 de mayo.* Hoy conocí de la muerte en combate el pasado día 19 del cabecilla insurrecto Don José Martí, fue durante una acción al norte de Jaguaní en el lugar donde confluyen los ríos Cauto y Contra maestre nos explicó el jefe del batallón que por nuestra parte el jefe de las fuerzas fue Jiménez de Sandoval, además nos dijo que el cabecilla Máximo Gómez había resultado herido grave y con estas dos bajas, el golpe para los insurrectos ha sido tan grande que la paz llegará pronto, Dios lo quiera.

*22 de mayo.* Hoy estuve pensando en lo diferente de ser médico en un batallón que sale a cumplir una tarea en campaña bajo el peligro de ser atacado por el enemigo en cualquier momento y el trabajo rutinario del hospital que, aunque muy duro, no puede compararse con el trabajo en campaña, creo que me gusta más esta opción que tengo ahora. Ya hemos terminado de recomponer tres sectores de líneas telegráficas, espero que los insurrectos no las destruyan nuevamente.

*23 de mayo.* Fue un día de duro bregar para la tropa, yo recorrí el área de trabajo y supervisé la elaboración del rancho para los soldados. La región donde trabajamos es abrupta y el bosque muy denso, es extraordinario el tamaño de los árboles, hay una cantidad de aves cantoras impresionante. En estos días hemos logrado tomar agua de un

pozo perteneciente a un labriego, solo con esta medida disminuyeron las diarreas, pero en cuanto nos traslademos del área y perdamos el pozo, todo comenzará nuevamente, es una tragedia.

*24 de mayo.* Hoy avanzamos en el trabajo, recompusimos unas 300 varas de líneas telegráficas, los soldados y oficiales trabajaron fuerte, mañana nos trasladaremos hacia otra área de trabajo, veremos si encontramos un pozo. Temprano dejamos todo preparado para la marcha y descansamos pues saldremos al amanecer.

*25 de mayo.* Al amanecer formamos columna y marchamos a otra área distante una legua del lugar en que nos encontrábamos, no hay labriegos en el lugar, no obstante pasa un arroyuelo al parecer con aguas limpias, el no tener agua apta para beber es un problema que nos obsesiona como personal de la sanidad militar, pues de seguro tendremos casos de disentería. En esta área hay muchos postes en el suelo y faltan cables, habrá que trabajar fuerte. Tenemos varios soldados y un oficial con fiebre.

*26 de mayo.* Buen avance en la recomposición de líneas, increíblemente hace varios días que no llueve. Los soldados con fiebre no mejoraron, por los síntomas es paludismo lo que los afecta, si siguen así tendremos que enviarlos a la enfermería de Palma que ya ésta más cerca que la del Cobre.

*27 de mayo.* Día de buen avance en los trabajos, el jefe del batallón decidió enviar los enfermos al pueblo de Palma. Por lo demás no hay mucho que contar,

*28 de mayo.* Enviamos, con una escolta compuesta por un oficial y dos soldados, los soldados con fiebre hacia la enfermería de Palma, espero lleguen a tiempo, Dios los proteja. Llovió muy fuerte no avanzamos en el trabajo de recomposición de líneas. Los otros dos soldados con fiebre, producto del paludismo, mejoraron con el tratamiento a base de quinina, hay que seguir de cerca sus casos para que no empeoren.

*29 de mayo.* A pesar de las malas condiciones del terreno, producto de las lluvias de ayer, logramos avanzar en los trabajos de recomposición, si seguimos con este ritmo de trabajo en cinco días estaremos en Palma y seguramente podré ver a la familia.

*30 de mayo.* Nos van quedando pocas provisiones de boca, como hay partidas de insurrectos en la zona el jefe del batallón no ha querido enviar al jefe del detall a la factoría de Palma para hacer compras de víveres, me explicó que en tres o cuatro días estaremos en Palma o muy cerca y entonces compraremos. Hay que hacer labor entre la tropa para que consuman frutas, en esta época la cantidad de mangos, bananos y otras frutas que hay en esta región es grande, si la tropa las consumiera su alimentación mejoraría, hay que seguir insistiendo, a la par que se adquieren víveres y se mejora el rancho. Uno de los alimentos que faltan en la ración diaria es la carne, pues es muy difícil adquirir carne fresca durante las operaciones; si hubiese carne en conserva, que brilla por su ausencia, sería otra cosa. El jefe del batallón me explicó que se propuso, por la jefatura del Departamento Oriental comprar carne en conserva, pero hay que esperar por el presupuesto que otorgue el Gobierno, ojalá no demoren mucho. La alimentación de las tropas es un martirio, los que están lejos no la sufren.

*31 de mayo.* No llovió, logramos avanzar en los trabajos, nos queda como una legua para llegar al pueblo de la Palma de Soriano, en el lugar en que trabajamos, al estar más cerca de nuestra guarnición, la línea está mejor conservada, no tenemos tropas con fiebre aunque sigue afectándonos la disentería.

*1 de junio.* Gracias a Dios, hace varios días que no llueve, avanzamos en los trabajos que nos restan, mañana debemos terminar.

*2 de junio.* Anoche, ya muy tarde, cuando descansábamos en nuestras hamacas, una partida de insurrectos tiroteó en dos ocasiones el área del campamento lo que nos impidió dormir, esta es una táctica que están empleando para desgastar aún más a nuestras tropas, que, ante el temor de un ataque en regla, no pueden descansar; por suerte no se reportaron bajas. Cuando esto sucede los soldados y oficiales no tienen ánimo para trabajar, Dios nos ayude y esta noche podamos dormir.

*3 de junio.* En esta área, al este del poblado de Palma, terminamos los trabajos de recomposición de líneas telegráficas. Nos trasladaremos mañana temprano al próximo punto que también será en el Camino Real. Pero al oeste de la Palma de Soriano, en dirección al puerto de Bayamo,

haremos alto a la salida del poblado y descansaremos allí. Atendí a los soldados con fiebre y preparamos todo para la marcha. Descansé temprano.

*4 de junio.* Al amanecer formamos columna y marchamos hacia Palma Soriano a la que llegamos después del mediodía, hicimos el área de vivaqueo en un claro a la salida oeste del poblado pero relativamente cerca de la guarnición. Como nos quedan pocas provisiones de boca, el jefe del detall, visitará la factoría para comprar los productos necesarios para el rancho de la tropa. El jefe del batallón que conoce que mi familia vive aquí, me autorizó a pasar la noche en la casa, encontré bien a la familia que se puso muy contenta con mi llegada. Estas notas son las únicas de mi diario que he escrito en casa.

*5 de junio.* De madrugada me despedí de los míos y dejé coordinado todo para que salgan hacia Bayamo la próxima semana, aprovechando que marchará hacia ese lugar una fuerte columna al mando del Señor General Arsenio Linares Pombo. La casa se quedará bajo la custodia por un amigo con la misión de venderla.

Temprano formamos columna y partimos hacia nuestra nueva área de trabajos. Cuando estábamos pasando el río Buey-Barranca tuvimos un encuentro con el enemigo, que nos sorprendió cuando la avanzada trataba de cruzar el vado, hicieron fuego de fusil contra ellos, por nuestra parte desde la orilla que ocupábamos hicimos fuego cerrado sobre el bosque desde donde nos disparaban. Durante la acción tuvimos solo dos heridos y al parecer el enemigo tuvo varias bajas entre heridos y muertos, esto lo digo por los rastros de sangre hallados cuando exploramos en el bosque desde donde nos dispararon.

Atendí de inmediato a los heridos, uno recibió un disparo de fusil que atravesó su brazo, pero puede sanar sin problemas, el otro fue herido gravemente en el pecho, después de atenderlo le propuse al jefe del batallón enviarlo a la enfermería de la Palma en cuanto sea posible.

El Jefe del batallón considera que la partida que nos atacó era comandada por el cabecilla Quintín Banderas y que son los mismos que tirotearon el área del campamento hace unos días. En la tarde llegamos al área nueva de vivaqueo y cuando escribo estas notas, ya las compañías están en su sitio, la enfermería como es costumbre, cerca del jefe del

batallón. Ojalá podamos descansar para continuar trabajando mañana. Habrá que estar muy alertas, Dios nos ayude.

*6 de junio* Hoy se incorporó el jefe del detall con las compras realizadas en Palma, ya estamos distante del pueblo unas tres leguas. Acerca de la alimentación de la tropa continuó haciendo, junto a otros oficiales y los sanitarios, una labor educativa entre los soldados para que consuman frutas tropicales que son abundantes en esta época pero que no las comen por desconocimiento, en particular me refiero a mangos y a guineos, que es como le dicen por aquí a los bananos, ambas frutas abundan en esta época del año.

Salió hacia Palma el soldado herido, lo atendí lo mejor que pude, logré controlar la hemorragia y suturé adecuadamente la herida, su situación es grave, al parecer la herida fue producida por una bala de rémington, es posible que no llegue vivo a la enfermería, lo despedí con una tristeza inmensa pues es casi un niño, es del último reemplazo en incorporarse al batallón. Por lo demás continuamos con los trabajos en las líneas y previendo el ataque de los insurrectos.

Anoche, ya muy tarde, cuando descansábamos en nuestras hamacas, una partida de ellos volvió a tirotear en dos ocasiones el área del campamento lo que nos impidió dormir, por lo que se observa continuarán empleando esta táctica de desgaste y vaya que lo logran, lo más importante fue que no tuvimos bajas.

*7 de junio.* Hoy fue mi último día con el batallón de ingenieros, se incorporó en el empleo como médico del batallón el Médico Segundo Don Francisco Madruga, natural de Sevilla, le hice entrega formal del cargo. Recibí la orden de reincorporarme nuevamente al Hospital Militar [HM] de Cuba. Mañana partiré en compañía de un oficial de ingenieros y dos soldados que retornan al Cobre en busca de medios y materiales para el trabajo en las líneas telegráficas. Descansaré temprano, todos se despidieron de mí con cariño, el Jefe del Batallón, me expresó que no hubiese querido que me fuera, en realidad nos llevamos muy bien y se ganó en pocos días mi respeto y admiración, es un magnifico oficial de ingenieros que conoce a fondo su trabajo, por mi parte le aseguré, y es verdad, que me hubiese gustado más quedarme en el batallón. Dios los proteja.

*8 de junio.* Salimos al amanecer, pasamos por Palma Soriano a media mañana, aproveché y sorprendí a Antonia y los muchachos, solo pasé por la casa para que supieran que iba de regreso al HM en Cuba, no estuve allí ni una hora. Antes de almuerzo salimos del pueblo, marchamos sin dificultades y llegamos al Cobre al anoecer, me preparé para salir al amanecer; voy solo hacia Cuba, espero no tener encuentros con el enemigo. Estoy muy cansado del viaje, se nota que ya estoy un poco viejo.

*9 de junio.* Salí al amanecer como estaba previsto, en definitiva no marché solo pues otro oficial iba en la misma dirección, me informó que por este camino hasta Cuba no han existido, hasta la fecha, acciones de los insurrectos. Llegue al HM de Cuba ya en la tarde, hice el viaje bien, tengo un buen caballo y el camino estaba en buen estado, pues hace unos días no llueve, me presenté de inmediato al Director y me comunicó que me espera mi sala nuevamente. Le escribí a Antonia, hace días que no sé de ella y los muchachos.

*10 de junio.* Hoy cumplí 45 años, Antonia debe estar triste pues en los últimos años siempre hemos estado juntos por esta fecha. Es increíble cómo pasa el tiempo de rápido y mientras más viejos somos, más rápido pasa y digo esto pues han pasado 16 años desde que llegué a Cuba y me parece que fue ayer. El Director del HM y otros médicos me felicitaron. Temprano, como de costumbre fui a mi sala, allí continúa prestando su servicio el médico segundo Rafael A. Soto Vázquez que me recibió con mucha alegría pues se había quedado él solo atendiendo a casi 100 enfermos. Soto me informó acerca de la situación de cada uno y juntos pasamos visita, hoy me enteré que a Soto le llaman Elías, no sé por qué pero lo importante es que nos llevamos muy bien. En general la situación es parecida a la que dejé. Trabajaré fuerte.

*11 de junio.* Hoy visitó nuevamente el HM el Sub-inspector de Sanidad Militar, durante su paso por nuestro pabellón le expliqué que el médico segundo Soto Vázquez y yo estamos tratando de elaborar una estadística acerca de la ocurrencia de las enfermedades principales que azotan a nuestras tropas en el territorio del Departamento Oriental, y las muertes que se producen tanto en los HM como en los civiles y en las

tropas en campaña, con esos datos pensamos elaborar un material informativo que ayude a convencer a los jefes y médicos acerca de la importancia del diagnóstico e ingreso en las instalaciones de la sanidad militar o civil de los afectados con el tiempo suficiente para salvar sus vidas; que le solicitábamos su apoyo para obtener los datos; nos contestó que le interesaba el estudio y que haría todo lo posible por tener todos los datos y los enviaría al HM.

*12 de junio.* Nada importante que anotar, pasé visita a mis enfermos y dimos el alta a dos soldados, cómo nos alegran las altas que damos. Ya en la tarde asistí al encuentro semanal con el Director del HM. Me retiré temprano para leer un libro nuevo que nos llegó acerca del tratamiento del paludismo. Para mantenerse, por lo menos, actualizado hay que leer y estudiar constantemente, aunque es difícil aquí dedicar tiempo para eso.

*13 de junio.* Buen día, pasé revista temprano en mi clínica. Tenemos varios enfermos en franco proceso de mejoría. Me retiré temprano, pues el Director del hospital me invitó a cenar.

*14 de junio.* Hoy no tengo mucho que anotar en mi cuaderno, fue un día normal. Anoche cené en la casa del Director del hospital, pase una velada agradable tanto él como su familia son unas bellas personas, para mí que prácticamente no salgo del hospital fue una buena oportunidad de pasar un rato agradable, menos de la guerra, conversamos de todos los temas posibles.

*15 de junio.* Buen día, recibí noticias de Antonia y los muchachos, llegaron bien a Bayamo, es una tremenda preocupación que me quito de encima, allí con sus padres, estará a buen recaudo, que Dios los proteja.

*16 de junio.* Por recomendación mía, el Director del HM tuvo a bien concederle siete días de Licencia al médico segundo Soto Vázquez con vista a solucionar asuntos personales, me explicó Soto que va a pedir la mano de una muchacha que conoció aquí en Cuba, que piensan casarse el próximo año, le deseé suerte. Para mí serán días duros pues tenemos más de 100 enfermos, la mayoría con FA [fiebre amarilla].

*17 de junio.* En la revisión que lleva a cabo el Director del hospital a la preparación del desayuno, la comida y la cena de los enfermos y en

la que me ha dado participación, estuvimos analizando el incumplimiento del Reglamento y Plan de Alimentación para los hospitales militares, el jefe del detall, nos explicó que con el presupuesto actual es imposible cumplir las normas para las raciones y nos puso de ejemplo la carne fresca, para una ración diaria de 259 gramos por los 1.573 enfermos que tenemos, son 407 kilogramos de carne limpia en un día, para tener esa cantidad de carne limpia es necesario comprar dos toros, algo imposible. La explicación parecía convincente, pero lo cierto es que para que un enfermo se recupere además de cuidados y medicamentos necesita comida y la que estamos suministrando es insuficiente. El Director volverá a informar al Sub-inspector de Sanidad.

*18 de junio.* Mucho trabajo en la clínica, ahora comprendo mejor al médico segundo Soto, que se quejaba cuando estaba solo. Hay que trabajar y no quejarse. Me fui muy tarde a descasar.

*19 de junio.* No tengo mucho que destacar, hoy trabajé mucho, al igual que los dos sanitarios, estos jóvenes son unos héroes anónimos en ocasiones no los recompensamos adecuadamente. No conozco que nos hayan aumentado el presupuesto para las compras de víveres, pero hoy la ración de carne de la sopa aumentó un poquito, será que además de aumento de presupuesto, nos falta control u otra cosa.

*20 de junio.* Hoy dimos dos altas de enfermos de FA, la experiencia muestra que si estamos atentos a la hipotensión, a rehidratar al enfermo y que este descanse adecuadamente tiene grandes posibilidades de salvarse, en nuestro hospital, en general, solo mueren el 10% de los que ingresan, en las tropas y en las enfermerías este número puede llegar al 50%. Tenemos que seguir estudiando la enfermedad y en particular como se transmite de un enfermo a otro.

*21 de junio.* Día de mucho trabajo, como todos. Escribí a Antonia, me retiré muy agotado.

*22 de junio.* Parece que Antonia y yo tenemos transmisión de pensamiento, ayer le escribí y hoy recibí carta suya, por supuesto tiene casi un mes de escrita pero algo es mejor que nada, espero con paciencia que un día no muy lejano, me dejen trabajar en Bayamo y estar a su lado y al de nuestros hijos nuevamente.

23 de junio. Menos mal que mañana regresa el médico segundo Soto. Hoy visitó la clínica el Director del Hospital, siempre es bueno que nos visite, además que el ojo del amo engorda el caballo, el de afuera ve más que el de adentro, esto casi es un axioma.

24 de junio. Se incorporó, muy feliz, el médico segundo Soto, me dijo que le fue bien. Con la llegada de Soto, el trabajo se comparte y por qué no, se hace mejor. Por lo demás hoy tuvimos la dicha de dar varias altas, qué alegría dar alta a un enfermo.

25 de junio. Hoy falleció en nuestro HM por fiebre amarilla, el comandante del cuerpo de estado mayor Don José Dueñas, esta enfermedad no reconoce jerarquías, yo conocía al comandante Dueñas, hace solo pocos días me había encontrado con él y se veía, al parecer fuerte y sano, Dios lo tenga en la gloria. La enfermedad no respeta jerarquías, yo después de todo, he navegado con suerte, llegué a Cuba en 1879 y nunca me he enfermado, de un dolor de muelas o de cabeza y algún que otro resfriado no he pasado, que Dios me siga protegiendo.

26 de junio. Asistí al cementerio a las exequias del Comandante Dueñas, se le rindieron los honores pertinentes, por la cantidad de paisanos y militares que asistieron se nota que era una persona querida por muchos. En el *Diario del Ejército* publicaron un artículo muy bueno acerca de este gran oficial.

27 de junio. Hoy fue un día malo, tuvimos dos muertes por FA. No tengo mucho de que escribir, trabajé en el informe que estamos elaborando.

28 de junio. El Sub-inspector de Sanidad Militar nos envió los datos de los enfermos y muertes producidas por las principales enfermedades en el Departamento Oriental de la Isla, con ellos, más nuestra propia estadística, elaboraremos el informe comparativo. Por lo demás el día normal, pase visita, dimos cuatro altas e ingresamos seis. La prensa informa que el cabecilla Maceo se dirige al Manzanillo con grandes fuerzas y en el periódico *La Lucha* se dice que el general Martínez Campos pidió como refuerzo 14 batallones de infantería, 6 regimientos de caballería, dos baterías de artillería de montaña y un regimiento de artillería rodada. Hacía falta que hubiera pedido recursos para la Sanidad Militar [SM].

*29 de junio.* Buen día, hoy salieron de alta varios soldados, trabajamos para que sea así, se descubrió a un cocinero robando comida, no se la sanción que se le impondrá, que Dios me perdone, pero robar la comida de un enfermo debía pagarse con la vida.

*30 de junio.* La cantidad de enfermos por fiebre amarilla continúa aumentando, la época de lluvias y nuestra incapacidad para evitar su propagación es la causa principal. Los datos que nos aportó el Sub-inspector de Sanidad Militar, nos permitió que Soto y yo actualizáramos nuestros datos estadísticos: en el Departamento Oriental mueren un 25% de los afectados por fiebre amarilla, pero en nuestro hospital solo mueren el 10% de los enfermos que ingresan por esta misma causa. En el caso del paludismo en todo el Departamento mueren el 7% de los enfermos pero si ingresan a tiempo en el hospital solo muere el 1%. Estos datos confirman que la FA es causa principal de las muertes de nuestros soldados y oficiales y la importancia del diagnóstico precoz y envío a tiempo de los afectados a los hospitales. Incluiremos en el sistema de registro a las demás enfermedades que afectan a las tropas y enviaremos el informe al Director del HM y por supuesto al Sub-inspector de Sanidad Militar. Tenemos que convencer a todos, que lo primero es, prevenir la enfermedad, ahora dedicamos casi todos los recursos a curar y no a prevenir.

*1 de julio, lunes.* Terminamos el informe y lo enviamos al Sub-inspector de Sanidad Militar y al Director del Hospital Militar, tanto Soto como yo esperamos puedan usarlo en beneficio de nuestro servicio.

*2 de julio, martes.* El director del HM me comunicó que por órdenes del ESCG fui designado para reforzar el Servicio de Sanidad Militar en la Brigada del General de Brigada Don Fidel A. de Santocildes dislocada en el puerto del Manzanillo, además que el día 4 sale del puerto la goleta *Amalia* con ese destino y puedo embarcar en ella. La clínica debo entregarla al médico segundo Soto Vázquez. La noticia me gustó pues ya he dicho que prefiero las tropas, al que no le gustó fue a Soto que sabe se quedará solo. El resto del día pasé visita a los enfermos y me preparé para el viaje. Como es mi costumbre descansé temprano.

*3 de julio, miércoles.* Me despedí de mis colegas en el HM, el médico segundo Soto Vázquez queda solo en la sala, le aseguré que nos encontraremos nuevamente y le pedí terminar la estadística de las enfermedades y enviarla. Escribí a Antonia y me retiré a descansar.

*4 de julio, jueves.* Al amanecer llegué al puerto de Cuba, embarqué en la goleta *Amalia* y no había pasado una hora cuando partimos hacia Manzanillo, la salida del puerto de Cuba es hermosa, el Morro es impresionante. Ya en alta mar me informó el capitán de la nave que antes del anochecer, con el favor de Dios, estaríamos en Manzanillo y parece que será así pues ya tenemos a vista la ciudad. La goleta es de las llamadas de dos palos, tiene una esbelta línea y es muy marinera, puede avanzar, con el viento a favor, a 6 o 7 nudos, a pesar que estamos en época de ciclones el viaje fue bueno, con la mar tranquila y fuerte viento del sureste. La travesía hasta el Manzanillo se hace por la costa sur de la región oriental de la Isla, el mar aquí es de color azul intenso, según me explicó el capitán en esta región hay una gran fosa marina que es la razón del color muy oscuro de las aguas. Mirando hacia el norte la vista de la cadena montañosa de la Sierra Maestra, que bordea la costa hasta Cabo Cruz, es de impresionante belleza, las montañas casi tocan el agua en muchos lugares; un poco antes de llegar al Cabo, se observan a todo lo largo de la costa enormes terrazas marinas que van subiendo, desde el mar hacia las montañas, como si fueran escalones de una gigantesca escalera de puro arrecife. Una parte del viaje lo hicimos acompañados de los imprescindibles delfines, que abundan en esta región del mar Caribe. Estas notas las he tomado en la embarcación un poco antes de llegar, la vista del Manzanillo es muy bonita, desde el mar se observa una pequeña ciudad que a partir de la costa va elevándose, pues está construida en una especie de colina. En el puerto me despedí del capitán y le deseé suerte, pues en unos días sigue a La Habana.

*5 de julio, viernes.* Ayer, a mi llegada, fui directamente a la guarnición de Manzanillo para saber del general Santocildes, me explicaron que podría verlo en la mañana. Temprano me presenté al general, este me comunico que debía incorporarme al Batallón de Isabel La Católica perteneciente a la Brigada bajo su comando. Me presenté al mediodía

al jefe del batallón, conocí la situación del personal y de las fuerzas que integrarán la avanzada. Temprano me retiré a descansar.

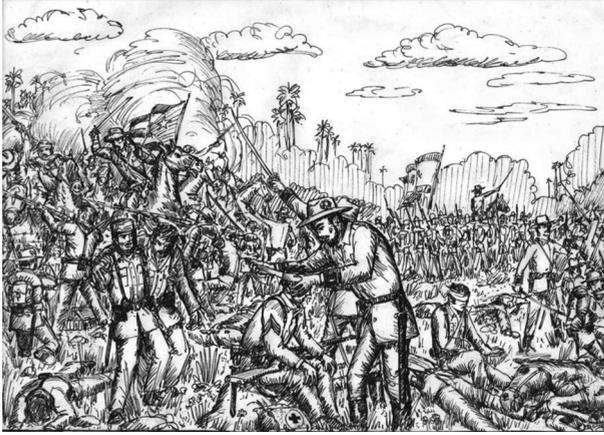
*6 de julio, sábado.* Hoy temprano recorrí las instalaciones del batallón, atendí los soldados que presentan problemas de salud. Me interesé por la preparación del rancho para la tropa. Escribí a Antonia y temprano me retiré a descansar.

*7 de julio, domingo.* Visité el HM para conocer la situación de los enfermos de mi batallón allí hospitalizados, además conocer con qué medios pueden apoyarnos para la marcha. Aproveché y visité la casa de Arturo el hermano mayor de Antonia que está cerca de la Plaza de Armas, además pude recorrer Manzanillo que es una pequeña ciudad a orillas del golfo de Guacanayabo, bonita y fresca por las brisas marinas que la refrescan, la pesca es abundante y sus habitantes tienen predilección por un pez que se llama liseta. Casi en el centro de la ciudad, muy cerca de la plaza principal, existe un pequeño teatro donde me contaron actuó el cabecilla de la insurrección contra España en octubre de 1868 nombrado Carlos Manuel de Céspedes. Al regresar informé al jefe del batallón de mis gestiones. Pase revista a las compañías en unión del médico segundo. Recibí una carta de Antonia que me alegró el día, es la primera que recibo después de su traslado a Bayamo. Espero verla pronto.

*8 de julio, lunes.* No tengo mucho que contar, pasé revista a los enfermos que no están hospitalizados, decidí proponer al Jefe del Batallón enviar tres de ellos al HM para que evalúen allí su ingreso. Al atardecer di un breve recorrido por el centro de la ciudad con vista a conocerla un poco más, almorcé con Arturo en la casona que poseen los Valerino aquí.

*9 de julio, martes.* Continué con la preparación del personal de sanidad militar con que contaré para la marcha, recibí del HM bolsas de vendas del nuevo modelo, algo es algo.

*10 de julio, miércoles.* Nos informó el general Santocildes, que mañana llegará a Manzanillo el General Martínez Campos a bordo del vapor *Villaverde*, que nuestras fuerzas se adelantarán, por orden del Jefe de la división el general Lachambre y lo esperaremos en Veguitas y desde allí lo custodiaremos hasta Bayamo que es el destino final de su



Escena de la guerra de Cuba. Dibujo a plumilla de D. Marcelino Ben Castillo, amigo del autor.



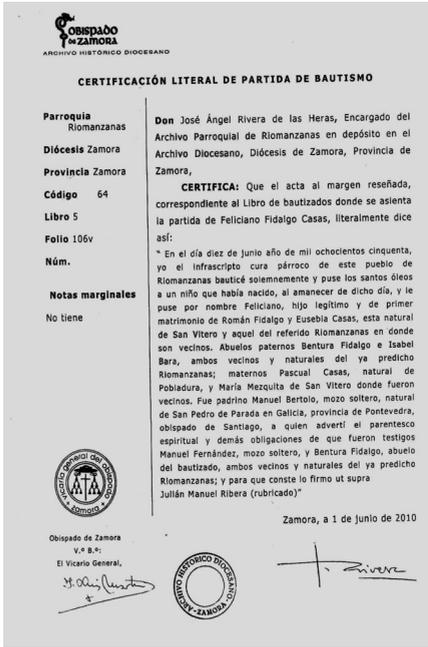
Feliciano Fidalgo y Casas. Dibujo a plumilla de D. Marcelino Ben Castillo, amigo del autor.



Feliciano Fidalgo y Casas; fotografía tomada en La habana en 1894.



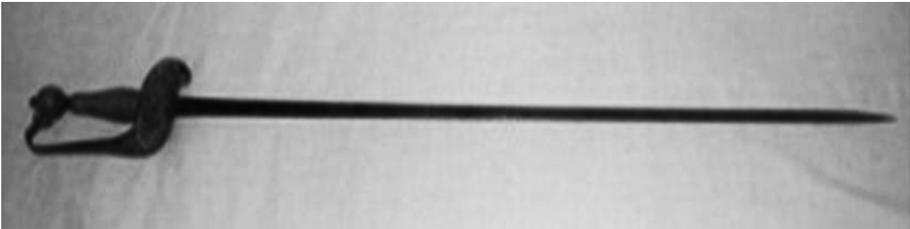
Antonia Valerino y Máximo; fotografía tomada en Manzanillo en 1913.



Certificación literal de la partida de bautismo de Feliciano Fidalgo Casas.



Hoja de servicios de Feliciano Fidalgo y Casas como médico militar.



Sable de oficial de Feliciano Fidalgo que trajo a Cuba su viuda en 1911.

viaje, escuché el rumor que vino a destituir al jefe de la plaza de Bayamo, Coronel Vara del Rey.

Las fuerzas del general Santocildes la componen una compañía del 2º Batallón de Isabel La Católica, otra del 1º batallón, formada con personal de varias compañías, y unos 80 guerrilleros al mando del capitán

Travesi, en total somos unos 400 hombres. Pasé el día preparando a mis subordinados para la marcha, supervisé los botiquines, camillas y demás recursos necesarios para el viaje. No hemos combatido y ya tenemos decenas de enfermos padeciendo fiebre amarilla, paludismo, disentería, tisis y sarna, todos quedaron hospitalizados en Manzanillo. Algunos soldados simulan estar enfermos, tenemos que realizar muy bien los diagnósticos.

Recibimos confidencias acerca de los insurrectos, que al mando del cabecilla Maceo están en la región por donde debemos transitar, dicen nuestros espías que son una partida de unos 2.000 hombres, me parece exagerada la cifra.

Me acosté temprano pues saldremos antes del amanecer, hace días que no sé de Antonia, ¿qué será de ella y los muchachos? Rezo para que estén bien, me consuela saber que pronto los veré en Bayamo.

*11 de julio, jueves.* Salimos a las 4 de la madrugada rumbo a Veiguitas en el camino real a Bayamo. Producto de la intensa lluvia nos detuvimos en el poblado del Caño, aquí esperaremos al general Martínez Campos. La marcha fue difícil, el camino era un infierno pues llovió y las carretas avanzaban con mucha dificultad. Le suma a esto, que íbamos con el temor que los insurrectos nos atacaran, lo que no sucedió. La inteligencia informó que el cabecilla Maceo está en la región con grandes fuerzas de infantería y caballería ahora dicen que son más de tres mil, yo lo dudo pues hay tendencia a la exageración.

Revisé todos los botiquines y resto de los medios, en realidad nos faltan recursos para atender a los enfermos y heridos con la calidad requerida. En esta ocasión solo tengo quinina, bolsas de vendas del último modelo que contienen vendajes antisépticos, gasas y algodón; además un mínimo de material quirúrgico, iodo y algunas hierbas medicinales de las que nunca me desprendo. Me acostaré temprano pues saldremos al amanecer. Dios nos proteja.

*Día 12 de julio, viernes.* En el Caño nos alcanzó a media mañana el general Martínez Campos con una columna de unos 400 hombres, él llegó a Manzanillo en el Villaverde cerca de las 10 de la noche de ayer día 11. Cuando llegó quería seguir él solo con su escota. El

general Santocildes lo convenció de que lo mejor era que saliéramos juntas las dos fuerzas, formando una sola columna, hacia Veguitas. El plan que tenía era (atolondrado<sup>22</sup>) avanzar solo con su columna y la nuestra por otro camino.

Salimos cerca de la 11 de la mañana, el camino fue un infierno por las lluvias. Por la tarde llegamos a Veguitas, este en realidad es un pequeño caserío, las tropas vivaquearon y se tomaron medidas de defensa ante el posible ataque de insurrectos. En Veguitas se nos incorporaron doscientos cincuenta hombres del 6° Peninsular y ya de noche llegaron a marcha forzada, las fuerzas restantes del 2° Batallón de Isabel La Católica con unos cuatrocientos hombres más. En total somos una fuerza de mil quinientos hombres.

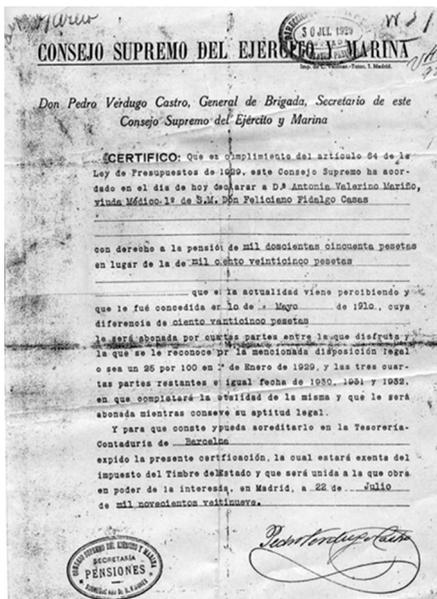
Supe que el General Martínez Campos, quería seguir rumbo a Bayamo, pero la información brindada por algunos vecinos, acerca de la presencia de insurrectos en la región del camino real, lo convenció de hacer noche allí. Además una acaudalada vecina nombrada Doña María de la Masa, envió por su cuenta una partida de supuestos vendedores ambulantes a la zona donde se suponía estaban los insurrectos y estos lograron, increíblemente, estar en todas las posiciones de emboscadas que tenían los insurrectos y en el monte donde se encontraba la impedimenta, los dejaron regresar a Veguitas, donde confirmaron que el mismo cabecilla Maceo, que los interrogó personalmente, es el jefe.

Con la información obtenida, el General Santocildes, trató de convencer al General Martínez Campos de no seguir la marcha por el Camino Real y sorprender a los insurrectos por su retaguardia, este no aceptó y reiteró la orden de iniciar él mismo la marcha con su columna por el camino real y después, lo hará la nuestra por el otro camino, es un plan disparatado.

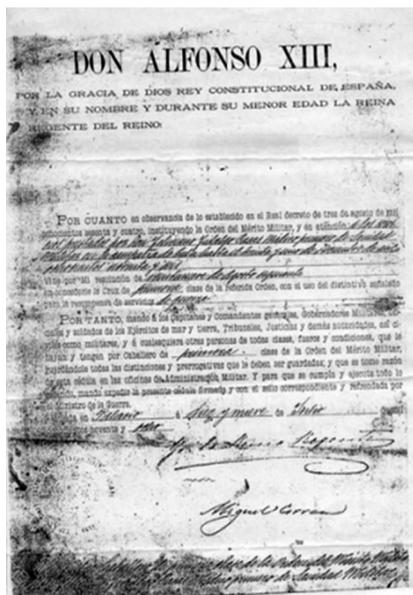
De todas maneras, si todo sale bien, batiremos a los insurrectos, que nos esperan solo por el camino real y los derrotaremos. Descansamos temprano pues saldremos antes del amanecer, que Dios nos proteja.

<sup>22</sup> En francés en el original. (N.A.)

(Nota del autor: aquí termina abruptamente lo que fuera parte de un diario; este fue encontrado por un miembro del Ejército Libertador en el campo de batalla de Peralejo, abandonado por los españoles junto a un botiquín<sup>23</sup>).



Disposición aumentando la pensión a Antonia Valerino y Máximo a 1.250 pesetas. Julio de 1929.



Orden nombrando a Feliciano Fidalgo Casas caballero de primera clase a la Orden del Mérito Militar por los servicios prestados hasta diciembre de 1896.

<sup>23</sup> El autor incluye a partir de aquí y hasta el final del relato, a modo de anexo, una amplia descripción de las acciones bélicas conocidas como *Combate de Peralejo* (12 y 13 de julio de 1895) extractada de *Cuba. Crónicas de la guerra*, de José Miró Argenter (La Habana, 1942, 2 vols.), de *Mis primeros treinta años*, de Manuel Piedra Martel (La Habana, 1945), y de los esquemas de la batalla realizados por el historiador español Severo Gómez Núñez (véase nota 2). (N.E.)